FRANCISCO DE SANTIBAÑES

LA REBELIÓN DE LAS NACIONES

CRISIS DEL LIBERALISMO Y AUGE DEL CONSERVADURISMO POPULAR

VÉRTICE DE IDEAS

Acceso Abierto

La rebelión de las naciones crisis del liberalismo y auge del conservadurismo popular

La rebelión de las naciones
Crisis del liberalismo y auge del conservadurismo popular

Francisco de Santibañes

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Introducción

Elige tu propia ideología

- Liberalismo
  - Maquiavelo y Hobbes en los inicios del liberalismo
  - Locke y el derecho a la vida, la libertad y la propiedad
  - Stuart Mill: la educación como fuente de progreso
  - La paz entre los Estados, según Kant
  - Libertad negativa y libertad positiva
  - Los rivales del liberalismo
- Conservadurismo
  - San Agustín, patriotismo y religiosidad
  - Burke: la prudencia en los cambios y otros aportes
  - El Estado ideal de Hegel
  - Otras vertientes del conservadurismo
- Una ideología para las elites
  - Fusionismo o el acercamiento entre liberales y conservadores
  - Progresismo y nuevas elites
  - Globalización y liberalismo progresista
  - Los malestares con el liberalismo progresista
- Un nuevo tipo de conservadurismo
  - Ganadores y perdedores
  - El malestar social explicado por el conservadurismo
  - Schmitt define lo político

La rebelión

- El conservadurismo popular
  - Conservadurismo popular: ¿nacionalista, iliberal y democrático?
  - Inmigrantes y su choque identitario
  - Rechazo a la agenda de género
  - La izquierda se desplaza hacia el conservadurismo popular
- Estados Unidos de Trump
  - Las instituciones internacionales
  - Las políticas de las elites
  - Los motivos del triunfo de Trump
- Un recorrido por el Viejo Continente
  - Los motivos de la Unión Europea
- Un fenómeno global

Vladímir Putin y el ideólogo Aleksandr Duguin
Conservadores asiáticos
Erdogan en Turquía y Netanyahu en Israel
El conservadurismo popular en América Latina

Un mundo en transición

Visiones del mundo

El realismo, el Estado nación y el poder
El liberalismo en las relaciones internacionales
Logros del liberalismo en la escena internacional
Visión del realismo sobre el expansionismo liberal

¿Una nueva Guerra Fría?

China, competidor militar, comercial y tecnológico
Rusia y otros jugadores
La globalización y sus desafíos

El conservadurismo popular y las relaciones internacionales

De un orden liberal a un orden conservador: ventajas y desventajas
El liberalismo progresista no desiste

Una advertencia desde Buenos Aires

Éxitos y fracasos de las elites argentinas

Roca, Pellegrini y otras figuras clave
La segunda presidencia de Roca, Sáenz Peña y luego Yrigoyen
Golpes, defaults, inflación y empobrecimiento

Un país sin estrategia

Las oportunidades perdidas
Las inestables relaciones internacionales
Nuestra situación en defensa nacional

Un país sin clase dirigente

¿Qué es una elite gobernante?

Conclusiones

Santibañes, Francisco de

La rebelión de las naciones : crisis del liberalismo y auge del conservadurismo popular / Francisco de Santibañes. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Deldragón, 2019.

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-8322-07-0

1. Ensayo Político. 2. Ensayo Económico. 3. Ciencia Política. I. Título.

CDD 320.52

Diseño de interior y armado de cubierta: Laura Restelli

Diseño de cubierta: Ian Sabanes

© 2019, Francisco de Santibañes

Derechos de edición en castellano reservados para todo el mundo.

© 2019, Vértice de Ideas

Grupo Editorial Deldragón

edicionesdeldragon@gmail.com

www.edicionesdeldragon.com

Primera edición en formato digital: noviembre de 2019

Digitalización: Proyecto451

CREATIVE COMMONS

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-8322-07-0

Para Armelle

Era el mejor de los tiempos. Era el peor de los tiempos.

Charles Dickens

El pensamiento más depresivo que tengo actualmente es que el fin de la historia no sea Dinamarca sino algo parecido a Hungría.

Francis Fukuyama

AGRADECIMIENTOS

A las instituciones que me invitaron a presentar algunas de las ideas que fueron la base de este trabajo y que me permitieron replantear o fortalecer mis argumentos. En especial a la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), Consejo Uruguayo para las Relaciones Internacionales (CURI) y Chatham House.

A Paula Alonso, Rosendo Fraga y Roberto Cortés Conde, por haber compartido conmigo algunos de sus pensamientos sobre la evolución (o involución) de las elites argentinas.

A los amigos y colegas que, de manera desinteresada, me hicieron comentarios sobre las primeras versiones del libro. No puedo dejar de mencionar a Juan Battaleme, Andrés Cisneros, Paulo Botta, Ariel González, Atilio Molteni, Lucio Castro, Mariano Caucino y Patricio Bulgheroni.

A mi familia.

INTRODUCCIÓN

Era un día frío y lluvioso en París. Los líderes de las naciones que participaron en la Primera Guerra Mundial se habían reunido en la ciudad europea para conmemorar los cien años de la firma del armisticio que marcó el fin de aquel trágico enfrentamiento.

Desde el púlpito, el presidente francés Emmanuel Macron atacó la visión del mundo que su par estadounidense, Donald Trump, ha defendido en distintos foros internacionales. Según Macron, "el patriotismo es exactamente lo contrario al nacionalismo", es un concepto que "traiciona al patriotismo al decir: nuestro interés primero. ¿A quién le importa el resto?". Advirtió que "los viejos demonios habían vuelto a aparecer, entre ellos la tentación de retirarse, de aislarse, de ejercer la violencia o buscar la dominación. Si hacemos esto, las futuras generaciones nos lo echarán en cara". (1)

Trump, que se ha definido como un nacionalista y ha atacado a aquellos políticos que priorizan al mundo sobre los intereses de sus países, escuchaba visiblemente molesto. (2) Horas después, durante un homenaje a los soldados estadounidenses muertos en la Gran Guerra, brindó una visión muy distinta a la de Macron. "Los patriotas estadounidenses y franceses que pelearon en la Primera Guerra Mundial representan las virtudes de las dos repúblicas: honor y valentía, fuerza y valor, amor y lealtad, gracia y gloria", dado lo cual "tenemos el deber de preservar la civilización que defendieron, de proteger la paz por la que con tanta nobleza sacrificaron sus vidas". (3)

Pero el enojo de Trump no terminó ahí. A los pocos minutos de subirse al avión presidencial que lo llevaría de vuelta a Estados Unidos envió una serie de *tweets* en los que criticó al presidente francés por querer distraer a su población de los problemas que enfrenta debido a su baja popularidad y al mal manejo de la

economía. Pidió, finalmente, que "¡Francia vuelva a ser grande!".

Este intercambio de palabras ilustra dos visiones respecto de la manera en que las sociedades y el propio sistema internacional deben organizarse. De un lado se encuentra una visión conservadora y del otro una liberal. Pero sería un error pensar que ambos bandos están en igualdad de condiciones. El crecimiento de las fuerzas que cuestionan al liberalismo ha sido tan importante en los últimos años que hoy quedan pocos líderes de países centrales que se presenten como liberales. El contraste con lo que sucedía hace tan solo unos años es enorme.

Efectivamente, durante décadas la mayoría de los políticos y analistas occidentales asumieron que los valores liberales no solo iban a permitirles a las sociedades alanzar un alto grado de desarrollo económico, en parte gracias al libre mercado y a la globalización, sino que el número de democracias liberales en el mundo continuaría expandiéndose. A la vez, la proliferación de democracias liberales iba a convertir a los conflictos militares en una rareza. Organismos internacionales como las Naciones Unidas o la Unión Europea iban a crear las condiciones para que emergiera una paz eterna. En vez de competir, las sociedades iban a colaborar. Los nacionalismos, las religiones y otros tipos de clivajes identitarios dejarían paso a las libertades, a la igualdad de derechos y al progreso material.

Pero esto no es lo que sucedió. El sueño liberal que pregonaba la llegada del "fin de la historia" nunca se hizo realidad. Una nueva camada de líderes ha rechazado abiertamente a este tipo discurso, poniéndole un fin al *statu quo*.

Para muchos, la primera señal de que este cambio se estaba produciendo fue el triunfo del Brexit en 2016, un evento al que, poco tiempo después, le siguió la elección de Donald Trump como presidente de Estados Unidos. Estas votaciones, sumadas a la

aparición y al crecimiento de los partidos de derecha en Europa, generaron sorpresa e inquietud. ¿Cómo se explican estos fenómenos? ¿Cuáles son sus causas y sus implicancias?

La mayoría de los analistas sostuvieron que estos liderazgos eran parte de un fenómeno populista que, tanto desde la izquierda como desde la derecha, surgió en Occidente como respuesta a la creciente desigualdad de ingresos. Otros consideraron que, por el contrario, el malestar social es consecuencia de la llegada de millones de inmigrantes a Europa y a Estados Unidos. Un ejemplo de esto sería el surgimiento del partido antisistema Alternativa por Alemania, que puso en jaque al gobierno de Angela Merkel.

El argumento que presento en este libro es diferente. Mi tesis central es que las transformaciones que estamos observando son el producto de un movimiento global al que denomino "conservadurismo popular". Este es un movimiento que tiene una enorme relevancia, porque no solo está afectando la política doméstica de numerosos países, sino también porque influye sobre la política económica y en la manera en que los Estados se relacionan entre sí. Es, como diría Ortega y Gasset, el tema de nuestro tiempo.

La principal bandera del conservadurismo popular es el rechazo a las elites gobernantes, ya que sus miembros consideran que estas se han alejado de los valores y de los intereses de sus pueblos. Lejos de resolver los problemas económicos o las inseguridades que enfrenta el ciudadano promedio, los sectores más educados y acaudalados de la sociedad estarían más interesados en avanzar causas que involucran sus preferencias personales, pero que no afectan la vida del resto de la población. Según este argumento, los integrantes de las elites se habrían convertido en ciudadanos del mundo que tienen más en común con las elites de otras naciones que con la mayoría de sus compatriotas.

Los conservadores populares impulsan un modelo de sociedad diferente al liberal. Promueven, por ejemplo, un retorno al nacionalismo, a la religión y a las tradiciones, rechazando en algunos casos la aplicación de principios universales en sus países. Son conservadores, pero de un nuevo tipo. En efecto, su falta de prudencia y su oposición a las clases dirigentes los diferencia de una tradición conservadora que, históricamente, ha defendido la importancia de preservar las jerarquías sociales. En definitiva, son conservadores populares.

El conservadurismo popular es democrático, pero no liberal. Para sus miembros, democracia significa que las poblaciones deben poder decidir su propio destino sin ser limitadas por las clases dirigentes o los organismos supranacionales. Por otra parte, muchos son iliberales porque descreen tanto de instituciones liberales, como son un Poder Judicial independiente y la libertad de prensa, como de un conjunto de normas informales ligadas al liberalismo.

A lo largo de este texto veremos que estos líderes conservadores también comparten otras características. Suelen ser pragmáticos, cultivan una imagen de virilidad y hacen un uso efectivo de las redes sociales. Suelen rechazar la inmigración masiva, basándose en motivos tanto de tipo económico como identitario. Los valores de los recién llegados, sostienen, no serían compatibles con la cultura de la nación que los acoge.

En el plano económico, buscan equilibrar la generación de riqueza que posibilita el capitalismo con la preservación de los lazos comunitarios. Es por este motivo que están dispuestos a implementar medidas de tipo proteccionista. En definitiva, si bien los conservadores populares defienden al capitalismo, rechazan la versión más ambiciosa de la globalización, es decir, la que promueve la libre circulación de bienes, servicios, personas y capitales.

A nivel internacional, el nacionalismo de los conservadores populares suele traducirse en un deseo por preservar y acrecentar la autonomía de sus Estados. Como consecuencia de esto, aquellas instituciones internacionales que para su buen funcionamiento necesitan restringir la soberanía nacional son vistas con desconfianza. No debe sorprendernos, entonces, el creciente debilitamiento de organizaciones como las Naciones Unidas, la Unión Europea, la Corte Penal Internacional, la Organización Mundial del Comercio o la OTAN. Esta posición resulta un desafío a la hora de coordinar el accionar de los Estados para solucionar problemas que requieren un alto grado de conexión, como son el terrorismo o la lucha contra el calentamiento global.

Otra particularidad del conservadurismo popular en el ámbito internacional es el realismo de sus líderes, que no parecen querer cambiar la naturaleza de los gobiernos de otros Estados, sino preservar los intereses y la soberanía de sus países. No encontraremos en líderes como Putin o Trump, a diferencia de lo que ocurría con algunos de sus antecesores, un deseo de imponer una determinada ideología o tipo de gobierno en el exterior. Como veremos, este posicionamiento puede brindar mayor estabilidad al sistema internacional.

La magnitud de los cambios que propone el conservadurismo popular en el plano internacional, sumado al traspaso de poder que está teniendo lugar desde el Oeste hacia el Este, parece estar modificando un orden internacional que comenzó a tomar forma luego de la Segunda Guerra Mundial y que se afianzó con la caída del Muro de Berlín. Efectivamente, los tres elementos centrales que conforman el orden liberal (la defensa del libre comercio, los derechos individuales y la colaboración pacífica entre Estados) hoy están siendo, en mayor o menor medida, cuestionados.

Los conservadores populares, a partir de la segunda década del siglo XXI, gobiernan a aproximadamente la mitad de la pobla-

ción mundial, incluyendo a las dos principales potencias, Estados Unidos y China, y a países como Rusia, Brasil, Turquía, Israel, Italia, Polonia e India. En numerosos Estados en donde no gobiernan ha conseguido ejercer gran influencia, como sucede en Alemania, Francia, Suecia y Gran Bretaña.

Pero el panorama que he presentado hasta aquí no significa que los representantes del orden liberal se hayan retirado. A través de su defensa del diálogo y de la diversidad, líderes como Macron, Merkel y Justin Trudeau continúan enfrentado el discurso conservador popular.

Asimismo, las elites culturales siguen siendo mayoritariamente liberales y progresistas, y ejercen gran influencia a través de los periódicos, las universidades y la sociedad civil. Desde allí promueven la inmigración, el multilateralismo, el secularismo y la globalización. Pero también es cierto que lo hacen desde una posición de creciente debilidad. Efectivamente, y a pesar de todos sus esfuerzos, el nirvana liberal y secular que muchos prometieron parece encontrarse cada vez más lejos.

Este libro tiene cuatro secciones. En la primera ("Elige tu propia ideología") veremos que detrás de las posiciones que he descripto se encuentran dos importantes tradiciones filosóficas y de gobierno: el liberalismo y el conservadurismo. Un repaso por sus postulados, y el pensamiento de sus principales intelectuales de ayer y de hoy, nos ayudará a entender la naturaleza de la disputa intelectual y política que vivimos. Veremos, por ejemplo, que, al igual que el conservadurismo, el liberalismo también ha mutado a lo largo del tiempo. Esto lo ha llevado a acercarse al progresismo, generando así un conjunto de creencias que les resultan sumamente atractivas a las elites económicas, políticas y culturales.

En la segunda ("La rebelión") repasaremos el crecimiento del conservadurismo popular dentro de los países, con especial aten-

ción en el caso de Estados Unidos, ya que la llegada de Trump a la Casa Blanca no solo les ha dado mayor legitimidad, sino también mayor cobertura política a los miembros de este movimiento. También nos focalizaremos en China, país que, además de adoptar en los últimos años una agenda nacionalista y tradicionalista, durante el gobierno de Xi Jinping ha liderado un ataque a la corrupción de sus elites.

En la tercera ("Un mundo en transición") me concentraré en explicar las modificaciones que el conservadurismo popular está produciendo en la manera en que los Estados formulan su política exterior. Como hemos ya mencionado, estos cambios han sido suficientemente significativos como para pensar si no estamos a las puertas de un nuevo tipo de orden internacional. Nos preguntaremos, entonces, qué características puede llegar a tener un nuevo orden, al que yo califico como conservador.

Por último, en la cuarta (*"Una advertencia desde Buenos Aires"*), veremos que la experiencia de la Argentina les brinda una valiosa información a los conservadores populares: la desaparición de las clases dirigentes que ellos promueven puede terminar generando un vacío de liderazgo que debilitaría muchas de las políticas que respaldan.

De hecho, la segunda tesis de este trabajo es que la decadencia de la Argentina no se explica por las políticas adoptadas por algún gobierno en particular, sino por la falta de elites (que deberían estar compuestas por intelectuales, políticos, empresarios y sindicalistas, entre otros) dispuestas a promover y sostener un proyecto de país a lo largo del tiempo.

Pasemos a reflexionar sobre la naturaleza de un mundo que está siendo transformado por la crisis del liberalismo y el auge del conservadurismo popular.

1- Baker, Peter, y Rubin, Alissa. "Trump's Nationalism, Rebuked at World War I Ceremony, is Reshaping Much of Europe", *The New York Times*, 11 de noviembre de 2018.

2- Baker, Peter. "Use that Word!: Trump Embraces the 'Nationalist' Label", *The New York Times,* 23 de octubre de 2018.

3- Ídem.

Elige tu propia ideología

Cuando Francis Fukuyama publicó en 1992 su afamado ensayo *El fin de la Historia*, no solo brindó una interpretación sobre el mundo que vendría luego de finalizada la Guerra Fría, sino que también marcó la declinación de la filosofía política. (4)

Fukuyama utilizó el pensamiento de algunos de los grandes pensadores políticos de la historia, y en particular el de Hegel, para concluir que la humanidad había alcanzado su meta con el triunfo de la democracia liberal sobre el socialismo. A partir de ese momento, los países podían sufrir retrocesos, como podría ser la adopción de un sistema de tipo autoritario, pero ya no se detendría el movimiento hacia la democracia liberal y el capitalismo. Se había vuelto inexorable.

De ser cierto esto, y de no existir grandes ideologías en conflicto, la filosofía política ya no tenía un rol relevante que jugar en la comunidad. El lugar de los pensadores políticos debería, por lo tanto, ser ocupado por economistas y técnicos capaces de proponer soluciones concretas a problemas concretos, no discutir sobre cuál debe ser el fin de una buena sociedad o cómo debería organizarse. Y esto es lo que, en mayor o menor medida, terminó ocurriendo.

Pero, como veremos a lo largo de este capítulo, las ideologías políticas siguen siendo importantes. Consciente o inconscientemente, estas siguen influyendo en las decisiones que tomamos en la esfera pública.

Es por este motivo que a continuación presentaré algunas de las ideas que en los últimos siglos terminaron dándole forma a dos de las principales tradiciones de pensamiento y de gobierno: el liberalismo y el conservadurismo. Estas nos servirán como una primera aproximación para entender los cambios que están sucediendo, tanto dentro de las sociedades como en la manera en que los Estados se relacionan en el ámbito internacional. Veremos

que, lejos de ser este un ejercicio abstracto, las ideas tienen efectos concretos en la vida de millones de individuos.

Sumerjámonos, por un momento, en el universo de la filosofía política.

4- Fukuyama, Francis. *The End of History and the Last Man,* Nueva York, Free Press, 1992. En 1989 Fukuyama, que se inspiró en el trabajo de Alexandre Kojeve, ya había publicado un artículo similar en la revista *The National Interest*.

LIBERALISMO

Lo primero que haremos es definir a la filosofía política y económica que mejor representa el mundo en que hemos vivido desde el fin de la Guerra Fría: el liberalismo.

El liberalismo es, ante todo, una filosofía política, económica y moral que defiende la libertad y la igualdad de derechos de los individuos. Para comprenderlo mejor, debemos repasar su evolución histórica.

El surgimiento del liberalismo puede ser entendido como un esfuerzo por reemplazar las monarquías absolutas, los privilegios heredados y, en general, las restricciones sociales que suelen imponérseles a los individuos debido a las tradiciones. Por mucho tiempo su principal rival fue la concepción cristiana de la libertad, la cual había servido como sostén de algunas de las instituciones y normas que provenían del Medioevo. El primer desafío del liberalismo consistió en limitar o eliminar aquellas instituciones y tradiciones que, en la búsqueda de transmitir virtudes, no hacían más que restringir, según esta visión, la verdadera libertad de los individuos.

Maquiavelo y Hobbes en los inicios del liberalismo

Nicolás Maquiavelo (1469-1527) fue uno de los precursores del liberalismo al señalar que la mejor manera de evitar los males no era a través de la transmisión de las virtudes cristianas sino mediante la aceptación de las luchas de poder. Había que enfocarse más en lo que sucedía realmente en las sociedades que en el modelo ideal que se buscaba alcanzar. Favorecía, por lo tanto, a la república como forma de gobierno, ya que consideraba que era la que mejor canalizaba los conflictos de las distintas partes, generando de esta manera estabilidad y progreso.

Maquiavelo les aconsejaba a los líderes usar la violencia, el temor, el engaño y la crueldad si les resultaban más útiles que la justicia, la sabiduría y la templanza para mantenerse en el poder. El filósofo italiano fue, de hecho, uno de los promotores del retorno a virtudes clásicas, como son la ambición o la búsqueda de gloria. Por el contrario, pensaba que las virtudes cristianas tendían a inmovilizar a los individuos, convirtiéndolos en seres pasivos. Esto, sumado a que consideraba excesiva la influencia política que ejercía sobre las pequeñas repúblicas italianas, lo llevó a oponerse a la Iglesia Católica.

El filósofo inglés Thomas Hobbes (1588-1679) pensaba que las costumbres irracionales, en particular aquellas ligadas a la religión, eran una fuente de conflictos, improductividad y arbitrariedad. Su gran aporte a la filosofía política fue la noción de que la legitimidad de los gobiernos no proviene de un ser superior o del derecho divino, sino de los derechos de los gobernados.

Ante un estado de anarquía en el que todos luchan contra todos (y en el que la vida es "solitaria, pobre, brutal y corta") surgió entonces la necesidad de un contrato social que les permitiese a los individuos bajar las armas y, ante el temor que les producía morir, crear un gobierno capaz de mantener el orden.

De esta manera, Hobbes sienta las bases teóricas del liberalismo como contrato social. Devastadas por las guerras religiosas que provocó el sismo protestante, las sociedades europeas se dieron cuenta de que debían aceptar las diferencias sobre la finalidad última de la existencia para poder vivir en un mundo común. Es en este contexto que surge la teoría del contrato social de Hobbes para organizar la vida a pesar de los desacuerdos.

Efectivamente, para el liberalismo el peor escenario tiene lugar cuando se busca generar un régimen perfecto. Es, en este sentido, profundamente pesimista respecto de la capacidad que tienen las sociedades para establecer un mundo decente. No bus-

ca la mejor sociedad posible sino la menos mala. Como señalaba Churchill, "la democracia es el peor de los sistemas de gobierno posibles, excluyendo el resto".

En una sociedad liberal el bien común es meramente procesal, se limita a establecer las condiciones que le garanticen a cada uno la libertad para ejercer sus derechos. No es casualidad que, en el modelo liberal de sociedad, el derecho y la economía tomen el lugar que antes ocupaban la filosofía y a metafísica.

Locke y el derecho a la vida, la libertad y la propiedad

Si bien John Locke (1632-1704) coincide con Hobbes en su defensa de los derechos del individuo y de la igualdad de todos los hombres, da un paso más y declara el derecho de rebelión de la población ante las tiranías. Para él, la soberanía y la autoridad no recaen automáticamente sobre una monarquía con poder absoluto, sino sobre legislaturas y constituciones capaces de hacer respetar los derechos individuales. Asimismo, para Locke los derechos de los ciudadanos no se limitan a la supervivencia, como sostiene Hobbes, sino que son más amplios. Los individuos tienen, por lo tanto, el derecho a la "vida, libertad y propiedad".

Locke también fue una figura central de la ilustración, movimiento de pensamiento asociado al liberalismo, y de esta toma la idea de que la razón y la ciencia son los medios más adecuados para alcanzar el progreso social, material y moral. Por lo tanto, la solución a los problemas que enfrenta una sociedad debe ser encontrada en el debate racional de ideas. Las instituciones liberales como los parlamentos derivan, en parte, de esta premisa.

Otro hombre clave en la historia del liberalismo fue el francés Charles Montesquieu (1689-1755), quien, en vez de centrarse en las fuentes de legitimidad del poder, advierte sobre el peligro que el poder representa.

Dado que los hombres quieren primero acumular poder para luego abusar de este, resulta necesario generar un marco institucional que pueda limitarlo. Retomando así las ideas de Maquiavelo, Montesquieu propone que el poder controle al poder. De aquí surge la búsqueda de un equilibrio entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo. Solo en un contexto como este sería posible que emerjan los compromisos, las leyes y la libertad.

El equilibro de poder propuesto por Montesquieu se convirtió en un pilar fundamental de las repúblicas modernas. En este sentido, el ejemplo más exitoso quizás sea el sistema de contrapesos entre los poderes Ejecutivo, Judicial y Legislativo que propone la constitución de Estados Unidos.

Las ideas de Locke y Montesquieu describen otro elemento central del liberalismo: su apego al Estado de derecho, entendido como un conjunto de cláusulas constitucionales, leyes y tradiciones legales que protegen a los individuos del comportamiento arbitrario tanto del Estado como de otros individuos.

Es con la Revolución Francesa de 1789 que el liberalismo comienza a tomar su forma actual. La mayoría de los liberales le dan la bienvenida a un evento que consideran histórico porque perciben que es una oportunidad para poner fin a la soberanía absoluta de los reyes y de la religión. Ahora sería posible disipar las tinieblas de la ignorancia mediante la ciencia y la razón. Los derechos del hombre iban a ser, finalmente, una realidad.

Stuart Mill: la educación como fuente de progreso

En el pensamiento de John Stuart Mill (1806-1873) ya observamos un liberalismo maduro, donde el individuo y su búsqueda de felicidad ocupan el rol central. Es más, podemos decir que Mill es el padre del liberalismo moderno.

La obra de Mill comienza por modificar algunos de los enunciados de su padre James Mill (1773-1836), de Jeremy Bentham (1748-1832), y del utilitarismo en general. Si bien para él las acciones correctas también son aquellas que buscan incrementar la felicidad de la mayor cantidad de personas posible, considera que las sociedades deben priorizar la maximización de los altos placeres (relacionados con la mente y el espíritu) sobre los menores, ya que los primeros son los que traen libertad y progreso a las sociedades.

Es por este motivo que Mill le da gran importancia a la educación. Es con ella que los ciudadanos pueden alcanzar todo su potencial, permitiéndoles a las sociedades progresar a través de diferentes etapas históricas, la última de las cuales es la forma representativa de gobierno.

Aunque Mill admite que en las etapas iniciales del desarrollo de los Estados otras formas de gobierno pueden ser más convenientes, propone a la forma representativa como el mejor tipo de gobierno posible. Esta es la que les permite a los individuos protegerse de las arbitrariedades y al mismo tiempo buscar la excelencia moral, intelectual y artística. Por lo contario, el despotismo (incluso el benévolo) fomenta la pasividad en la población.

A pesar de que Mill, y el liberalismo clásico en general, rechaza los regímenes despóticos, también desconfía de la democracia directa, ya que consideraba que esta podía terminar derivando en una tiranía de las mayorías. El gobierno representativo modera la voluntad del pueblo a través de representantes y de una burocracia meritocrática que debe estar a cargo de la implementación de las leyes. En este sentido, Mill le daba gran importancia al rol que los expertos pueden jugar en la sociedad.

Para Mill y el liberalismo clásico en general, la liberad debe ser entendida como la capacidad que los individuos deben tener de

hacer lo que deseen en la medida en que no dañen a otros. Solo de suceder esto, el poder político tendría el derecho a restringir sus acciones. Como veremos más adelante, esta es una concepción negativa de la libertad.

Mill también recalca la importancia que tiene la libertad de expresión, condición necesaria para alcanzar el progreso social e intelectual. Sostiene que no hay forma de saber si una opinión acallada no tiene algún elemento de verdad. Inclusive si se presentan argumentos falsos, el solo hecho de que esto ocurra permite que, luego de intercambiar ideas, el que los hizo pueda aprender de sus errores y ayudar a que otros individuos reexaminen sus propias posiciones, evitando así la formación de dogmas.

Con el paso del tiempo, el liberalismo clásico terminó distanciándose de los nacionalismos. Esta es una derivación lógica de su individualismo y universalismo. Según este razonamiento, los individuos que no concuerdan con el ideal de ciudadano promovido terminan siendo perseguidos o expulsados por las mayorías que los quieren asimilar. Por otra parte, los nacionalismos también fomentan el odio y los conflictos con otras naciones. Este proceso ha llevado a que el universalismo y el cosmopolitismo sean hoy dos de las características centrales del liberalismo.

En el plano económico, el liberalismo históricamente se ha opuesto a las políticas mercantilistas, a los monopolios y a las barreras al libre comercio. Por el contrario, ha defendido el derecho a la propiedad privada y el libre mercado. Es en libertad que la economía puede generar riqueza a través de una suma, desregulada, de las iniciativas económicas que llevan adelante los individuos y que ningún poder central está en condiciones de replicar.

La paz entre los Estados, según Kant

Por último, debemos mencionar la lectura que hacen los liberales sobre las relaciones internacionales. En parte esta deriva del

pensamiento del gran filósofo alemán Immanuel Kant (1724-1804) si bien consideraba que el hombre no es necesariamente bueno, sostenía que era posible generar un orden jurídico internacional que impida los conflictos armados. De esta manera extiende la importancia del Estado de derecho del plano doméstico al internacional.

Según Kant, la condición necesaria para la paz consiste en que los Estados respeten las libertades y la igualdad de los individuos. Entre otros motivos, porque los ciudadanos (a diferencia de sus líderes) se opondrían a la iniciación de una guerra. Los Estados deben, en definitiva, ser repúblicas liberales.

Kant también menciona otros factores que pueden ayudar a preservar la paz entre las naciones, como son la libre circulación de individuos entre los Estados, el libre comercio, que aumentará los costos económicos de iniciar conflictos, y la creación de una federación de Estados libres en donde puedan resolver sus disputas de manera pacífica. Todos estos son conceptos centrales de la que terminará siendo la escuela liberal de relaciones internacionales, clave no solo por su influencia intelectual, sino también política. (5)

Efectivamente, la creación de la Liga de las Naciones y de las Naciones Unidas, como también la de un sinnúmero de organismos internacionales, ha sido justificada y promovida posteriormente por una serie de políticos y pensadores liberales que las han visto como una oportunidad para incrementar los grados de colaboración y evitar, de esta manera, disputas.

Esta búsqueda de colaboración, sumada a los principios básicos del liberalismo, también han sentado las bases de la globalización, que en su interpretación más ambiciosa puede entenderse como un proceso que promueve no solo la libre circulación de bienes y servicios, sino también de personas e ideas. Organismos como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la

Organización Mundial del Comercio forman parte de un entramado institucional que ha promovido la globalización.

Podría pensarse, por lo señalado hasta ahora, que el liberalismo forma parte de un conjunto homogéneo de ideas. Esto, sin embargo, no es cierto, dado que existen importantes diferencias internas.

Libertad negativa y libertad positiva

Quizás la mejor manera de entenderlas sea a través de los conceptos de libertad negativa y positiva presentados por Isaiah Berlin (1909-1997). El primer tipo de libertad puede ser definida como la ausencia de barreras o interferencias al accionar individual, mientras que la segunda es la posibilidad de alcanzar algún objetivo. La libertad negativa ha servido de base para la construcción del liberalismo clásico, asociado principalmente con la tradición anglosajona y con la búsqueda de un Estado limitado que se circunscriba a asegurar los derechos de los individuos.

Por lo contrario, los defensores de la libertad positiva, más cercanos a la tradición europea continental, son aún más ambiciosos. Buscan generar las condiciones para que los individuos puedan lograr una mejor calidad de vida. De esta manera, el presidente estadounidense Franklin Roosevelt llamó a asegurar cuatro libertades para todos los habitantes del mundo: libertad de expresión, libertad para adorar a Dios de la manera en que cada uno quiera, libertad de necesidades y libertad de sentir temor. Como es lógico, esta concepción de la libertad abre las puertas a un Estado más activo y presente en la vida diaria de los ciudadanos.

Este es el tipo de liberalismo que creó y luego amplió los beneficios sociales que brinda el Estado de bienestar tanto en Europa como en Estados Unidos. Los denominados *liberals* estadounidenses (como fueron los presidentes Roosevelt, John Kennedy,

Lyndon Johnson y James Carter) son un ejemplo de una concepción diferente a la de los liberales clásicos.

Uno de los autores que sentó las bases teóricas para un mayor activismo social del liberalismo fue el estadounidense John Rawls (1921-2002), quien consideraba que, lejos de estar enfrentadas, las dos nociones centrales del liberalismo (libertad e igualdad) eran parte de un todo.

Para entender el tipo de estructura política y económica que necesitamos como sociedad, debemos hacer el siguiente experimento: cada individuo debate detrás de un "velo de ignorancia" que le impide saber, por ejemplo, cual es la raza, inteligencia, edad, religión o habilidades de los otros. Solo sabe que todos los individuos pueden formar parte de la sociedad. En la deliberación, cada individuo buscará su propio interés. Y como uno no sabe si en la sociedad le puede tocar ser parte de una minoría discriminada, sería irracional que apoye una estructura social que eventualmente lo pueda condenar. El resultado consistiría en acordar un sistema que mejore la posición de los individuos que estuviesen en la peor posición posible.

Rawls deriva dos principios de justicia de su experimento. El principio de libertad, que se traduce en libertades básicas que todo ciudadano debería poseer, y un segundo principio de equidad, que a la vez está compuesto por el principio de justicia distributiva y el principio de diferencia.

Con justicia distributiva, Rawls no se refiere únicamente a garantías formales que favorezcan la participación política o la libertad de expresión, sino que también aseguren igualdad de oportunidades a través de medidas concretas que favorezcan a los miembros más desfavorecidos de la sociedad. El principio de diferencia regula las inequidades, solo permitiendo el tipo de inequidades que favorezcan a los más desfavorecidos en la sociedad. De esta manera se compensa a los que nacieron sin ciertas venta-

jas. El principio de libertad tiene prioridad sobre el de justicia distributiva, que a la vez la tiene sobre el de diferencia.

Pero, más allá de estas diferencias puntuales, podemos afirmar que, en líneas generales, los liberales representan los principios que hemos exhibido a lo largo de este capítulo.

En efecto, el lector habrá notado que las sociedades en las que vivimos son en parte un reflejo de los valores y de las instituciones liberales. Las libertades individuales y la igualdad de los ciudadanos aparecen en nuestras constituciones, mientras que estas también buscan controlar el poder a través del equilibrio de los distintos dominios que componen los Estados. Por otra parte, los medios de comunicación actúan independientemente de los gobiernos.

En el plano internacional, existen instituciones como las Naciones Unidas, la Corte de Justicia Internacional y el Pacto de París que buscan promover la colaboración entre los Estados y evitar los conflictos. Económicamente, prima el individualismo aspiracional, representado a través del consumismo de las clases medias y la valoración de los emprendedores.

Los rivales del liberalismo

Alcanzar los niveles de aceptación que el liberalismo obtuvo a fines del siglo XX y principios del XXI no fue una tarea fácil, sino el resultado de batallas intelectuales y políticas contra dos grandes rivales: el marxismo y el fascismo.

Resumidamente, Karl Marx (1818-1883) sostiene que la lógica del sistema capitalista lleva a que los capitalistas exploten a sus trabajadores mediante la expropiación de la plusvalía. La solución a este problema es una revolución proletaria que ponga fin a la propiedad privada y a las clases sociales que genera. Una vez logrado esto, la planificación colectiva debería ocuparse tanto de la producción como de la distribución de los bienes.

Dentro de este esquema, el liberalismo es la filosofía de la burguesía. Una filosofía que justifica sus propios intereses, mencionando los derechos del hombre y la igualdad de los individuos, pero que esconde una gran injusticia: la desigualdad que implica la explotación de unos sobre otros.

Pero, para que el proletariado pueda actuar, primero tiene que tomar consciencia de su existencia, algo que, según el marxismo, solo puede suceder cuando sus miembros comiencen a comunicarse entre ellos y a considerarse, debido a los conflictos con otras clases, parte de una misma clase oprimida.

El italiano Antonio Gramsci (1891-1937) sostiene que las elites pueden lograr que el proletariado crea que es en su interés defender ciertas políticas que, en realidad, los perjudican. Esto es posible mediante el control que ejercen sobre instituciones culturales, como pueden ser la educación pública y los medios de comunicación. Esto es lo que les ha permitido, en su opinión, convertirse en una fuerza hegemónica y retrasar, especialmente en el contexto de Europa Occidental, la revolución.

En los países desarrollados, según Gramsci, la estrategia más adecuada para alcanzar la revolución consiste en terminar con la hegemonía cultural de la burguesía. Para esto, antes de tomar el poder formal, se necesita librar una batalla de ideas que permita ganar el apoyo del proletariado y de otros sectores de la sociedad. En esta estrategia, los intelectuales orgánicos -aquellos que no analizan la realidad desde la neutralidad sino que lo hacen desde el compromiso con su clase- juegan un rol central.

Más allá de las inconsistencias teóricas que tiene el marxismo, su derrota se debió a su fracaso en la práctica. Decenas de experimentos marxistas fueron aplicados por gobiernos revolucionarios alrededor el mundo y en todos los casos se terminó cercenando las libertades individuales y produciendo miseria económica. No pasó desapercibido para sus ciudadanos la brecha entre

el desarrollo que alcanzaron Alemania del Este y del Oeste o Corea del Norte y Corea del Sur.

Otra de las críticas que ha recibido el liberalismo no proviene de la izquierda sino de la derecha, y se basa en una posible interpretación del pensamiento del gran filósofo alemán Friedrich Nietzsche (1844-1900). Para Nietzsche, la democracia liberal de nuestros días representa el triunfo de la mentalidad esclava. En su deseo de sobrevivir, el hombre liberal de Hobbes y Locke abandonó sus sentimientos de superioridad y de orgullo. En definitiva, nos hemos transformado en seres que lo único que saben hacer es satisfacer placeres menores, incapaces de elevarse sobre sus intereses materiales.

Como alternativa, Nietzsche propone una sociedad aristocrática liderada por seres superiores, aquellos capaces de proveer grandeza y excelencia. En efecto, lo que nos lleva a superarnos y mejorar como individuos es el descontento que nos produce la falta de reconocimiento. Debemos, por lo tanto, desear ser considerados mejores que el resto, no iguales. Pero esto nunca puede suceder en democracias basadas en el liberalismo o en el cristianismo, del cual este deriva, ya que estas promueven la igualdad de todos. En concordancia con Maquiavelo, Nietzsche parece anhelar las virtudes clásicas, presentes sobre todo en Roma.

A pesar de su rechazo del nacionalismo alemán y del antisemitismo, el pensamiento de Nietzsche influyó en la formación del fascismo y en particular en las doctrinas de Adolf Hitler. Conceptos como la voluntad de poder y la admiración por una clase guerrera superior son elementos centrales del pensamiento fascista.

Fukuyama sostiene que si bien el nazismo fue una atrocidad, tanto en el plano teórico como práctico, la crítica que Nietzsche presenta al liberalismo todavía no ha podido ser respondida de manera satisfactoria. (6) Esta consiste en la posible rebelión de los

individuos ante la idea del "último hombre", aquel que ya no tiene emociones y cuya existencia se limita a consumir racionalmente y tener vidas pacíficas y aburridas. En algún momento, los individuos de las democracias liberales pueden querer adoptar nuevos ideales y volver a tener vidas peligrosas, aunque esto implique la posibilidad de morir. Buscarán, en definitiva, recuperar el concepto de la virtud heroica y de la superioridad sobre los otros, algo que el liberalismo descartó de nuestras sociedades hace décadas.

Si Marx critica la falta de igualdad en las sociedades liberales, Niteszche denuncia este aspecto del ideal liberal.

5- Un punto importante a señalar es que para Kant, al igual que para John Stuart Mill, la guerra contra los Estados que no habían alcanzado el mismo grado de desarrollo que las repúblicas liberales podía justificarse.

6- Fukuyama, Francis. *The End of History*.

CONSERVADURISMO

Además del marxismo y del fascismo, existe otra escuela de pensamiento político que se ha enfrentado y continúa enfrentando hasta el día de hoy al liberalismo: el conservadurismo.

El conservadurismo es una tradición intelectual y de gobierno que ha servido de base para un movimiento político que, como veremos a lo largo de este libro, está cambiando la realidad de muchos países. ¿Cómo podemos diferenciar al conservadurismo de otras tradiciones? Básicamente, por su defensa de la comunidad y de los lazos familiares, culturales y religiosos que permiten su supervivencia. Para comprenderlo mejor, tenemos que repasar sus principales fuentes intelectuales.

San Agustín, patriotismo y religiosidad

Una de las vertientes del pensamiento conservador es la doctrina de la Iglesia Católica, y en particular el pensamiento de San Agustín de Hipona (354-430). San Agustín dedicó las últimas décadas de su vida a denunciar los vicios de Roma y a contraponerlos con un modelo cristiano de sociedad.

El corazón de la doctrina política de San Agustín es, por lo tanto, la virtud. El hombre es un ser social que solamente puede alcanzar la perfección a través de las virtudes cristianas y la vida en comunidad. Y aquella virtud que ordena en la búsqueda del bien común es la justicia, ya que, al regular las interacciones entre los individuos, puede promover la paz y la prosperidad.

La Roma gloriosa y expansionista que muchos romanos de la época de San Agustín añoraban se había basado en la conquista y no en los valores religiosos. Buscó grandeza pero no virtud. Sus ciudadanos no actuaban para servir, sino para obtener gloria personal. Según San Agustín, la consecuencia de esto fue la injusticia y la explotación de otros pueblos.

Dado este precedente, ¿cómo debería organizarse una sociedad? En primer lugar, San Agustín diferencia las responsabilidades que le corresponden al poder eclesiástico de las que le caben al poder temporal. En nuestro mundo conviven, en efecto, dos tipos de ciudades: la ciudad de Dios y la ciudad terrestre. La primera es la que agrupa a los cristianos piadosos y a la verdad; la segunda a los que no lo son y que tan solo buscan satisfacer sus deseos mundanos.

Hasta que no se produzca el juicio final, ambas ciudades convivirán, tanto temporal como geográficamente, en nuestro mundo. Y como el intelecto del hombre no es capaz de controlar totalmente sus deseos y acciones, tendrá lugar un conflicto entre el bien y el mal. Efectivamente, San Agustín es un realista que no se hace ilusiones respecto del hombre que, en definitiva, es producto del pecado original.

Tanto en la obra de San Agustín como en la de otros pensadores clásicos surge una concepción sobre la libertad que difiere de la liberal. Para ellos, y para muchos conservadores de nuestros días, la libertad no es una condición natural con la que nacemos, sino la capacidad que tenemos para elegir.

Esta capacidad solo puede ser alcanzada a través de un largo y dificultoso proceso educativo que nos permitirá gobernarnos a nosotros mismos. La libertad, entonces, no es la falta de restricciones externas a nuestro accionar, sino la capacidad que tenemos para gobernarnos a nosotros mismos usando para ello las capacidades que nos brindan el espíritu y la razón. Solo así podremos cultivar las virtudes y acercarnos a la verdad.

Para San Agustín, los Estados cumplen una función importante al evitar la guerra de todos contra todos. En efecto, debe existir una autoridad que sea capaz de castigar a aquellos que atentan contra la naturaleza, pero también contra las costumbres y las leyes del hombre. Los ciudadanos deben obedecer a las autoridades

civiles, pero siempre entendiendo que la lealtad principal es para con Dios. La religión tampoco compite con el patriotismo, dado que al transformarlo en una obligación moral, lo fortalece.

En el pensamiento de San Agustín encontramos algunas de las características centrales del conservadurismo. Entre ellas el respeto a la autoridad política, la defensa del nacionalismo y del rol de las religiones en la esfera pública. De hecho, el patriotismo y la religiosidad no son vistos como valores que compiten entre sí, sino como parte de una misma concepción de la vida y de la organización política.

Pero quizás el principal aporte que hace al conservadurismo –no solo de San Agustín sino también Santo Tomás de Aquino (1224-1274)– es la idea de que existe un orden natural, que sirve de fuente moral para una ley natural que debe ser respetada por todos los individuos. Esta ley, creada por Dios, es inmutable, eterna y universal.

La tradición católica establece una clara diferencia entre el bien y el mal, oponiéndose al relativismo moral que, para muchos conservadores, tanto el liberalismo como el nihilismo de nuestros días han producido. Efectivamente, para Santo Tomás el fin último de una multitud que vive en sociedad es vivir en la virtud. Existe, en definitiva, un claro orden moral que debe ser respetado, no solo por los ciudadanos sino también por los gobiernos. Si esto no ocurre, la sociedad se terminará corrompiendo.

Burke: la prudencia en los cambios y otros aportes

La principal fuente intelectual de la corriente de pensamiento conservador que suele predominar en los países anglosajones es el pensador y político inglés Edmund Burke (1729-1797). Además de coincidir en muchos aspectos con la de San Agustín, su

obra incorpora una serie de nuevos conceptos a la tradición conservadora.

El principal objetivo de Burke fue convencer a sus compatriotas de que la Revolución Francesa poco tenía que ver con la Revolución Americana o la Revolución Gloriosa que había tenido lugar en Gran Bretaña. La diferencia se encuentra en la excesiva fe que la primera depositó en la razón humana y en la igualdad de los hombres, ambos pilares del liberalismo. Para Burke, este experimento destruyó los cuerpos intermedios de la sociedad francesa y causó un baño de sangre, tanto en Francia como en gran parte de Europa.

Un punto central de su pensamiento es, por lo tanto, la moderación. Las políticas de los países deben poder modificarse, pero los cambios deben hacerse con prudencia y a través del tiempo. Por otra parte, las transformaciones abruptas, como las que sucedieron durante la Revolución Francesa, terminan destruyendo un delicado orden social.

Relacionado con esto es la oposición de Burke al uso de fórmulas abstractas. Cuando los objetivos de gobierno y los medios para alcanzarlos son propuestos por teóricos que buscan replicar reglas universales, suele emerger la violencia. Las políticas deben ser definidas teniendo en cuenta las circunstancias de cada país, que son infinitas y variables.

Otro aporte de Burke al conservadurismo es la noción de que el Estado es un contrato entre los muertos, los vivos y aquellos que aún no han nacido. La justicia y la libertad que disfrutamos hoy en día son, en efecto, el producto de una larga y compleja experiencia social, el resultado de un largo proceso de prueba y error. Es nuestro deber transmitir a las próximas generaciones estas y otros activos que hemos heredado de nuestros antepasados. Es más, para Burke las tradiciones y los prejuicios deben ser considerados una fuente importante de saber que nos ha sido le-

gada por las generaciones pasadas, son una forma de "sabiduría latente". De esta manera, las costumbres y los buenos modales son más importantes que las leyes, ya que, para su existencia, estas últimas dependen de los primeros. Los prejuicios regulan, de manera informal, el comportamiento de los individuos.

Tomemos por ejemplo el caso de la caballerosidad y el de la paternidad responsable. Estas son reglas informales que los hombres aprenden en sus hogares y comunidades, y que sirven para regular su comportamiento con las mujeres y con sus hijos, lo que hace disminuir, según este argumento, la violencia sexual y el abandono del hogar, con el daño que esto puede causarles a los niños.

Si bien Burke desconfía de la democracia directa, porque considera que esta puede derivar en una tiranía de la mayoría, cree que la sociedad debe organizarse pensando en el ciudadano ordinario. Y este es quien más se beneficia de las normas informales que regula el comportamiento de todos los ciudadanos, incluyendo el de los más poderosos. Si estas normas se eliminan, la sociedad puede terminar siendo moldeada para beneficio de unos pocos. Debe existir, por lo tanto, una aristocracia gobernante que tenga como principal objetivo favorecer los intereses de todos los ciudadanos.

Para Burke, las sociedades deben estar organizadas de abajo hacia arriba. Es gracias a la educación que los individuos reciben en pequeños grupos (iglesias, clubes, escuelas, ejército o familias) que estos adquieren el sentido de responsabilidad y la capacidad para reconocer los intereses de los otros. Estos grupos son, en definitiva, escuelas de comportamiento y de valores sin los cuales nunca vamos a poder progresar como sociedad. Por el contrario, las sociedades organizadas desde arriba (a través de burocracias verticales o gobiernos revolucionarios) terminan perdiendo todo sentido de responsabilidad.

La importancia que Burke les da a los cuerpos intermedios también se ve reflejada en el pensamiento de Alexis de Tocqueville (1805-1859). Al observar el fenómeno democrático en Estados Unidos, el pensador francés llegó a la conclusión de que el espíritu igualitario del liberalismo puede terminar destruyendo aquellas mismas organizaciones civiles sobre las que se basan muchos de los valores que posibilitan su existencia en primer lugar. Esta es una de las principales críticas que el conservadurismo plantea al liberalismo. El liberalismo tiende, según este argumento, a destruir las instituciones y las comunidades que facilitan los derechos y las libertades individuales.

Lo que sostiene a estas organizaciones es un sentido de obligación de los individuos hacia ellas, independientemente de cuál sea su interés personal. Quizás el caso más paradigmático sea el de las familias, organizaciones que evitan la atomización social que tiende a producir el liberalismo. Las familias sobreviven gracias a los sacrificios que realizan los padres por amor y sentido de obligación.

El Estado ideal de Hegel

La última vertiente del pensamiento conservador que analizaremos es la que surge del pensamiento del filósofo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831). Al igual que Burke, Hegel desconfía de la concepción liberal del individuo. El individuo es el producto de una sociedad; si no fuese por ella, no existiría. Lo que el individuo es, en parte se lo debe a la tradición, a la moralidad y a la sociedad civil a la que pertenece.

También, como Burke, Hegel cree que la familia es el elemento fundador del orden político, el lugar desde donde el individuo comienza su viaje hacia la libertad y su propio conocimiento. La familia es la fuente de las obligaciones no elegidas y el refugio de las interacciones de la sociedad civil. Pero, para Hegel, la familia tiene una naturaleza iliberal. En su opinión, las propie-

dades de la familia son de todos sus miembros, pero deben ser administradas por el padre que, a la vez, debe ser quien la represente en la sociedad civil.

Por otro lado, la sociedad civil es el ámbito donde el egoísmo y la economía de mercado tienen lugar. Aquí, y al trabajar, las personas se vuelven libres. La sociedad civil no es únicamente un escenario de conflicto y competencia, sino que también es el lugar en donde se establecen lazos de confianza y se asumen responsabilidades colectivas. Para Hegel, el Estado no debe intervenir activamente en la economía, pero debe proveer educación y evitar la pobreza, a la que consideraba una causa de degradación moral.

En términos del rol de las religiones, Hegel considera que el cristianismo no se debía limitar a jugar un rol importante en la vida privada de los individuos, sino que tenía que ser parte activa de la comunidad en general.

El Estado moderno es, para el filósofo alemán, el tercer "momento" de la vida ética, aquel en donde los intereses de todos los individuos son considerados y en el que, finalmente, se alcanza tanto un sentido de comunidad como de libertad individual. Mientras que en la sociedad civil prima el sentido negativo de libertad, aquí lo hace el positivo. Los ciudadanos, por lo tanto, obtienen derechos pero también asumen obligaciones de manera voluntaria para con el Estado y sus conciudadanos. En épocas de guerra, estas obligaciones los llevan a luchar por sus países.

El Estado ideal, para el autor de *La fenomenología del espíritu*, es la suma de una monarquía constitucional, a cargo de un rey, y de una burocracia estatal meritocrática abierta a todos los ciudadanos y que, en términos prácticos, debía ser la encargada de ejercer el poder. A este esquema, Hegel le suma una cámara de representantes, no electa directamente por el pueblo sino formada

por corporaciones, más otra cámara legislativa compuesta por los dueños de tierra.

Por lo tanto, para Hegel, el individuo alcanza plena satisfacción cuando participa activamente de la vida familiar, de la sociedad civil y del Estado. Este modelo de organización es uno de los principales aportes del filósofo alemán al pensamiento conservador. Hegel es el primer pensador que establece una diferencia tan clara entre el Estado y la sociedad civil y, al igual que Burke y San Agustín, presenta actores que, al conservar su autonomía, le imponen un límite al accionar del Estado. Esto marca una diferencia central con el fascismo que, además de ser revolucionario, promueve el surgimiento de un Estado totalitario.

Por último, no podemos dejar de mencionar que el fin de la historia que propuso Fukuyama en los 90 se basó en parte en el pensamiento de Hegel. Fue él quien introdujo la idea del determinismo histórico, la noción de que la historia se dirige hacia una meta final. Pero si para Fukuyama y para otros liberales esta meta fue alcanzada con el triunfo de la democracia liberal, para muchos conservadores el modelo triunfante fue el modelo de sociedad propuesto por Hegel.

La posterior adopción de la democracia liberal habría sido para ellos un mero retroceso que, con el consiguiente debilitamiento de la familia y de las organizaciones intermedias, terminó fortaleciendo a un Estado todopoderoso. Sería entonces ahora tiempo de volver a replicar su modelo ideal.

Otras vertientes del conservadurismo

La riqueza del pensamiento conservador no se ha dado solo en el campo de la filosofía política, sino también en las artes y en particular en la descripción que hicieron de las sociedades de su época Fiódor Dostoyevski (1821-1881) y Honoré de Balzac (1799-1850), dos de los grandes novelistas de la historia.

El pensamiento de estos dos autores es profundamente conservador. En sus escritos critican la decadencia de los valores tradicionales debido a la llegada de una burguesía interesada por lo material. Su accionar debilitó a las comunidades, familias y a las religiones que la preceden, las instituciones encargadas de reprimir las tendencias más depravadas de los individuos, facilitando así el mantenimiento del orden social. Balzac promovía, incluso, la llegada de gobiernos autoritarios, capaces de reinstaurar los valores cristianos y familiares. De manera similar, el autor ruso veía en el liberalismo y en el ateísmo las causas de la degradación de Occidente. Añoraba, por el contario, la vuelta del cristianismo.

Antes de finalizar este breve repaso por algunos de los principales pensadores conservadores, es necesario mencionar a Leo Strauss (1899-1973), quien luego de migrar desde Alemania, terminó sentando las bases teóricas del que sería el neoconservadurismo en Estados Unidos.

Al igual que Martin Heidegger (1889-1976), Strauss buscó en el pensamiento clásico conceptos que le permitieran entender el mundo actual. Su conclusión es que al darle demasiada importancia a la libertad individual, la sociedad liberal de nuestros días dejó de lado la búsqueda de la excelencia y de la virtud pública. De hecho, el liberalismo contiene las bases que permitirían el surgimiento del tipo de relativismo moral y de nihilismo que gobierna nuestras sociedades. Un nihilismo que ha producido, en su forma más brutal, al nazismo y al marxismo, pero que también ha impulsado al hedonismo de las democracias liberales.

Strauss también rescata el rol de la religión, sin dejar en claro si es creyente o no. Como Maquiavelo, quien quería dejar de lado el cristianismo y volver a las religiones paganas, considera que la religión tiene un rol importante que jugar en la sociedad, independientemente de si esta es verdadera o no. Esta brinda un sentido de moral a la mayoría de la población, manteniéndola

alejada del nihilismo y permitiendo, por lo tanto, la conservación del orden político.

¿Tiene el conservadurismo algo que decir sobre las relaciones internacionales? En líneas generales, los conservadores tienen una visión realista que difiere de las visiones más utópicas asociadas al liberalismo.

En parte, esta visión deriva del pesimismo que muchos conservadores tienen sobre la condición humana y de su desconfianza de las utopías universales. San Agustín es, de hecho, uno los precursores del realismo en las relaciones internacionales. Al ser el hombre un ser imperfecto debido al pecado original, la ciudad terrenal está condenada a la lucha de intereses. Este pesimismo en el ámbito doméstico también se ve reflejado en la conflictividad internacional, una realidad que puede y debe ser moderada pero que no desaparecerá.

Otra conexión que une al conservadurismo con el pensamiento realista es que ambos aceptan y celebran la existencia de las naciones, las que, para el escritor Ernest Renan (1823-1892), son "referémdums diarios", donde es tan importante lo que las sociedades olvidan como lo que recuerdan. Para el francés, sus bases son "las glorias comunes de un pasado, una voluntad común en el presente y la fe de las grandes tareas que se pueden lograr de manera conjunta en el futuro". (7) En este sentido resulta importante destacar que, para los conservadores, la nación se basa en los valores y la cultura que comparten los miembros de una determinada comunidad. Esto los aleja de las visiones de tipo racista que sostienen otras corrientes de derecha.

Los motivos de su defensa de la nación son numerosos.

Por un lado, sin el sentido de pertenencia y cohesión política que brindan el patriotismo y el amor a la comunidad, se volvería sumamente difícil vivir en sociedad. Si no fuera por estos, ¿quién pagaría los impuestos, quién estaría dispuesto a dar su vi-

da en una guerra para defender a su país o quién desarrollaría el sentido de servicio público necesario para formar parte de una clase dirigente? Estas son preguntas que el conservadurismo le plantea al liberalismo y a aquellos que consideran que la sociedad es una mera suma de intereses individuales.

Los conservadores también valoran las diferencias culturales que existen entre las naciones. A diferencia de los liberales, que de tanto en tanto fomentan el uso de la política exterior (y a veces las armas) de sus países para expandir la democracia liberal por el mundo, la mayoría de los conservadores no buscan imponer su forma de vida sobre otros sino que quieren protegerla de interferencias extranjeras. El conservadurismo sostiene, recordemos, que las instituciones sociales tienden a diferir de país en país, ya que estas son el producto de su historia y cultura.

Incluso el propio Hegel le responde a Kant y a su proyecto de alcanzar una paz eterna. Las guerras siempre van existir, sostiene, porque los Estados buscan preservar su supervivencia y porque no existe en el plano internacional una autoridad suprema capaz de poner fin a los conflictos (como sí ocurre, según Hobbes, en el plano doméstico). Es más, para Hegel los conflictos internacionales cumplen al menos dos funciones importantes. Por un lado, al relacionarse con otras naciones, les permite a los Estados reconocerse a sí mismos, reafirmando de esta manera su identidad. Finalmente, también fomentan entre sus ciudadanos ciertas virtudes (sentido de sacrificio o patriotismo) que en tiempos de paz tienden a desaparecer.

En definitiva, mientras que el liberalismo ve a la sociedad en términos de individuos y derechos universales, el conservadurismo fomenta el sentido de nación. Según esta visión, el nacionalismo no solo fortalece la cohesión social de la comunidad (lo cual a la vez facilita su defensa ante posibles ataques), sino que también brinda satisfacción psicológica a sus miembros.

Al comienzo de esta primera parte mencionamos que, al igual que el liberalismo, el conservadurismo es una tradición intelectual pero también de gobierno. Los líderes y partidos políticos conservadores han ejercido una enorme influencia en la política moderna. Algunos de sus principales representantes en el siglo XX han sido Charles De Gaulle, Winston Churchill y Konrad Adenauer. A partir de los 80, el Partido Republicano de Estados Unidos ha defendido sus principios, como también lo han hecho los partidos conservadores de Gran Bretaña, Alemania y otras naciones.

¿Cuáles son, entonces, algunos de los temas puntuales sobre los que los conservadores contemporáneos toman postura?

Una vez que la familia y la comunidad pierden relevancia, y con ellos las normas sociales, los individuos buscan apoyo en el Estado. El Estado se convierte, según esta visión, en un medio para eliminar desigualdades de hecho y no solamente en un ente encargado de proteger los derechos individuales o promover la igualdad de oportunidades. Para algunos conservadores, los Estados occidentales comenzaron a asumir cada vez más responsabilidades, muchas veces a costa de los gobiernos locales y de las asociaciones intermedias que en el pasado preservaron la vida comunitaria. El crecimiento del Estado y el del liberalismo, contrariamente a lo que muchos asumen, han ido de la mano. (8)

Esta interpretación y el temor a que el Estado central concentre cada vez más responsabilidades, han hecho que muchos conservadores apoyen el principio de subsidiariedad (por el cual los problemas deben ser resueltos por la autoridad más próxima al objeto del problema).

Por ejemplo, la defensa del federalismo se ha transformado en una de las principales banderas de los conservadores estadounidenses, mientras que el principio de subsidiariedad es un punto central de los partidos demócrata cristianos que han sido influen-

ciados por la doctrina social de la Iglesia Católica. Todas estas posturas tienden a debilitar al Estado central.

El principio de subsidiariedad también nos ayuda a entender algunas de las posturas que los conservadores suelen adoptar en política exterior. Por ejemplo, uno de los motivos por los cuales tienden a oponerse a las intervenciones militares en el exterior es porque las guerras fortalecen el rol Estado central en detrimento de las atribuciones que les corresponden a las comunidades locales. Es por este motivo, entre otros, que los conservadores suelen adoptar posiciones agresivas únicamente cuando consideran que existe un peligro directo para la seguridad nacional o cuando perciben que la forma de vida de los ciudadanos es amenazada.

En términos de comportamiento y actitudes, a lo largo de la historia los conservadores han defendido el concepto burkeano de la moderación. En la medida de lo posible, no solo la violencia y los cambios extremos deben ser evitados, sino que las autoridades debidamente constituidas y las jerarquías sociales deben ser respetadas. En aquellos casos en que algún cambio deba producirse, este debe ser implementado con prudencia y moderación.

Pero si bien los conservadores tienden a respetar los lineamientos básicos que hemos presentado hasta aquí, existen diferencias en sus agendas de gobierno. Estas varían según la historia, las tradiciones, las religiones y otro tipo de características que definen a cada sociedad. Por ejemplo, la lucha contra la legalización del aborto es una parte importante de la agenda conservadora en algunos países católicos y en aquellos con una fuerte presencia evangélica, pero por motivos históricos no lo es en el norte de Europa o en Rusia.

7- Renan, Ernest. *Qu'est-ce qu'une Nation*, Paris, Mille et une Nuits, 1997.

8- Deneen, Patrick. *Why Liberalism Failed*, New Haven, Yale University Press, 2018.

UNA IDEOLOGÍA PARA LAS ELITES

Hasta ahora me he limitado a describir el origen de una relación –la que une al liberalismo con el conservadurismo– que estuvo marcada por el enfrentamiento y la desconfianza mutua. Pero a mediados del siglo XX, esta relación comenzó a mutar debido a la aparición de un rival común: el comunismo.

Luego de finalizada la Segunda Guerra Mundial, la amenaza que representaban la Unión Soviética y el crecimiento del marxismo dentro de los propios países occidentales (no debemos olvidarnos que los partidos comunistas de Francia e Italia llegaron a ser competitivos electoralmente) llevó a que las diferencias entre liberales y conservadores comenzaran a ser percibidas como menores. Se produjeron, entonces, las condiciones para una alianza.

Fusionismo o el acercamiento entre liberales y conservadores

En el plano de las ideas, esta asociación fue posible gracias al trabajo de una serie de intelectuales, principalmente estadounidenses, que, desde las páginas de la revista *National Review*, promovieron el concepto de fusionismo. Líderes intelectuales, como el católico William Buckley (1925-2008), que luego terminó convirtiéndose en un importante operador dentro del Partido Republicano, buscaron puntos en común entre ambas tradiciones. Con el fusionismo, lo que emergió fue un programa liberal en lo económico y conservador en lo cultural.

Otros de los intelectuales que, ahora desde la tradición liberal, se sumaron a este esfuerzo fueron los economistas Milton Friedman (1912-2006), Friedrich Hayek (1899-1992) y James Buchanan (1919-2013). Lejos de limitarse al debate académico, estos premios Nobel se involucraron activamente en la comunicación de las ideas a la sociedad. De esta manera, algunos de ellos apare-

cieron regularmente en los medios de comunicación, fomentaron el surgimiento de los *think tanks* modernos y, además, les pidieron a sus estudiantes un mayor involucramiento en la vida pública.

El liberal Hayek ayudó a que el fusionismo tuviese lugar al señalar algunas de las características que hacían al conservadurismo compatible con el liberalismo. Rechazó, por ejemplo, las divisiones entre los promotores de la libertad y de la fe. Sostenía que, por el contrario, el racionalismo excesivo de algunos liberales europeos había antagonizado a individuos que valoraban la libertad individual pero que se sintieron agredidos por aquellos que no reconocían otro valor que el de la ciencia para determinar lo que es y lo que debe ser. El conocimiento, para Hayek, también proviene de la tradición, la religión y de otros medios no racionales.

Con su teoría de elección pública, Buchanan mostró a los políticos y funcionarios como simples actores que buscan maximizar su propia utilidad, y no como abnegados servidores públicos. Los pedidos de mayores recursos para las agencias gubernamentales que controlaban respondían, principalmente, a sus necesidades para incrementar poder e influencia, y no necesariamente porque consideraban que este era un medio adecuado para ayudar al pueblo. Esta visión, por un lado, les brindó apoyo intelectual a los liberales que querían disminuir la participación de Washington en la vida económica de los individuos y, por el otro, les dio argumentos a los conservadores que también querían deslegitimizar a las políticas sociales que venía impulsando el gobierno central. Los liberales y los conservadores enfrentaban, según esta lógica, no solo un rival externo común –la Unión Soviética– sino también uno interno –el progresismo.

Otros pensadores se encargaron de señalar que una de las principales fuentes del liberalismo es el cristianismo. El primero no hubiese sido posible sin el respeto por la igualdad de todos los

hombres y la diferenciación, promovida por San Agustín, entre el mundo eclesiástico y el terrenal. (9)

Como parte de este proceso, el liberalismo también tuvo que adoptar posturas compatibles con el nacionalismo. Su impulso cosmopolita fue dejado de lado, al menos por un tiempo, para promocionar valores compatibles con la defensa de la nación frente a la amenaza soviética. Muchos recordaron que, como señaló John Stuart Mill, las tradiciones de gobierno limitado, libertad individual y elecciones libres surgieron de naciones que poseían un fuerte sentido de identidad. En numerosas ocasiones, los progresos económicos y sociales obtenidos habían sido el resultado de la competencia entre los Estados europeos.

En términos políticos, el acercamiento al conservadurismo significó que los políticos e intelectuales liberales tuvieron que resignarse a aceptar la existencia de regímenes que, si bien eran liberales en lo económico, en el plano social –y en especial en lo concerniente a los derechos humanos– no compartían sus mismos valores. Algunos casos emblemáticos fueron los del Chile de Augusto Pinochet, la Junta Militar en la Argentina de los 70 o el del Singapur de Lee Kuan Yew.

El resaltar los puntos en común con el liberalismo llevó a los conservadores a atravesar un proceso similar. Es probable que el cambio más emblemático haya sido el de su agenda económica, dado que las políticas pro mercado terminaron siendo aceptadas sin demasiadas objeciones. Tanto se terminó pareciendo el discurso conservador al liberal que algunos observadores comenzaron a tratar al conservadurismo como un mera corriente interna dentro del liberalismo.

El fusionismo sirve también como un ejemplo del importante rol que las ideas pueden jugar en la política. Tanto Ronald Reagan como Margaret Thatcher, quizá los líderes políticos que mejor representaron esta alianza, fueron influenciados por pensado-

res como Hayek o Buckley. Henry Kissinger, por otro lado, es un ejemplo de un pensador y político que promovió el modelo conservador en el plano doméstico y el realista para la política internacional. (10)

Con la finalización de la Guerra Fría, la lógica que justificaba el acercamiento entre conservadores y liberales concluyó. De esta manera, el liberalismo pudo "liberarse" de las limitaciones que le imponía el pensamiento conservador y, poco a poco, fue acercándose a otra tradición: el progresismo.

Progresismo y nuevas elites

Para entender este proceso debemos comenzar definiendo al progresismo.

Las obras de los grandes pensadores pueden ser interpretadas de distintas maneras, y la de Nietzsche no es una excepción. Si bien una de las interpretaciones posible es, como ya mencionamos, cercana al fascismo, otra es la que hicieron los pensadores posmodernistas. Esta celebra el relativismo que describe Nietzsche.

Como ya no existe una única verdad, un Dios o un orden moral establecido, cada individuo puede vivir según sus propias convicciones. Una de las metas de Nietzsche, como también lo es para algunos liberales, es liberar al individuo de aquellas estructuras conservadoras que le impone la sociedad. Las condiciones existentes al nacer, como señala Rawls, no deberían influir en el desarrollo del ser humano.

Con el paso del tiempo, el progresismo, que se alimenta intelectualmente del posmodernismo, comienzan a percibir a todas las formas de categorización (hombre y mujer, bueno y malo, etc.) como construcciones arbitrarias y discriminativas. (11) De esta manera, el posmodernismo busca destruir las grandes narrativas.

Como hay un sinnúmero de posibles interpretaciones sobre la realidad, ninguna puede ser considerada verdadera o canónica. Estas, por lo tanto, deben ser el resultado de una lucha de poder entre sectores que buscan dominar a otros. En este contexto, el lenguaje gana importancia porque es visto como un instrumento para alcanzar esta dominación. De esta visión, en parte, proviene la teoría del género y su insistencia respecto del uso de un lenguaje neutro al referirse a hombres y mujeres. De esta manera, el género tendría más que ver con una construcción cultural que con diferencias biológicas. El progresismo pasó de centrarse en los individuos, como históricamente ha hecho el liberalismo, a los grupos minoritarios.

Efectivamente, los progresistas contemporáneos abrazan, entre otras causas identitarias, la agenda feminista, la defensa de los derechos de la comunidad homosexual y el secularismo. Sin embargo, su agenda no se limita únicamente a lograr que la sociedad respete los derechos de los miembros de los grupos minoritarios, sino también a que los reconozca y celebre su existencia. Es así como el respeto por el multiculturalismo y la diversidad se convirtió en unas de las principales banderas del progresismo.

En definitiva, el progresismo está en una permanente búsqueda por incrementar los derechos individuales y en liberarlos de los modos y las costumbres que rigen a las sociedades.

Uno de los aspectos que diferencian al progresismo del liberalismo es su visión de la economía, ya que sus miembros suelen considerar que el Estado debe jugar un rol activo en la eliminación de las diferencias económicas que existen entre los individuos. De esta manera busca la igualdad de hecho, más que la de oportunidades. Esto tiende a colocar a los progresistas a la izquierda del liberalismo en el espectro político y económico.

¿Qué explica, entonces, el surgimiento del liberalismo progresista? Su oposición al conservadurismo y ciertas semejanzas

teóricas jugaron un rol importante, pero también lo ha hecho el convertirse en el relato más aceptable para las nuevas elites que surgieron en los últimos años. En efecto, muchos de sus miembros se sienten plenamente identificados con un discurso que no solo justifica el estilo de vida que quieren adoptar, sino que además no les exige hacer grandes sacrificios de tipo económico. No deben lidiar con las restricciones económicas que les impone el marxismo, pero tampoco con las restricciones a su comportamiento familiar y sexual que promueve el conservadurismo.

Las nuevas elites tienden a predicar el valor de la meritocracia, poniendo énfasis en el hecho de que el ingreso a las clases acomodadas, al menos en Estados Unidos, hoy está más relacionado con el esfuerzo personal que con las grandes herencias. De esta manera, la discusión sobre la existencia de clases o las injusticias sociales pasó a un segundo plano y ganaron mayor protagonismo los temas relacionados con la agenda identitaria. Esto es algo que claramente favorece los intereses de los mismos miembros de las elites, ya que pone foco en asuntos que no se relacionan abiertamente con la distribución de ingresos.

Muchos conservadores sostienen que las nuevas elites perdieron en este proceso el concepto de nobleza obliga, es decir, la obligación de preocuparse y actuar para mejorar la vida de los menos privilegiados, abandonando la noción de que con los privilegios de clase también vienen responsabilidades.

Pero, ¿a qué me refiero cuando menciono a las nuevas elites? En las últimas décadas, una serie de fenómenos terminaron incrementando el poder económico y cultural de aquellos individuos que mejor se adaptaron al mundo de la globalización y a los cambios tecnológicos. Por lo general, estos son hombres y mujeres que han recibido una excelente educación y están capacitados para desarrollar su trabajo en cualquier lugar del mundo. Esta realidad, sumada a experiencias de vida similares, muchas veces los vuelve más cercanos a los miembros de las elites de otras na-

ciones que a la mayoría de sus compatriotas. Los miembros de las elites tienden a convertirse en ciudadanos "de cualquier lugar". (12)

Parte de esta nueva elite puede ser, por ejemplo, un empresario británico que asiste regularmente al Foro Económico Mundial en la ciudad suiza de Davos. Allí seguramente compartirá foros y cervezas con otros miembros de la elite global. Al igual que ellos, lee el *Financial Times* o el *New York Times*, y envía a sus hijos a universidades de elite como son Harvard, Stanford u Oxford. Es posible que veranee en las mismas islas o centros de esquí que los otros miembros de la nueva clase dirigente, entre los que se encuentran los hijos de los líderes chinos que fueron educados en Occidente o los ingenieros de las empresas tecnológicas en Sillicon Valley.

Los miembros de las nuevas elites, liberales progresistas, se encuentran sobre representados en las mayores empresas del mundo, particularmente en aquellas ligadas a la tecnología y a los servicios. Mark Zuckerberg dejó en claro su visión política durante un discurso que dio en 2017 a los graduados de Harvard, otra de las instituciones representativas del liberalismo progresista. Ese día dijo que "el conflicto de nuestro tiempo es entre las fuerzas de la libertad, la apertura y de la comunidad global contra las fuerzas del autoritarismo, del aislacionismo y del nacionalismo. Fuerzas a favor del conocimiento, comercio e inmigración contra aquellos que quieren detenerlas. Esta no es una batalla de naciones, sino de ideas". (13)

Otro ámbito en donde predomina el liberalismo progresista es en las burocracias de los organismos internacionales que, con el paso del tiempo, han acumulado suficiente poder para avanzar sobre algunas políticas, como la de género, a las que consideran claves. Algo similar ocurre en los medios tradicionales de comunicación, en donde un porcentaje cada vez mayor de los periodistas que forman parte de las redacciones más prestigiosas son

graduados de universidades de elite. Los grandes periódicos estadounidenses, como el *Washington Post* o el *New York Times*, se encuentran ubicados en los centros urbanos más ricos, educados y progresistas de Estados Unidos. Su capacidad para representar y entender al ciudadano promedio es, por lo menos, limitada.

Efectivamente, los miembros de las nuevas elites suelen habitar en las grandes ciudades. Un recorrido por Nueva York, Londres, Moscú o Buenos Aires muestra la concentración de la riqueza y del talento que ha tenido lugar en estas urbes respecto de lo que sucedía tan solo un par de décadas atrás. Barrios reconvertidos, restaurantes de moda y una vibrante escena cultural han sido el resultado de la llegada de inversiones y de la absorción de los mejores recursos humanos del mundo. Es aquí en donde las empresas tecnológicas como Google o Facebook instalan sus casas matrices nacionales o regionales.

En el mundo de la política también emergió una generación de líderes que reflejaba esta visión. Los casos más salientes quizás sean los de Barack Obama en Estados Unidos, James Cameron en Gran Bretaña, Emmanuel Macron en Francia y Justin Trudeau en Canadá. Muchos de ellos se formaron en las universidades de las elites. El caso más paradigmático en este sentido quizá sea el británico, dado que a partir de 1960, prácticamente, la totalidad de sus primeros ministros estudiaron en Oxford. Macron, como casi todos sus antecesores, asistió a la prestigiosa *École National d'Administration (ENA)*.

Por otra parte, ninguno de ellos ha tenido experiencia en las fuerzas armadas de sus países, como solía ser en el pasado. El sistema de selección y formación actual tiene sus ventajas (principalmente en términos académicos), pero también tiende a aislar a los futuros líderes políticos de las realidades y de los valores que muchos de sus compatriotas defienden (algo que el paso por las fuerzas armadas ayudaba a evitar). Por lo contrario, muchos suelen compartir eventos sociales con emprendedores en Silicon Va-

lley, y son amigos de las estrellas de Hollywood o de los diseñadores de París.

Estos líderes combinan una agenda liberal en lo económico con un progresismo cultural. No debe sorprendernos, entonces, que el encargado de las relaciones globales de Facebook sea Nick Glegg, exlíder del partido liberal británico y fiel exponente del liberalismo progresista. Su conexión con las empresas de otros sectores de la economía también es fuerte. Antes y después de ejercer cargos oficiales, los políticos suelen desempeñarse en el sector privado a través de su participación en los directorios de empresas multinacionales o mediante las conferencias pagas que brindan.

Una característica de las nuevas elites es que tienden a perpetuarse en el tiempo, no solamente debido a motivos económicos (las políticas impositivas que adoptan los gobiernos, por ejemplo), sino también, y quizá principalmente, por razones culturales. Tomemos el caso de Estados Unidos. El sociólogo Charles Murray ha mostrado que en las últimas décadas los individuos mejor educados y con mayores ingresos comenzaron a casarse entre ellos en una proporción mayor a la de sus antepasados. El matrimonio dejó, por lo tanto, de ser un instrumento de movilidad social relevante. (14)

Por otra parte, las universidades de elite de Estados Unidos privilegian la admisión de los hijos de exalumnos o donantes. En Harvard, el 29 % de los graduados de la clase de 2021 tiene alguna persona cercana que en el pasado estudió en la misma universidad. (15) Este fenómeno, sumado a que los estudiantes con mejor educación, y por lo tanto con mejores calificaciones para ser admitidos, suelen ser los hijos de los ricos, ha tendido a pasar los privilegios de generación en generación. No debe extrañarnos entonces que en muchas de las mejores universidades de Estados Unidos haya más estudiantes que pertenecen al 1 % más rico de

la población que al 60 % de la población que se encuentra en la base de la pirámide de ingresos. (16)

En China tiene lugar un proceso similar debido a los privilegios que reciben los hijos de los miembros del Partido Comunista y, particularmente, los de sus líderes. Los llamados "príncipes" y "princesas" disfrutan de riquezas y privilegios que no están al alcance de la mayoría de sus compatriotas. Muchos de ellos cursaron estudios secundarios y universitarios en prestigiosas instituciones de Europa o de Estados Unidos y luego pasaron a trabajar en importantes empresas o fondos de *private equity*. Sin ir más lejos, el actual primer ministro chino, hijo de un líder de la Revolución, tiene una hija estudiando en Harvard.

Esta nueva elite impulsó la creación y el crecimiento del liberalismo progresista. La naturaleza cosmopolita y universal del liberalismo, y su tendencia a la homogeneización, se vio reflejada en una coalición informal de organizaciones no gubernamentales, académicas y culturales que tiende a ver al nacionalismo, al modelo tradicional de familia y a las religiones como una fuente de opresión para millones de personas.

Una vez liberado del conservadurismo, el liberalismo volvió a la carga con su intento de eliminar las últimas diferencias existentes entre los individuos. El principio de igualdad, por ejemplo, llevó a que muchos miembros de las nuevas elites consideren que el patriotismo es una forma de racismo y la defensa de las tradiciones una mera excusa para discriminar a los que son diferentes.

Globalización y liberalismo progresista

En el plano económico no se produjeron grandes cambios respecto de lo que ha sido la tradición liberal. Fue el progresismo quien resignó parte de su agenda. La idea de un Estado activo a la hora de igualar la situación económica de los individuos, y no

solo la búsqueda de igualdad de oportunidades, fue en gran medida abandonada.

Resulta interesante en este sentido el trabajo del pensador francés Jean-Claude Michéa. Michéa critica el abandono de la tradición socialista por parte de una nueva izquierda que, según su visión, se olvidó de las preocupaciones del ciudadano común, especialmente de aquellos que habitan en las zonas rurales. Decidieron adoptar, por el contrario, una agenda liberal tanto en el plano político como en el económico. Esta visión liberal habría llevado a la sociedad moderna a abandonar la búsqueda de una "vida correcta" para conformarse con la búsqueda de la "sociedad menos mala posible". (17)

En el orden internacional, tanto las nuevas elites como el liberalismo progresista promocionaron la expansión de la globalización.

La globalización puede ser definida como el proceso que busca eliminar las barreras que impiden la división de trabajo a escala global y el libre flujo de capitales, servicios y mercaderías entre las naciones. Esta división de trabajo, como señaló Adam Smith (1723-1790), genera un enorme beneficio tanto en términos de productividad como de calidad de vida.

Estos beneficios han sido particularmente importantes para los habitantes de algunos países en desarrollo. La proporción de la población mundial viviendo en la pobreza extrema cayó del 42 % en 1993, al 18 % en el 2008. En el caso de China, entre 1990 y 2015 dejaron la pobreza más de 700 millones de personas y en India aproximadamente 350 millones. La apertura comercial y la entrada de inversiones, junto con la voluntad de implementar aquellas políticas públicas que tuvieron éxito en otros lugares, fueron en parte responsables del que ha sido uno de los mayores éxitos de la humanidad.

Tampoco debemos olvidarnos que si bien la globalización incrementó la desigualdad de ingresos dentro de algunos países, la bajó a nivel global. El índice global Gini (que mide los niveles de desigualdad) pasó del 0.72 en 1988, al 0.67 en 2011. Esto representa la primera mejora a nivel global desde la Revolución Industrial. (18)

Al aumentar la movilidad de los factores de producción, la globalización creó las condiciones para que surgiera la nueva elite. Las empresas y los países ya no tienen que limitarse a un pequeño mercado interno, sino que pueden exportar (e importar) a todo el mundo. También tienen la posibilidad de instalar las distintas etapas de sus cadenas de valor en los países que ofrecen mejores ventajas comparativas. Por ejemplo, los diseños de un iPhone se elaboran en California, pero luego son producidos por una empresa taiwanesa en sus fábricas chinas.

La competencia para atraer inversiones desde el exterior promovió una baja en las impuestos que los Estados recaudan de las corporaciones. La aparición del Internet facilitó enormemente las comunicaciones, permitiendo que tengan lugar transacciones comerciales y movimientos financieros inmediatos, como también la formación de equipos de trabajo con miembros en distintos países. Hoy en día, la digitalización y la inteligencia artificial prometen incrementar aún más la productividad de las firmas. Todos estos son factores que facilitaron la creación y el fortalecimiento de las empresas multinacionales modernas.

En definitiva, los ganadores de este proceso han sido los consumidores, los profesionales mejor calificados y los emprendedores que impulsaron el surgimiento de la nueva economía. Hoy el 1 % más rico de la población estadounidense posee el 40 % de la riqueza del país, un monto que supera los activos que tienen el 90 % de los estadounidenses menos acaudalados. (19)

Por otro lado, además de borrar las fronteras económicas, el liberalismo progresista también tendió a debilitar las fronteras políticas. Las organizaciones internacionales comenzaron a asumir funciones que antes les correspondían a los gobiernos nacionales. Un caso emblemático es el de la Unión Europea, que inicialmente tuvo la intencionalidad de incrementar la productividad de sus miembros y generar lazos de dependencia para disminuir las tensiones políticas que en el pasado los habían llevado a enfrentarse militarmente. Este proyecto fue sumamente exitoso.

Pero con el paso del tiempo las elites europeas comenzaron a imaginar una Europa federal en donde las identidades nacionales dejaran su lugar a un sentido de identidad europeo. Como parte de este proceso, los Estados comenzaron a ceder soberanía política en ciertas cuestiones.

Actualmente, el servicio civil de la Comisión Europea cuenta con 35.000 empleados que, desde las diversas agencias e instituciones de la Unión Europa, toman decisiones que afectan la vida de millones de europeos. Existe también una Corte Suprema a cargo de interpretar las leyes de esta organización y que tiene potestad para resolver disputas entre la Unión Europea y los Estados miembros. Paralelamente a la Unión Europea, también surgió un Tribunal Europeo de Derechos Humanos, máxima autoridad judicial para la garantía de los derechos humanos y las libertades fundamentales en toda Europa.

Detrás de este proceso parece encontrarse el proyecto kantiano de una federación de repúblicas liberales. En efecto, para formar parte de la Unión Europea los países deben cumplir con una serie de condiciones que los acerca al modelo de las repúblicas liberales de Kant. Algo similar ocurre en el caso de la OTAN que, si bien comenzó siendo una alianza militar para enfrentar al bloque comunista en Europa, una vez finalizada la Guerra Fría continúo expandiéndose hacia el Este para incluir a trece miembros nuevos, incluyendo a países como Polonia, Bulgaria, Rumania y

Croacia. Como sostiene Adam Posen: "De una organización que podía tener éxito al impedir una amenaza militar, la OTAN se transformó en un costoso proyecto para asegurarse de que toda Europa Occidental estuviese segura y fuese democrática y liberal al mismo tiempo, todos objetivos difícilmente cumplibles". (20)

Lejos de limitarse a proveer financiamiento, organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial comenzaron a brindar asistencia condicionada a la implementación de ciertas políticas, incluyendo la de género. Su visión, en términos generales, comenzó a reflejar la agenda del liberalismo progresista.

La expansión de la visión liberal también fue posible gracias a ciertas novedades en el campo del derecho internacional. El concepto de derecho internacional consuetudinario afirma que las normas y prácticas aceptadas ampliamente pueden invalidar a las leyes nacionales. Como este derecho no forma parte de tratados o acuerdos firmados entre países, puede resultar simplemente de la decisión que tomen un conjunto de jueces.

Pero el caso más extremo de la expansión del liberalismo es el militar, como quedó claro luego de la invasión de Irak liderada por Estados Unidos en el año 2003. Esta operación fue justificada por el presidente George W. Bush como un medio para avanzar la democracia liberal en el mundo. Por supuesto, esto no significa que todos los liberales aprobaron esta acción, pero sí que algunos se sumaron a lo que terminaría siendo uno de los mayores fracasos de la política exterior de Estados Unidos.

La justificación liberal para el accionar militar contra regímenes iliberales puede encontrarse en el pensamiento de Kant y de John Stuart Mill, pero más recientemente también en el de Rawls.

Rawls sostiene que en el ámbito internacional existen dos tipos de poblaciones: las bien ordenadas, que a la vez se dividen

entre liberales y decentes, y las mal ordenadas. Las decentes se diferencian de los liberales porque, por tomar un caso, al tener una religión oficial terminan marginando a los ciudadanos con otros credos. Estas son diferencias que pueden ser toleradas. Los Estados mal ordenados deben ser considerados parias, ya que violan los derechos humanos o tienen regímenes absolutistas. La legitimidad del orden liberal internacional depende, según Rawls, de que los liberales acepten a los decentes pero no a los parias, quienes no son merecedores del respeto mutuo. (21)

¿Qué evaluación podemos hacer entonces del liberalismo progresista? En primer lugar, debemos señalar que este le permitió al liberalismo continuar avanzando con muchos de sus logros.

El mundo efectivamente se ha vuelto, al menos hasta hace poco tiempo, más tolerante. No debemos olvidar que un afroamericano fue electo presidente de Estados Unidos y un latinoamericano es Papa. Mediante la provisión de derechos individuales, especialmente aquellos relacionados con la participación en la toma de decisiones a través del voto, la democracia liberal ha continuado incrementando la dignidad humana. El liberalismo ha velado por los derechos de los individuos ante las posibles arbitrariedades del Estado y las comunidades.

Algunas instituciones liberales, como la libre competencia y el respeto al Estado de derecho, permitieron el surgimiento de una nueva generación de empresas que, además de generar riqueza, le mejoraron la calidad de vida a millones de individuos. La globalización, como hemos visto, ayudó a disminuir la pobreza en el mundo.

El liberalismo progresista, en particular, introdujo una serie de avances, entre los que se encuentran la toma de consciencia sobre la amenaza que representa para la humanidad el cambio climático y la opresión de la que son víctimas ciertos individuos.

En definitiva, el mundo es más libre e igualitario gracias al liberalismo progresista.

Pero el liberalismo progresista también es en parte responsable del profundo descontento que encontramos en muchas sociedades.

Los malestares con el liberalismo progresista

El conservadurismo compensaba dos de las debilidades centrales del liberalismo: su falta de empatía con las necesidades del ciudadano común y la poca importancia que tiende a darles tanto a la particularidad histórica como a otras particularidades que definen a los pueblos. Con el alejamiento del conservadurismo, el liberalismo terminó encerrándose cada vez más en el círculo de las elites, algo que le dificultó comprender las inquietudes de gran parte de la población y las diferencias que existen entre las distintas naciones.

Por otra parte, el acercamiento al progresismo terminó intensificando la que ya era una característica del liberalismo, sumándole a la suya una agenda identitaria que era prioritaria para algunos sectores de las elites, pero no para la población en general. De esta manera, el liberalismo progresista se convirtió en una ideología de las elites y para las elites. (22)

Uno de los ejemplos más claros de esto es la inmigración. La llegada de inmigrantes a un país tiende a ayudar a las economías que no tienen suficientes recursos humanos y especialmente a los ciudadanos más acomodados que, gracias a ellos, pasan a contar con mayor cantidad de personal doméstico dispuesto a trabajar por menores salarios. Sus empresas también se benefician gracias a la baja de salarios y al mayor número de consumidores.

Pero hay un gran número de ciudadanos que se sienten perjudicados, en parte porque tienen que competir con los recién lle-

gados por empleos que, debido a la mayor oferta laboral, pagan menos. Más importante aún, los motivos por los cuales algunos de ellos se oponen a la llegada masiva de inmigrantes no se basan en razones económicas sino en el temor de que su sociedad pierda las particularidades culturales que las distinguen. Este es un fenómeno que puede darse especialmente cuando existen diferencias de tipo religioso.

Sin embargo, la mayor parte de las elites optaron por ignorar estas preocupaciones o por tildarlas directamente de racistas o xenófobas. Este desprecio se escuchó, inclusive, de parte de líderes internacionales, como son el expresidente francés François Hollande, que los calificó como "los sin dientes", y Hillary Clinton, que durante la campaña presidencial les dijo "deplorables". Pero unos años después, estas mismas preocupaciones fueron las que terminaron desencadenando el Brexit, la elección de Trump y el ocaso político de la canciller alemana Angela Merkel.

Otra causa de malestar popular deriva del intento de algunos liberales progresistas por implementar reformas sociales sin que estas tengan el apoyo de la población. De esta manera, en vez de introducir los cambios mediante proyectos legislativos, en determinadas ocasiones han buscado aplicar o legitimar transformaciones sociales a través de jueces que no han sido elegidos democráticamente. Esta nueva generación de reclamos, como son el casamiento homosexual y la eliminación de los roles tradicionales entre los hombres y las mujeres, entraron en conflicto directo con la noción del orden natural que defienden no solo las religiones sino también amplios sectores de la población.

Algo similar ocurre en el ámbito internacional, en donde organismos multilaterales y supranacionales comenzaron a tomar responsabilidades que anteriormente les correspondían a las poblaciones nacionales. Además de debilitar la soberanía nacional, esta novedad pone en duda el espíritu democrático a la hora de tomar decisiones que afectan la vida de millones de personas.

Otra posible crítica es que el liberalismo terminó tomando elementos del progresismo que le eran ajenos a su tradición. Un principio central del liberalismo es la discusión racional de ideas (solo posible, como señala Mill, en un ambiente que fomente la libertad de expresión) como medio para resolver los problemas de la sociedad. Sin embargo, algunos liberales progresistas parecen haber preferido cooptar las instituciones culturales, como recomendaba Gramsci, para crear una nueva hegemonía. De esta forma, la fe en la razón dejó su lugar al relativismo posmodernista.

Dentro de este contexto debe entenderse el surgimiento de lo políticamente correcto y el temor que causa el decir algo incorrecto. Esta estrategia, que parece promover la autocensura y facilita la imposición de una determinada postura sobre otras, se ha vuelto común en algunas instituciones universitarias donde cierto tipo de expresiones son mal vistas por la comunidad académica. En definitiva, más que fomentar el debate intelectual se intenta imponer una idea.

9- Para un argumento más reciente respecto de las fuentes cristianas del liberalismo, ver Siedentop, Larry, *Inventing the Individual: The Origins of Western Liberalism,* Londres, Belknap Press, 2014.

10- Ferguson, Niall. *Kissinger: 1923-1968: The Idealist*, Nueva York, Penguin, 2015.

11- El posmodernismo tuvo entre sus principales impulsores a una serie de filósofos franceses, entre los cuales se encuentran Jacques Derrida, Michel Foucault y Jacques Lacan. Estos ejercerían una enorme influencia, que continúa hasta el día de hoy en los departamentos de Humanidades de las universidades estadounidenses.

12- Goodhart, David. *Inventing the Individual: The Origins of Western Liberalism* Londres, Hurst, 2017.

13- "Mark Zuckerberg's Commencement Address at Harvard", *The Harvard Gazette*, 25 de mayo de 2017.

14- Murray, Charles. *Coming Apart*, Nueva York, Crown Forum, 2012, y Greenwood, Jeremy, Guner, Nezih, Kocharkov, Georgi y Santos, Cezar. "Marry Your like: Assortative Mating and Income Inequality," *American Economic Review,* vol. 104, nro. 5, 2014.

15- "Exorbitant Privilege", *The Economist*, 23 de marzo de 2019.

16- "Some Colleges Have More Students from the Top 1 Percent than the Bottom 60. Find Yours", *The New York Times,* 18 de enero de 2017.

17- Michéa se define como un anarquista conservador. Según él, es necesario preservar las solidaridades a los grupos primarios (familia, comunidad…) que las leyes y la expansión interminable del mercado terminan destruyendo. Un proyecto socialista debe, por lo tanto, tener también una veta conservadora que les permita a los individuos preservar, a través de su moral y tradiciones culturales, su humanidad. Michéa, Jean-Claude, *Impasse Adam Smith: brèves remarques sur l'impossibilité de dépasser le capitalisme par sa gauche,* Paris, Climats, 2002.

18- Milanovic, Branko. *Global Inequality: A New Approach fo the Age of Globalization*, Cambridge, Belknap Press, 2018.

19- Wolff, Edward. "Household Wealth Trend in the United States, 1962 to 2016: has the Middle Class Wealth Recovered?," *NBER*, nro. 24085, 2017.

20- Posen, Barry. “Trump Aside, What’s the U.S. Role in NATO?,” *The New York Times*, 10 de marzo de 2019.

21- Rawls, John. *The Law of Peoples: With “The idea of Public Reason Revisited”,* Cambridge, Harvard University Press, 1999.

22- El historiador estadounidense Christopher Lasch calificó a las elites que ascendieron al poder a principios de los 90 como una clase que mantiene muchos de los vicios de la aristocracia pero ninguna de sus virtudes. Carecían, por ejemplo, del sentido de obligaciones recíprocas (“nobleza obliga”) con los otros miembros de la sociedad. Ver, Christopher Lasch, *Revolt of the Elites and the Betrayal of Democracy*, Nueva York, Norton, 1996

UN NUEVO TIPO DE CONSERVADURISMO

La contracara del éxito de los nuevos miembros de las elites muchas veces ha sido la vida cotidiana del ciudadano común. La de un británico de una región rural que teme los efectos que la ola inmigratoria del Este de Europa o del Medio Oriente tendrá sobre su comunidad, o la del obrero estadounidense al que le cuesta conseguir un trabajo de calidad debido a los cambios que la globalización y la automatización produjeron en la economía. También la de un miembro de la creciente clase media china, orgulloso del éxito de su país pero temeroso del mundo de oportunidades, incertidumbres y desafíos que se le abre. O la de un brasileño evangélico que está cansado de la corrupción política y de la inseguridad que sufre diariamente.

Estos individuos tienden a compartir ciertas características: suelen ser religiosos o, al menos, valoran el rol que juega la religión en la sociedad, viven en zonas rurales o suburbanas, se consideran ciudadanos de sus países y no del mundo, y defienden las tradiciones que les legaron sus antepasados. Su sentido de identidad, en definitiva, está fuertemente ligado al lugar geográfico y a la comunidad en donde viven.

En la última década, estos hombres y mujeres han mostrado un creciente malestar con las elites que los gobiernan. Las ven alejadas de sus valores e desinteresadas en proteger sus intereses. Su liberalismo y cosmopolitismo se traduce, según esta lógica, en políticas que los han perjudicado o, en el mejor de los casos, no son prioritarias para ellos.

Como ya hemos mencionado, el accionar de las elites se ha dado en una época de grandes transformaciones sociales.

Ganadores y perdedores

La globalización produjo un primer fenómeno en la distribución de la riqueza. Ayudó enormemente a los cientos de millones de individuos que dejaron la pobreza atrás para formar parte de las nuevas clases medias en los países emergentes. En Occidente, los centros urbanos se beneficiaron al atraer una enorme cantidad de inversiones y recursos humanos.

Pero la globalización también produjo perdedores, entre los que se encuentran los individuos occidentales que resignaron ingresos y estatus social, mayormente habitantes de las regiones rurales e industriales. Si en el pasado el bienestar de las ciudades y los pueblos estaban fuertemente relacionados, hoy ambos parecen haber tomado caminos distintos. Mientras que en los países emergentes esta desigualdad significó que los campesinos ganaron menos que los citadinos, en algunos países occidentales se tradujo en una menor calidad de vida respecto de la que tenían en el pasado. Sufrieron una pérdida de bienestar absoluta, no simplemente relativa.

Otro proceso que tuvo efectos disruptivos es la automatización. El reemplazo de trabajos rutinarios por robots está destruyendo empleos que hasta ahora habían sido relativamente seguros. Los nuevos trabajos se encuentran principalmente en el sector de servicios y en muchos casos son precarios. El trabajador de una fábrica, sindicalizado y con cobertura médica, pierde su empleo para ser cajero de un supermercado o cuentapropista. Si bien no se observa a nivel mundial una suba del desempleo debido a la automatización, la calidad de los nuevos trabajos parece haberse deteriorado considerablemente.

También encontramos malestar en los países emergentes. El ascenso de las nuevas clases medias y la migración de campesinos a las ciudades ha generado gran estrés en países como China e India. En los últimos treinta y cinco años, 500 millones de chinos dejaron el campo.

A los problemas de tipo político, ecológico y económico que semejante movimiento de personas trae consigo, debemos sumarle la crisis identitaria que esto puede significar para los nuevos habitantes de las urbes. Faltos de sus familias y comunidades de origen, estos necesitan establecer lazos sociales y encontrarles significado a sus vidas. Esta anomia puede llevar a la alienación y a la desintegración social.

También existen indicios de una creciente anomia social en los países desarrollados. Por ejemplo, en años recientes el promedio de vida en algunas sociedades avanzadas ha bajado.

En Estados Unidos en parte esto se debe a una epidemia de opio, que tan solo durante 2017 les costó la vida a 60.000 personas. Algo similar ocurre actualmente en Canadá y, si bien ha logrado mejorar su situación, hace unos años Rusia sufrió un fuerte salto en la mortalidad masculina debido al estrés causado por cambios económicos y al alto consumo de vodka. De hecho, actualmente el promedio de vida en Rusia es de tan solo 71 años. En las regiones rurales de Francia, el suicidio se convirtió en la primera causa de muerte luego del cáncer. Cada dos días se suicida un agricultor francés. (23) En varios países ha aumentado asimismo el número de agresiones sexuales. En el caso de Estados Unidos, un 42 % de las mujeres dice haber sido víctimas. (24)

Se observa un incremento de la criminalidad en América Latina. A partir de 2000 se cometieron más de 2,5 millones de asesinatos. Hoy, en América Latina se concentra un tercio de los homicidios a nivel mundial. Este es un fenómeno que no solo afecta a México, Colombia y Brasil, sino también a países como Uruguay, que hoy tiene una tasa de homicidios *per capita* superior a la de la Argentina.

El modelo tradicional de familia también se ha debilitado. Esto se ve reflejado en las altas tasas de divorcio (en Estados Unidos, Francia y Rusia son de aproximadamente un 50 %, y en

Portugal, Hungría y España son mayores al 60 %) y en el incremento en la cohabitación y en las familias a cargo de un solo padre. La proporción en Estados Unidos de niños blancos y de bajos recursos bajo la tutela de un solo padre subió del 22 % en 2000 al 36 % en 2017. Estudios recientes muestran que los niños que tienen un solo padre no solamente tienden a ser más pobres que aquellos que están en pareja, sino que obtienen peores resultados en la escuela. (25)

Otro factor que sirve para explicar el malestar social es la manera en que la aparición de nuevas tecnologías, como los teléfonos portátiles e internet, ha facilitado la comunicación, especialmente a través de las redes sociales. Aunque aún no comprendemos del todo este fenómeno, los efectos sociales que esto ha producido parecen ser significativos.

El historiador británico Niall Ferguson sostiene que el principal cambio que produjo internet fue destruir la esfera pública en la que, al menos en teoría, tenía lugar el debate social. (26)

Tal como ocurrió luego de la invención de la imprenta, internet y las redes sociales nos han permitido transmitir las ideas a una enorme cantidad de personas en poco tiempo. Pero estas ideas no son necesariamente las más lógicas o aquellas que están respaldadas por evidencia científica, sino las más atractivas para quienes las quieren escuchar. Esto no ha hecho más que amplificar un descontento popular que se explica por motivos económicos y culturales.

El malestar social explicado por el conservadurismo

La complexidad de la situación que he descripto hasta aquí nos hace recurrir una vez más a la filosofía política. ¿Qué tradición intelectual nos puede ayudar a entender el actual malestar social y algunas de sus posibles soluciones? El conservadurismo

centra su explicación en la naturaleza liberal del mundo actual. Dos argumentos resultan claves.

El primero se basa en el daño que ha producido en la sociedad el debilitamiento de ciertas asociaciones intermedias debido al sesgo individualista y universalista del liberalismo. Para vivir una vida plena, sostenía Hegel, el individuo debe actuar activamente en la familia, en la sociedad civil y en el Estado. La destrucción o el debilitamiento de los pequeños grupos de Burke (familias, comunidades, clubes, etc.) hace acrecentar el rol del Estado a expensas de los otros dos ámbitos. Esto nos llevaría a vivir vidas menos satisfactorias.

Pero el liberalismo no solo ha debilitado a las familias y a las organizaciones intermedias, sino también a varias de las normas que derivan de estos y solían regir a la sociedad. Una población que no respeta los prejuicios y las tradiciones legadas por sus antepasados pasa a estar a merced de los más poderosos. Como señala Burke, este conjunto de normas informales es lo que limita el accionar de aquellos que, de no ser por estas, podrían optar por imponer sus deseos al ciudadano promedio.

La marginalización de las religiones de la vida pública es especialmente rechazada por el conservadurismo. Al transmitirles virtudes y un marco moral a los ciudadanos, los ayuda a vivir una vida plena y evita la alienación social. Esta preocupación fue por ejemplo señalada por Dostoyevski en su gran novela *Los hermanos Karamazov*. (27) El Gran Inquisidor sostiene que, al no existir un Dios y una vida eterna, cualquier accionar puede ser aceptado. Esta falta de orden moral lleva a la apatía y al desapego. Más que separar a la religión del Estado, lo que el liberalismo ha hecho es apartarla de la vida pública. De esta manera, busca que la ciencia ocupe su lugar en la sociedad.

Este primer argumento es el de Tocqueville, quien, como ya hemos visto, señala que, para su subsistencia, el liberalismo y las

sociedades en general dependen de los valores que producen ciertas asociaciones iliberales. Si este las destruye, como es su tendencia natural, se termina destruyendo a sí mismo.

Un segundo argumento se centra en la creciente homogeneización que ha tenido lugar en el plano internacional. Las responsabilidades asumidas por los organismos multinacionales y supranacionales no solo han disminuido la soberanía nacional, sino que han generado entre los ciudadanos la sensación de que su futuro ya no depende de ellos. El liberalismo progresista, en definitiva, habría debilitado a la democracia representativa.

Sin un sentido de pertenencia geográfico y cultural nos encaminamos entonces hacia un mundo homogéneo en "donde todos quieren lo mismo, todos son lo mismo", como sostenía Alexandre Kojève (1902-1968).

Si bien estas observaciones sobre el mundo contemporáneo surgen naturalmente de la tradición conservadora, más recientemente se observa un cambio en la manera en que algunos conservadores evalúan la realidad. Para entender mejor este fenómeno, y el conservadurismo popular en general, nos detendremos en el trabajo de dos pensadores.

En su última etapa de trabajo, Samuel Huntington (1927-2008), quizás el principal politólogo estadounidense del siglo XX, escribió sobre los problemas que la pérdida de identidad nacional representa para las sociedades en general y Estados Unidos en particular. (28)

Huntington sostiene que el mundo se encamina hacia una lucha entre civilizaciones que, en gran medida, son definidas por sus religiones. Ante este panorama, a las democracias ya no les alcanza con fomentar la libertad y la tolerancia entre sus ciudadanos, sino que también deben reconstruir un sentido de identidad que les permita defenderse ante las nuevas amenazas.

Para Huntington, la identidad de Estados Unidos proviene del origen angloprotestante de sus primeros colonos. Las instituciones que trajeron consigo desde Inglaterra (separación de poderes, Estado de derecho, etc.) y la naturaleza del protestantismo (con su énfasis en la responsabilidad individual y en la ética laboral) hicieron posible un credo estadounidense que, en gran medida, explica el éxito que ha tenido esta nación.

Pero hoy, este credo y la sociedad estadounidense en general enfrentan por lo menos dos grandes amenazas: la naturaleza expansiva y violenta del islam y una inmigración mexicana, que al tener un lenguaje y una cultura diferentes, pueden terminar debilitando el sentido de identidad nacional y, eventualmente, dividir al país en dos. En efecto, y a diferencia de lo que ocurrió en el pasado, muchos de los nuevos inmigrantes no están, según su visión, dispuestos a adoptar el credo estadounidense.

Este credo estadounidense está en peligro, en parte, porque las elites liberales son cada vez más cosmopolitas y ya no les exige a los inmigrantes adaptarse a los valores de su nuevo país. Los intereses globales de la comunidad de negocios y el idealismo multicultural de una generación de políticos formados en los años 60 le impide a la dirigencia aceptar las duras realidades de la política internacional. Por lo contrario, siguen impulsando un proyecto liberal que busca unir al mundo a través de valores universales, algo que nunca ocurrirá. En el otro extremo, Huntington observa una población estadounidense cada vez más nacionalista –con la cual se siente más identificado.

El otro autor que merece nuestra atención es Michel Houellebecq. Este escritor francés alcanzó fama internacional luego de publicar *Sumisión*, una novela en la que describe cómo la Francia del futuro, ubicada más precisamente en 2022, era paulatinamente tomada por el islam. (29) Tanto en esta obra como en su pensamiento en general, el novelista sigue el ejemplo de Balzac y

Dostoyevski al querer reflejar la sociedad y el espíritu de su tiempo.

Houellebecq considera que tanto su país como Occidente están en decadencia. Entre los responsables, culpa a una Unión Europea que tiene como uno de sus principales objetivos "matar" a las naciones que la componen. Pero su principal temor es el islam. En efecto, luego de haber vivido varios años en el exterior, Houellebecq quedó impactado al volver a Francia, no solo por su presencia en las calles, sino por el rol que ocupaba en el pensamiento nacional.

Occidente y Francia ya no saben qué son. Y esto en parte obedece a la obsesión liberal por alcanzar la igualdad "hasta el ridículo", utilizando para ello el poder de un Estado que intenta eliminar diferencias culturales y sociales que una parte importante de la población aún quiere preservar. Quizás los mayores perjudicados de este proceso hayan sido los habitantes del campo y del interior francés. Efectivamente, las elites parisinas no solo han ignorado su cultura, sino que, en su búsqueda de eficiencia económica, han puesto en peligro sus trabajos.

Su aliado en esta tarea es la cultura de lo políticamente correcto, que les ha permitido a las elites progresistas, mediante su control de los medios de comunicación, incentivar la auto-censura de los que piensan diferente. De esta manera, el único mensaje que le llega a la población es el que ellos proponen, produciendo un estado de atomización en donde el individuo se preocupa por sí mismo y no tiene deseo de defender a la nación o a la cultura a la que pertenece.

El liberalismo ha empobrecido también la vida de muchos individuos que, al no tener un modelo fuerte de familia, un trabajo fijo o una religión que ayude a sociabilizarlos tienen que resignarse a vivir un tipo de vida que no eligieron. Los personajes de las novelas Houellebecq carecen tanto de capital físico y familiar

como de estabilidad psicológica. Y esto es lo que los lleva a la depresión.

Houllebecq también culpa a la sociedad, y al feminismo en particular, por haber destruido el sentido de virilidad, lo cual no solo se traduce en una falta de voluntad por enfrentar a los enemigos, sino en una baja en la natalidad que está llevando a Europa a su muerte.

Otro pensamiento central de Houllebcq es la idea de que las elites odian a su pueblo y este, como respuesta, odia a las elites. Esta tensión, sostiene, explica el desmembramiento del sistema político francés.

Una de las soluciones que da el autor es la vuelta de la Iglesia Católica como religión del Estado. Esto no solo les dará cierto sentido de identidad a los franceses, sino que permitiría integrar mejor a los inmigrantes musulmanes. En efecto, lo que ellos no pueden soportar de nuestras sociedades es la existencia de un Estado secular y relativista. Preferirían ser el segundo grupo religioso de Francia.

La vuelta de la religión y de la nación también ayudaría a solucionar el problema existencial que enfrenta el hombre contemporáneo. La historia, las familias y las religiones son las encargadas de brindar el sentido de existencia. A pesar de no creer necesariamente en Dios, el autor sostiene que la religión juega un rol esencial a la hora de promover la cohesión social.

¿Qué elementos del pensamiento de Huntington y Houellebecq pueden ayudarnos a entender el surgimiento del conservadurismo popular? Un elemento clave es su férrea, casi agresiva, defensa del rol que las naciones y las religiones juegan en las sociedades. Esto los lleva a atacar algunos principios del liberalismo, como son el cosmopolitismo y la búsqueda de debilitar a una serie de instituciones iliberales que, sostienen, son centrales para el bienestar social. Si bien al hacerlo se mantienen alineados

con la crítica tradicional del conservadurismo al liberalismo, en su caso se observa un cambio en el tono. Más que moderación, hay agresividad.

Identificar la presencia de un concepto tan amplio como la moderación no resulta una tarea fácil. Para hacerlo, en este libro utilizaremos dos conceptos desarrollados por los politólogos Steven Levitsky y Daniel Ziblatt. (30) Ellos sostienen que, además de las instituciones formales, existe una serie de normas informales que han permitido la subsistencia de la democracia liberal en Estados Unidos. Entre estas se encuentran "el respeto mutuo" y la "paciencia institucional".

Observamos respeto mutuo cuando los líderes reconocen en sus rivales a un igual, a un adversario y no a un enemigo del pueblo. Por otro lado, la paciencia institucional tiene lugar en los momentos en que los gobernantes deciden no utilizar todo el poder que en principio le brinda la letra de las leyes o de la constitución, ya que de imponer una determinada política a los otros ciudadanos se terminarían destruyendo los lazos de confianza que mantienen a la comunidad unida.

Como veremos a lo largo de este libro, numerosos líderes conservadores populares han ignorado estas normas. Lo han hecho, por ejemplo, al presentarse como los únicos representantes del pueblo, al descalificar a sus rivales y al utilizar su poder para avanzar políticas sin considerar el daño que esto puede causar a la convivencia cívica. Esta falta de moderación es, en efecto, una característica que no encontramos en la tradición conservadora.

Un elemento central del conservadurismo popular es el ataque a las elites. De esta manera, abandonan una de las características centrales del pensamiento conservador: el respeto por las jerarquías sociales. San Agustín, Burke y Hegel, entre otros, pensaban a la sociedad dirigida o fuertemente influenciada por

burocracias meritocráticas, aristocracias bienintencionadas o líderes con valores superiores al resto.

Por el contrario, Houllebecq sostiene que las elites liberales no solo odian a su pueblo, sino que son responsables de la degradación moral de Occidente. Huntington, por otro lado, no solo enfatiza la distancia valórica que los separa del pueblo sino que remarca su incapacidad para defender a las naciones de los peligros que enfrentan.

Armados con estos conceptos podemos entonces definir la naturaleza del conservadurismo con el que convivimos en nuestros días. El conservadurismo popular es, ante todo, un movimiento político que promueve una vuelta a la nación y a sus tradiciones. Pone especial énfasis asimismo en el rol positivo que juegan el modelo tradicional de familia y las religiones. Por lo contrario, reniega de las elites liberales y cosmopolitas porque considera que estas no defienden los valores e intereses de la población.

¿Por qué utilizo el término popular y no populista? En primer lugar, porque populista es un concepto que suele utilizarse en el contexto actual para descalificar, generalmente desde las elites, a aquellos sectores con los que no se está de acuerdo. Tiene, por lo tanto, una connotación emotiva que dificulta su uso. Por otra parte, una posible definición de populismo es el uso de recursos para complacer las necesidades inmediatas de la población sin considerar los costos que estas medidas puedan tener en el futuro. Si adoptamos esta definición de populismo, comprobaremos que estos conceptos –popular y populista– en algunos momentos coinciden y en otros no. Popular, en mi definición, significa oponerse a las elites y apoyar a una forma de democracia más directa de la que propone el liberalismo.

Otra posible objeción sostiene que este movimiento no es conservador sino fascista. Pero el conservadurismo, como sí hace el fascismo, no promueve la presencia de un Estado todopodero-

so. Al contrario, defiende la presencia de normas informales e instituciones que, desde la familia hasta la religión y pasando por las entidades de la sociedad civil, sean capaces de limitar el accionar del Estado. Por otro lado, el fascismo es un movimiento revolucionario que tiende a defender un ideal de nación que no existe. Las identidades tienden asimismo a definirse en términos de razas, no de cultura o religión. El conservadurismo, por el contrario, llama a defender a la nación tal cual es. En el plano internacional, el fascismo es expansionista, mientras que el conservadurismo es realista. Valora la estabilidad del sistema, no su destrucción.

Schmitt define lo político

Pero, a pesar de estas diferencias, existe el riesgo de que el conservadurismo popular termine mutando hacia posturas similares a las del fascismo de principios del siglo XX. El trabajo de uno de los últimos grandes pensadores políticos, el alemán Carl Schmitt (1888-1985), nos ayudará a entender cómo puede ocurrir este proceso.

Schmitt comenzó su carrera intelectual como un conservador católico. Sin embargo, fue durante las constantes crisis por las que atravesó la República de Weimar cuando comenzó a adoptar posturas cada vez más autoritarias que lo llevaron, inclusive, a formar parte del Partido Nacional Obrero Alemán (coloquialmente conocido como Partido Nazi). Su mayor preocupación durante estos años fue el supuesto estado de indefensión en el que se encontraba Alemania debido al liberalismo. ¿Por qué? Porque el liberalismo ignora la gravedad del conflicto. Esta negación se tradujo en una dirigencia alemana incapaz de poner un límite, tanto al creciente conflicto interno como a las amenazas externas que enfrentaba el país.

En sus primeros trabajos, Schmitt criticó fuertemente a los parlamentos y al parlamentarismo. (31) No solo consideraba que

los primeros eran lentos e ineficientes, sino que no cumplían con la función que le había asignado el liberalismo. Las decisiones que se tomaban no eran el resultado de la deliberación racional entre sus miembros, sino el producto de negociaciones oscuras en las cuales terminaban primando los intereses particulares y no el bien común.

Un par de conceptos de Schmitt resultan clave. El primero tiene que ver con lo político. Lo político es la esencia de la política. (32) Mientras que en otros dominios de la realidad priman distinciones como son lo bello y lo feo en la estética, lo bueno y lo malo en la ética, y lo redituable y no redituable en la economía, en la política el antagonismo se da entre amigo y enemigo.

Para Schmitt, lo político no es un dominio más, sino que es la base existencial que termina definiendo cualquier otro dominio una vez que estos alcanzan lo político. Por tomar un caso, lo económico deja de ser puramente económico si comienza a surgir la distinción entre amigo y enemigo. Lo político, con la posibilidad de combates concretos que implica, tiene, por lo tanto, primacía.

Como las iglesias son centrales a la religión o la empresa a lo económico, el actor central de lo político es el Estado. Es este quien debe representar los intereses de la población y definir quién es su enemigo. La autoridad soberana es, en efecto, la fuente absoluta de toda decisión moral y legal en la vida política. Solo si sucede esto podrá emerger el orden.

La solución para el alemán consistía en fortalecer a quien estuviese a cargo del ejecutivo. Lejos de recomendar la separación de poderes o brindarle un rol protagónico a la burocracia, la democracia para Schmitt tiene lugar cuando existe una conexión natural entre el gobernante y los gobernados. Cuando asume el poder Hitler, Schmitt celebra la muerte de Hegel. Su clase de buró-

cratas, responsable de haber debilitado la autoridad soberana, ahora perdería el excesivo protagonismo que se le dio.

Una segunda observación que introduce Schmitt es la distinción entre democracia y liberalismo. Si bien estos términos muchas veces son utilizados como sinónimos, en realidad son dos conceptos distintos.

Schmitt sostiene que el liberalismo impide la conformación de un Estado total capaz de defender los intereses del pueblo. Cuando esta concentración de poder no existe, la arena pública termina convirtiéndose en un ámbito en donde distintos grupos de interés luchan constantemente entre sí (llegado el caso, hasta la muerte). Para tener una verdadera democracia, por lo tanto, hay que privilegiar lo que la población tiene en común, no el pluralismo. Schmitt llama a la elección por proclamación.

Si bien la de Schimtt es una posición extrema, su diferenciación entre democracia y liberalismo es correcta. La democracia es el gobierno del pueblo, mientras que el liberalismo es una filosofía que promueve la libertad y la igualdad de derechos de los individuos.

Se puede, incluso, argumentar que las posturas que defienden algunos liberales progresistas no son del todo democráticas. Esto ocurre, por ejemplo, cuando se busca que las cortes judiciales o los organismos internacionales, en lugar de los representantes de la ciudadanía, decidan sobre asuntos de política doméstica. O cuando en vez de fomentar la libre expresión se promueve la autocensura mediante el temor que genera el desviarse de lo políticamente correcto. También existe una gran cantidad de políticos que, electos democráticamente, han atacado a las instituciones liberales. Este es el caso de muchos conservadores populares.

¿Cuál es la advertencia que nos deja Schmitt? Que en una sociedad en donde priman las luchas entre distintos grupos identitarios, existe la posibilidad de que emerja, como respuesta, una

solución autoritaria. En efecto, el problema de la política identitaria de nuestros días es que, en algún momento, la mayoría de la sociedad también la puede adoptar como propia.

¿O acaso esto no es, al menos en parte, lo que estamos observando actualmente en Occidente? Un grupo mayoritario que, viéndose amenazado por el activismo de diversas minorías, busca figuras fuertes, capaces de poner orden y defender sus intereses. Si las amenazas que Schmitt identificaba para la Alemania de los años 20 eran la lucha de clases y la expansión de la Unión Soviética, hoy otros denuncian la agenda social del liberalismo progresista (derechos de minorías, agenda de género, etc.) y el expansionismo de China o el islam. Lejos de fomentar el fascismo, las restricciones morales que emergen de las religiones y las tradiciones dificultan el surgimiento de un Estado total. Pero si estas son destruidas, como anticipó Burke durante la Revolución Francesa, podría surgir un líder que, luego de concentrar todo el poder doméstico, llevará violencia a otras naciones. Esto es lo que terminó ocurriendo años después con Napoleón (y volvería a suceder décadas después con Hitler).

Si el conservadurismo popular abandona este elemento central del conservadurismo, puede terminar transformándose en un movimiento con características similares al fascismo. Volvería a ocurrir lo que ya les sucedió a muchos europeos durante la primera mitad del siglo XX: pasaríamos de Hegel a Nietzsche.

Existe, en este sentido, una serie de indicios que debería preocuparnos. Si bien los estudiaremos en detalle en el próximo capítulo, vale la pena mencionarlos. El conservadurismo popular ya ha abandonado al menos dos características del conservadurismo tradicional: el apoyo al rol que juegan las clases dirigentes en las sociedades y la moderación. Ninguna de estas novedades parece ser positiva.

La aceptación de un modelo autoritario como alternativa al liberalismo ha ganado cierta legitimidad, no solamente debido a los problemas que enfrenta actualmente la democracia liberal sino al éxito que ha tenido recientemente China. Ya no sería aconsejable tener un régimen autoritario solo porque, como señala Schmitt, este es el que mejor puede enfrentar a los enemigos internos y externos de la nación, sino porque además puede traer desarrollo económico. Algunos teóricos chinos ya señalan que su sistema de gobierno es más conducente a la meritocracia y al buen gobierno que la democracia liberal.

Terminamos así nuestro breve recorrido por algunas de las grandes ideas de la filosofía política. Creo que ha quedado claro que las ideas tienen consecuencias. Las tradiciones que hemos mencionado han influido enormemente en la historia política, desde la Constitución y la declaración de la independencia de Estados Unidos, producto en parte de las ideas de Hobbes, Locke y Montesquieu, hasta la Revolución Rusa y el surgimiento del nazismo como resultado de una posible interpretación de Marx y Niezstche.

Pero si bien las ideas juegan un rol importante, no explican todo. Como veremos a continuación, existen otros factores que influyen sobre la realidad y, por lo tanto, explican la rebelión de las naciones.

23- "Taux du suicide des agriculteurs", Reporte al Senado de Francia, enero/febrero de 2017.

24- "Pew Research Center, Concerns About Sexual Harassment Higher than in 1998", *Pew*, 3 noviembre de 2017.

25- Ver, por ejemplo, los estudios realizados por *Fragile Families and Child Wellbeing Study*, de las universidades de Princeton y Columbia. Estos siguieron la evolución de 5.000 niños que nacieron en familias con padres casados y no casados. https://fragilefamilies.princeton.edu/publications.

26- Ferguson, Niall. *The Square and the Tower: Networks and Power, from the Freemasons to Facebook,* Nueva York, Penguin Press, 2018.

27- Dostoyevski, Fiódor. *Los Hermanos Karamazov*, Buenos Aires, Longseller, 2014.

28- Huntington, Samuel. *El choque de civilizaciones*, Buenos Aires, Paidós, 2015, y del mismo autor, *¿Quiénes somos?*, Buenos Aires, Paidós, 2004.

29- Houellebecq, Michel. *Sumisión*, Barcelona, Anagrama, 2015. Ver también, Houellebecq, Michel. *Serotonina*, Barcelona, Anagrama, 2019.

30- Levitsky, Steve y Ziblatt, Daniel. *How Democracies Die*, Nueva York, Penguin, 2018.

31- Schmitt, Carl. *Sobre el parlamentarismo*, Madrid, Tecnos, 1996.

32- Schmitt, Carl. *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza, 2008.

A mediados de 2016, la dirigencia y la opinión pública mundial comenzaron a tomar conciencia de que algo estaba cambiando. Durante ese período, los británicos votaron a favor de la salida de su país de la Unión Europea y poco tiempo después Trump fue electo presidente de Estados Unidos. A estos eventos se sumó la consolidación de una nueva camada de líderes conservadores que, como es el caso de Matteo Salvini, en Italia, y Viktor Orbán, en Hungría, atacaban al *establishment* liberal. Al *shock* inicial que causaron estos acontecimientos le siguieron algunos intentos por entender qué estaba pasando.

¿Cómo podía ser que las poblaciones de los Estados que habían dominado el sistema internacional durante los dos últimos siglos comenzaran a darle la espalda al conjunto de instituciones y valores que ellos mismos habían impulsado?, ¿cuáles son las causas del descontento social? La mayoría de los argumentos pueden resumirse en dos posiciones. La primera encuentra las causas en factores económicos. Algunos señalan que el malestar social se explica por la caída de la actividad económica que sufrió Occidente durante la crisis financiera de 2008. Sin ir más lejos, los salarios promedios en países como Gran Bretaña siguen siendo menores a los de 2007. Esta crisis se dio, sostienen, como parte de un proceso que ha ido incrementando las desigualdades dentro de las sociedades occidentales. (33)

Es más, algunas de las medidas tomadas para salir de la crisis, no hicieron otra cosa que acrecentar aún más la desigualdad de ingresos. Por ejemplo, la baja de la tasa de interés que establecieron los bancos centrales favoreció a los que tenían cierto de tipo de activos (acciones o bonos, por ejemplo) y perjudicó a los pequeños ahorristas.

Otros analistas creen que las causas de fondo de la desigualdad de ingresos deben encontrarse en la globalización y en la automatización de ciertos sectores de la economía. (34) Como conse-

cuencia de la fuga de empleos industriales a otros países o la desaparición de estos debido a la utilización de robots, las fuentes de trabajo de calidad habrían sido reemplazadas por empleos más precarios. Esta sería entonces la causa del crecimiento del populismo.

La segunda posición sostiene que las recientes olas inmigratorias son las principales responsables del malestar social. Sin ir más lejos, el tema migratorio tuvo un lugar central en las campañas de Trump y en el Brexit. Según este argumento, la incorporación de inmigrantes al mercado laboral habría disminuido el nivel de vida (o generado la impresión de que esto sucedió) de una parte minoritaria pero políticamente activa de la población. Asimismo, los inmigrantes pueden haber sido percibidos como una amenaza a la identidad nacional. Más recientemente, esta es una de las explicaciones que se han dado para entender el crecimiento de la derecha nacionalista en Alemania.

Mi argumento es diferente. Creo que los cambios que están teniendo lugar en el mundo se relacionan con el surgimiento de un movimiento global al que califico de conservador popular. Sus líderes son, en su mayoría, políticos pragmáticos que responden a los reclamos de sociedades que rechazan a sus elites gobernantes porque consideran que estas se han alejado de sus valores y ya no representan sus intereses. Las acusan de ser liberales y cosmopolitas. Proponen, por el contario, una vuelta al patriotismo y a las tradiciones, entre las cuales se encuentran la religión y el modelo tradicional de familia.

Al conservadurismo popular lo encontramos en países que han sufrido grandes crisis económicas, pero también en otros que no las tuvieron que soportar como China o la India. También está presente en naciones en donde las desigualdades han crecido y en otras en donde esto no ha ocurrido, como es el caso de Gran Bretaña, Brasil o Austria, y en países con gran inmigración y en otras que no la han tenido, como la India, China o Ru-

sia. En definitiva, la economía y la inmigración no parecerían ser la principal causa.

Pongo, entonces, un mayor énfasis en las causas culturales que en las económicas. Esto no significa que la economía no ayude a explicar el fenómeno, tan solo que su rol es limitado.

33- Pikkety, Thomas. *Le Capital au XXI Siècle*, Paris, Editions du Seuil, 2013.

34- Guilluy, Christophe. *No Society: la Fin de la Classe Moyenne Occidentale*, Paris, Éditions Lammarion, 2018.

¿Cuáles son, entonces, algunas de las características que definen al conservadurismo popular como movimiento político? Si bien en la primera parte comenzamos a discutir algunas de las ideas que pueden ayudarnos a entender su surgimiento, ahora, para comenzar a sacar conclusiones, es tiempo de aprender de la experiencia reciente de algunos países.

Conservadurismo popular: ¿nacionalista, iliberal y democrático?

Una de las principales características del conservadurismo popular es su nacionalismo. Los nacionalistas promueven, ante todo, la soberanía de sus países y su capacidad para tomar decisiones libres de influencias externas. Algunas de las características que definen a las naciones, y que son vistas como virtudes por los nacionalistas, son el sentido de unidad nacional y una narración histórica que enfatiza la continuidad en el tiempo, como también la pertenencia a una determinada cultura y territorio.

En este modelo los individuos deben estar dispuestos a subordinarse a los intereses de la nación, incluso poniendo su vida en riesgo en tiempos de guerra. A cambio, reciben protección y la satisfacción psicológica que les brinda el saberse parte de una comunidad con pasado y futuro. (35)

Otra de las características centrales del conservadurismo popular es que es democrático e iliberal a la vez.

Muchos de los representantes de este movimiento desconfían de las instituciones liberales, como son la existencia de un Poder Judicial independiente, la división de poderes y el multiculturalismo. En algunos casos, gobiernos como los de Polonia y Hungría han puesto en jaque la independencia de sus sistemas judiciales, mientras que desde 2003 cerca de cuarenta Estados (incluyendo a China y Rusia) han restringido las actividades, o direc-

tamente expulsado del país, a fundaciones que mantenían relaciones con el exterior. En este tipo de accionar notamos la violación de las normas de respeto mutuo y paciencia institucional que caracterizan a las democracias liberales. En definitiva, tanto en el plano institucional como normativo notamos un rechazo al liberalismo.

Pero este rechazo por los principios relacionados con el liberalismo y el republicanismo no significa que los conservadores populares sean necesariamente antidemocráticos. Como ya vimos, estos conceptos son diferentes y, dependiendo de las circunstancias, pueden ir de la mano o no.

Los conservadores populares son democráticos en el sentido de que consideran que deben ser los pueblos, y no las elites, los que gobiernen. Por lo contrario, acusan a las elites actuales de no ser suficientemente democráticas y de dificultar la toma de decisiones por parte de los ciudadanos. Las elites promoverían, según esta visión, su propia agenda mediante los fallos judiciales, el accionar de los tecnócratas o los acuerdos legislativos que, sostienen, tienen lugar a espaldas del pueblo.

Esta es la visión de Houellebecq, quien apoya la democracia directa a través de referéndums o la elección directa de un presidente, pero no necesariamente mediante la votación de los legisladores. No debe extrañarnos que uno de los principales reclamos de los "chalecos amarillos" que tomaron París en protesta contra el gobierno de Macron sea la eliminación del Senado y la promoción de las consultas populares.

Este desprecio por los intermediarios y los cuerpos legislativos en particular nos remonta al pensamiento de Schmitt. Para él, las legislaturas no cumplen con la función que el liberalismo les da; simplemente, son lugares en donde algunos pocos miembros de la dirigencia toman decisiones en beneficio propio. La solución

se encuentra, por lo tanto, en tener líderes fuertes, capaces de relacionarse directamente con el pueblo.

Otra de las particularidades del conservadurismo es su visión de la economía. Si bien sus representantes son capitalistas y defienden el derecho de propiedad, están dispuestos a imponer restricciones al mercado y al libre comercio para evitar desequilibrios sociales o el debilitamiento de la familia.

Para autores como Michéa, el liberalismo económico inevitablemente lleva al liberalismo político y, por lo tanto, al debilitamiento de los lazos comunitarios. Cree que los políticos conservadores que buscan defender al mismo tiempo el liberalismo económico y los valores tradicionales son incoherentes y cínicos. No son, en definitiva, verdaderos conservadores. El pensador francés se pregunta, por ejemplo, ¿cómo puede haber conservadores que apoyen la idea de que el domingo sea un día laborable cuando este debería dedicarse a las actividades familiares y al Señor? (36)

Recordemos que antes de que el conservadurismo estableciese una alianza con el liberalismo para enfrentar la amenaza comunista, su agenda económica difería de este en varios puntos. Las medidas económicas de los gobiernos conservadores de De Gaulle, Adenauer y de los partidos demócrata cristianos en Europa no celebraban los *animals spirits* o la destrucción creativa. Buscaban equilibrar la importancia del individuo con la de la comunidad y evitar que el primero se vuelva un mero consumidor sin lazos de solidaridad que los unan con sus compatriotas.

Según esta visión, el Estado no debe tomar el lugar del libre mercado, pero debe jugar un rol importante a la hora de establecer y hacer respetar, entre los privados, ciertas reglas de juego, estimular la competencia y proveer un mínimo de seguridad social a la población. De esta manera, busca impedir transiciones traumáticas que puedan dañar a la comunidad. (37) Asimismo, el

conservadurismo suele advertir sobre la posibilidad de que la búsqueda del bienestar material se imponga sobre los aspectos espirituales de las personas. En este sentido, una de las fuentes intelectuales que ha tenido el pensamiento conservador en temas económicos, especialmente en Europa continental, ha sido la Doctrina Social de la Iglesia. (38)

Por tomar un caso, los conservadores populares tienden a defender la vida rural por sobre la urbana. Las causas de esta defensa no son necesariamente económicas, sino que se basan en el deseo de preservar el estilo de vida y los valores asociados a las comunidades rurales. Como los mejores trabajos y la mejor educación están en los grandes centros urbanos, los individuos más capacitados son proclives a dejar sus comunidades. Esto termina generando un desequilibrio entre la comunidad, los mercados y el sector estatal. (39) Los gobiernos deben estar dispuestos a sacrificar eficiencia económica (mediante restricciones comerciales o la entrega de subsidios) para, de esta manera, proteger la vida comunitaria de las regiones rurales.

Inmigrantes y su choque identitario

Lo mismo ocurre con la inmigración. Puede ser que la entrada de un gran número de inmigrantes beneficie a la economía en su conjunto, debido a las ganancias de productividad, pero también puede suceder que esta perjudique a los sectores de menores recursos porque, en numerosos casos, esta inmigración suele ser no calificada. (40)

Cuando los inmigrantes no tienen la misma religión que la población nativa, el choque identitario y la pérdida de confianza entre la población nativa puede ser enorme. No debemos olvidar que quienes conviven y asimilan a los inmigrantes son los sectores populares, no los miembros de las elites, que son los que más se benefician económicamente con su llegada. El conservadurismo popular suele citar estos argumentos, y los riesgos que la in-

migración representa para la seguridad nacional, cuando se opone a la inmigración masiva y llama, por lo contrario, a controlar los flujos inmigratorios.

La globalización es uno de los proyectos más ambiciosos y exitosos que ha tenido el liberalismo. Esta ha tenido consecuencias muy positivas, como ha sido elevar el nivel de vida de cientos de millones de personas que, en parte gracias a ella, han podido dejar la miseria. El conservadurismo popular no se opone de por sí a la globalización o al libre comercio, pero desconfía de la versión más ambiciosa de la primera, aquella que llama a una libre circulación de bienes, servicios, personas e ideas.

Los países, sostiene, deben poder regular los mercados o imponer barreras al libre comercio para evitar, por un lado, los daños sociales que un abrupto proceso de desindustralización puede producir en la sociedad o para preservar industrias que, por motivos tecnológicos o de seguridad, resultan estratégicas para el país. La última de estas justificaciones es la que han utilizado las autoridades chinas para impulsar el crecimiento de su sector tecnológico, mientras que, al sostener que es necesario imponer barreras al comercio para proteger a aquellas regiones que más han sufrido la competencia china, Trump ha usado la primera.

A diferencia de muchos liberales, los conservadores populares también están dispuestos a incrementar el nivel de vida de los ciudadanos mediante la imposición de restricciones a la inmigración o el mantenimiento de un generoso Estado de bienestar.

La defensa de la provisión de beneficios sociales a los ciudadanos nativos más desfavorecidos es una de las banderas del conservadurismo popular en países como Suecia, Dinamarca y Holanda. Según su visión, será imposible mantener este tipo de ayuda si también debe ser brindada a los cientos de miles de inmigrantes que todos los años entran al país. La idea detrás de esto es

que, como alguna vez señaló Milton Friedman, no se puede tener al mismo tiempo libre inmigración y un Estado de bienestar.

Volviendo al plano cultural, una de las principales banderas de este movimiento es la defensa de la religión en la vida pública y de las tradiciones en general. Por lo tanto, no creen en una separación estricta entre religión y Estado. En la opinión de muchos de sus miembros, existe un orden moral objetivo, muchas veces reflejado por las instituciones religiosas, que debe influir en la formulación de las políticas públicas. Esto, por supuesto, va en contra del modelo secular de sociedad que promueve el liberalismo.

Dependiendo de la realidad de cada país, varía la religión. En los Estados Unidos de Trump las iglesias evangélicas ejercen una gran influencia en el gobierno, mientras que en el gobierno de Netanyahu las agrupaciones de judíos ortodoxos juegan un rol similar. En la Rusia de Putin, es la Iglesia Ortodoxa, y en la Turquía de Erdogan, algunas agrupaciones musulmanas. Esto también ocurre, adaptado a sus propias realidades, en la India con el hinduismo, y en China, país en donde la dirigencia fomenta el confucianismo.

Este llamado a que las religiones jueguen un rol más activo en la vida pública es respaldado por una parte importante de la población mundial. Según un estudio de Pew, un 39 % de los encuestados en distintos países apoya esta idea, mientras que tan solo un 13 % se opone. En Estados Unidos, el apoyo llega al 51 %, en la India al 53 % y en Brasil al 59 %. (41)

Rechazo a la agenda de género

La defensa del modelo tradicional de familia es otra de las banderas del conservadurismo popular. Esto los ha llevado a oponerse al casamiento homosexual y a la agenda de género.

La familia es vista como una institución iliberal que, al transmitir amor y valores a los individuos, cumple una función cen-

tral en la sociedad. Los prepara, entre otras funciones, para ser buenos ciudadanos. En varias naciones también prevalece la noción de que existe un orden natural que debe ser respetado, que la diferenciación de los roles del hombre y de la mujer, y la idea de que el matrimonio puede ocurrir únicamente entre ellos, forma parte de este orden. No hacerlo, causaría un serio daño al tejido social.

En Europa del Este y en Rusia la oposición al casamiento homosexual y la adopción de niños por parte de parejas del mismo sexo ganó gran fuerza. Los grupos conservadores que se oponen a la agenda LGBT también se han mostrado muy activos, tanto en Estados Unidos como en Europa Occidental y América Latina.

En Asia ocurre un fenómeno similar. En un referéndum que tuvo lugar en 2018, la población de Taiwán decidió rechazar la legalización del casamiento homosexual a pesar de que este había sido promovido en un fallo de la Corte Suprema. Incluso en Indonesia, país en donde el secularismo ha perdido terreno, se ha discutido la posibilidad de prohibir las relaciones homosexuales. En Malasia y Filipinas tienen lugar procesos parecidos.

Otra de las causas que han facilitado el surgimiento del conservadurismo popular es la oposición a la agenda de género que promueve el liberalismo progresista. La mayoría de los conservadores considera que la identidad sexual no es una percepción subjetiva que pueden tener los individuos respecto de cuál es su género, sino que es algo dado por la biología.

Los sexos son solo el masculino y el femenino, con lo cual se dejan de lado categorías como el transgénero o el tercer género. El cambio de postura en algunos países ha sido notable. Este es el caso de Brasil, que pasó de tener un gobierno que apoyaba la agenda de género en los organismos internacionales a otro, lide-

rado por Bolsonaro, que busca excluir de los programas educativos cualquier referencia a género.

La mayoría de los conservadores populares creen que existen ventajas en mantener cierta división en las tareas de los sexos. Por motivos biológicos o culturales, hombres y mujeres tienden a hacer mejor cierto tipo de labores, tanto en el hogar como fuera de él. Según esta visión, la existencia de normas informales como la caballerosidad juega un rol importante porque permite regular las relaciones entre los sexos y evitar abusos. Al menospreciar esta tradición, el progresismo, y la agenda de género en particular, pone en peligro un sistema de normas que sigue siendo necesario.

La importancia que los conservadores populares les dan a los temas familiares refleja cierto grado de pesimismo respecto de la fortaleza de la familia. El 58 % de los encuestados alrededor del mundo sobre este punto creen que en los últimos veinte años los lazos familiares se han debilitado, mientras que tan solo el 15% considera que estos se fortalecieron. (42)

Incluso un porcentaje significativo de la población femenina en Estados Unidos, por tomar un caso, parece querer preservar ciertos aspectos del rol tradicional de la mujer. Según una encuesta del *Institute for Family Studies*, solo el 28 % de las mujeres estadounidenses casadas consideran que el trabajo a tiempo completo representa su situación laboral ideal. Por otra parte, el 43 % de las mujeres casadas sin hijos sostienen lo mismo. (43)

Es más, el porcentaje de madres que no trabajan tiende a incrementarse fuertemente cuando los ingresos de sus maridos aumenta. Por ejemplo, entre los que ganan entre 50 y 74 mil dólares al año es del 25 %, mientras que en los que obtienen más de 250 mil pasa a ser del 46 %. (44) En definitiva, parece existir un deseo por equilibrar la vida familiar con la laboral.

La izquierda se desplaza hacia el conservadurismo popular

Finalmente, los conservadores populares suelen defender una agenda de "ley y orden". Promueven penas elevadas para los delincuentes, buscan combatir el tráfico y consumo de drogas, oponiéndose a su legalización, y consideran que el delito es consecuencia de la falta de principios y no de las circunstancias económicas. Muchos de sus líderes favorecen la libre portación de armas, como sucede con Trump, Salvini y Bolsonaro. De hecho, los dos últimos han impulsado leyes que buscan permitirla. En lo concerniente a la agenda de derechos humanos, los conservadores populares suelen darles un amplio margen de acción a las fuerzas de seguridad.

Más allá de la agenda que defiende el conservadurismo popular, también resulta necesario mencionar la manera en que buscan implementarla. Efectivamente, en este movimiento encontramos innovaciones tanto en el plano de la comunicación como en el de la construcción política.

Una de las diferencias centrales del conservadurismo popular respecto del conservadurismo tradicional es que sus líderes suelen ser políticos pragmáticos y no ideólogos. No encontramos entre ellos intelectuales como De Gaulle o Churchill, quienes además de *practitioners* eran autores de libros y pensadores que promovían una determinada visión. El liderazgo del conservadurismo popular es diferente. Más que liderar a la población, sus líderes tienden a reflejar los deseos de la población. En definitiva, los que parecen estar a cargo de la situación son los propios ciudadanos.

Pero esto no significa que los líderes del conservadurismo popular transmitan una imagen de debilidad. Todo lo contrario. En casi todos los casos, son hombres que cultivan una imagen de virilidad, de líderes capaces de superar sus propias capacidades. Es-

to se asemeja al mito del superhombre de Nietzsche. Pensemos si no en las fotografías (cuidadosamente coreografiadas) de Putin realizando actividades deportivas en Siberia, o los comentarios políticamente incorrectos de Trump. Otros políticos que han cultivado la imagen del hombre poderoso son Xi Jinping, Bolsonaro, Netanyahu, Erdogan y Orbán.

Comunicacionalmente, los conservadores populares han innovado en el uso de las redes sociales. Dado que muchos de ellos consideran que los medios tradicionales responden a los intereses de las elites, han tratado de saltearse a estos interlocutores para comunicarse directamente con la población. Esto es lo que han hecho, por tomar algunos ejemplos, Trump con *Twitter*, Bolsonaro a través de los grupos de *Whatsapp,* Mori con su propia aplicación y Salvini mediante *Facebook*. En años recientes, la herramienta de *Facebook Live,* que permite transmitir en vivo eventos y entrevistas, ha ganado protagonismo en las plataformas de comunicación conservadora.

Un punto final para resaltar es que el crecimiento del conservadurismo popular no proviene únicamente de sectores de la derecha, sino también de la izquierda. En efecto, esta viene sufriendo una fuga de votos que, decepcionados por los partidos socialdemócratas, han optado por los partidos conservadores populares. En parte esto se explica por la incapacidad que ha tenido la izquierda en brindarle soluciones a la clase obrera.

Mientras que los ingresos de los obreros occidentales disminuían, una nueva generación de políticos (como son Obama, Schoeder, Blair y más recientemente Trudeau) comenzó a priorizar la agenda liberal progresista.

La izquierda dejó de proponer la igualdad económica para promover los intereses de un gran número de minorías, como lo han sido la agenda feminista y de las minorías étnicas y sexuales. El multiculturalismo y la política identitaria tomaron el lugar

que antes tenían las reformas económicas. Al mismo tiempo, los obreros fueron perdieron representación tanto en las bancadas legislativas como en los cargos jerárquicos de los partidos, dejando su lugar a miembros progresistas de las elites.

Pero la agenda liberal progresista no era necesariamente compartida por las que hasta hacía poco tiempo habían sido las bases electorales de la izquierda. Estas no solo vieron que su calidad de vida no mejoraba significativamente, sino que algunos de sus valores eran denigrados por los líderes progresistas.
Temas como la llegada de inmigrantes y refugiados comenzaron a ampliar esta grieta.

No debe extrañarnos entonces que muchos representantes del conservadurismo popular estén trabajando activamente para ocupar este espacio. Si la izquierda tradicional no pudo mejorar la calidad de vida de los obreros a través de impuestos y gasto social, los conservadores populares proponen hacerlo mediante restricciones a la inmigración y la imposición de barreras específicas al comercio internacional. Según su visión, el nacionalismo es una ideología que podría tomar el lugar de los ideales socialistas del pasado. Algunas de estas políticas han sido, como veremos a continuación, implementadas por el presidente de Estados Unidos.

35- Mearsheimer, John. *The Great Delusion: Liberal Dreams and International Realities*, New Haven, Yale University Press, 2018.

36- "Peut-on être libéral et conservateur ?", *Le Figaro*, 12 de enero de 2017.

37- Uno de los autores que mejor reflejó este tipo de pensamiento económico fue el economista y sociólogo alemán Wilhelm Ropke. *La crisis de nuestro tiempo*, Madrid, El Buey Mudo, 2010.

38- En la encíclica *Rerum Novarum* de 1891, el papa León XIII defiende la propiedad privada y la libertad económica. Se exige, sin embargo, que la riqueza beneficie al bien común y no a unos pocos.

39- Sin ser un conservador popular, el prestigioso economista indio Raghuram Rajan presenta un argumento similar. Raghuram Rajan. *The Third Pillar: How Marktes and the State Leave the Community Behind*, Nueva York, Penguin Press, 2019.

40- Borjas, George. *Immigration Economics,* Cambridge, Harvard University Press, 2014.

41- Pew Reseach Center, "A Changing World: Views on Diversity, Gender Equality, Family Life and the Importance of Religion", 2019.

42- Ídem.

43- Institute for Family Studies, "The Real Housewives of America: Dad's Income and Mom's Work", 2017.

44- Ídem.

ESTADOS UNIDOS DE TRUMP

El triunfo de Trump en las elecciones presidenciales de Estados Unidos quizá represente el hito más importante en el ascenso del conservadurismo popular al poder. Efectivamente, su llegada a la Casa Blanca le ha brindado legitimidad y cobertura a un discurso que pone en duda el mismo orden liberal que Washington promovió durante décadas. Ahora es en este país –la principal potencia del planeta– desde donde se propone un nuevo rumbo.

Si bien este es un tema que abordaremos en la próxima parte, para entender la magnitud del cambio que representa Trump debemos detenernos un momento para explicar qué es el orden liberal.

Las instituciones internacionales

El orden liberal es el conjunto de instituciones y creencias que han regulado, por lo menos desde la caída del Muro de Berlín, el comportamiento internacional de una parte importante de las naciones.

Luego de su victoria en la Guerra Fría, Estados Unidos pudo implantar en el mundo algunos de los principios que lo definen internamente. Entre estos se encuentran el libre mercado y la creencia de que los individuos tienen una serie de derechos, y que estos deben ser respetados y defendidos por sus gobiernos.

Trasladada al plano internacional, esta lógica sostiene que los Estados también tienen derechos pero que, para evitar que se repitan tragedias como la Segunda Guerra Mundial, es necesario que estos cedan cierto poder a las instituciones internacionales. De esta manera, organizaciones como las Naciones Unidas, a nivel global, o la Unión Europea, a nivel regional, deberían poder fomentar la colaboración entre los Estados e incluso penalizar a aquellos que violen las reglas.

Por supuesto, el orden liberal como originalmente fue soñado nunca tuvo lugar. Es más un ideal, al que se aspira alcanzar, que una realidad. Por ejemplo, no todos los miembros de las Naciones Unidas poseen el mismo poder, ya que aquellos que tienen asientos permanentes en su Consejo de Seguridad pueden vetar resoluciones. Potencias como Estados Unidos y Rusia han invadido o interferido en los asuntos internos de otros países sin prestarles demasiada consideración a los principios que, según las Naciones Unidas, deberían regir las relaciones internacionales.

A pesar de que el orden liberal nunca se reflejó fielmente en la realidad, algunos de sus principios e instituciones han ejercido gran influencia. Por ejemplo, sentaron las bases que hicieron posible la globalización, la expansión del libre comercio, el respeto a los derechos humanos y un grado de coordinación que, en numerosas ocasiones, evitaron que se produjeran crisis económicas o de seguridad.

Lo curioso es que, si bien este orden favoreció a Estados Unidos en términos absolutos, eventualmente terminó generando las condiciones para que China creciera a tasas muy superiores, lo cual terminó poniendo en riesgo su posición como gran potencia. El sentido de inseguridad que generó el surgimiento de China como competidor estratégico fue una de las causas que explica el crecimiento del conservadurismo popular.

La gran novedad que observamos en Estados Unidos no es, en efecto, Donald Trump, sino el fenómeno social que permitió su surgimiento como actor político en primer lugar. Este consiste en el descontento social con las elites liberales que han gobernado el país durante las últimas generaciones.

Las políticas de las elites

Describamos entonces a estas elites. ¿Quiénes las componen? ¿Cuáles son sus valores e intereses? ¿Qué políticas han promovido?

Como describimos en el capítulo anterior, una vez terminada la Guerra Fría, el liberalismo progresista se convirtió en el relato de una parte importante de las elites estadounidenses. La falta de la amenaza comunista posibilitó un acercamiento de los sectores liberales con los progresistas, abandonando así su alianza con el conservadurismo. Estas elites son, en parte, el producto de la globalización y de las nuevas tecnologías, pero también de los cambios culturales que tuvieron lugar en los años sesenta.

Hoy, la elite liberal progresista sostiene una serie de instituciones que ejercen gran influencia en distintos sectores de la sociedad, entre los que podemos señalar la cultura, la Justicia, la economía y la academia.

El mundo de la cultura es particularmente importante porque es desde donde se puede transmitir ideas y valores a la sociedad. Hollywood juega, por supuesto, un rol central.

Luego de finalizado el "sistema de los estudios" en los 60, época en la cual los empresarios de los estudios ejercían el poder, las *celebrities* comenzaron a ganar protagonismo. Socialmente progresistas y ricos a la vez, sus intereses y valores son compatibles con la visión liberal en lo económico y la posmodernista en lo cultural. No debe extrañarnos que el accionar político de las principales figuras de Hollywood, al igual que las posiciones de sus series y películas, se encuentre cercano al liberalismo progresista. En el caso de las empresas de entretenimiento, Disney no solo ha liderado campañas en favor de los derechos de los homosexuales sino que ha impulsado un boicot en contra del estado de Georgia debido a las restricciones al acceso al aborto que aprobo su legislatura.

Siguiendo el recorrido por la cultura estadounidense, también observamos que la mayoría de los miembros del periodismo y de la academia son progresistas. La preponderancia de este discurso en el mundo académico es particularmente fuerte, algo que ha

llevado a que muchos conservadores denuncien al ambiente académico por discriminar, veladamente, a aquellos que sostienen ideas diferentes.

No debemos olvidar que la influencia que ejercen las universidades más prestigiosas de Estados Unidos es enorme. Algunos datos nos sirven para ilustrar esta afirmación. El último presidente que no asistió a una de estas universidades fue Ronald Reagan, 40 de los 535 miembros del Congreso son graduados de Harvard y esta universidad, junto con Yale, son el *alma mater* de casi la totalidad de los miembros de la Corte Suprema de Estados Unidos.

Otro pilar del liberalismo progresista ha sido el sistema judicial. Desde aquí, numerosos jueces consideran que la legislación y los precedentes jurídicos deben ser interpretados de una manera que facilite (y en algunos casos lidere) los cambios en la sociedad.

Muchas de las causas progresistas (incluyendo la legalización del aborto y el casamiento homosexual) fueron posibles gracias a fallos de la Corte Suprema y no debido a las decisiones que tomaron los presidentes o los legisladores. Efectivamente, en un escenario político en el que la aprobación de nueva legislación se ha vuelto sumamente difícil debido a la creciente polarización, la Corte Suprema se ha convertido en un actor muy importante.

Numerosos miembros de las nuevas industrias también han adoptado la causa liberal progresista. Un estudio realizado sobre los aportantes a cada partido muestra que prácticamente la totalidad de las donaciones hechas por profesionales de las industrias del entretenimiento y *software* han ido hacia el Partido Demócrata. (45) Esta sobrerrepresentación es particularmente importante en Sillicon Valley. En 2004, el 87 % de las donaciones realizadas por los empleados de *Facebook* fueron dirigidas a candidatos de-

mócratas, mientras que en el caso de *Alphabet* (compañía que controla a *Google*) este número superó el 90 %. (46)

Efectivamente, los liberales progresistas tienen en el Partido Demócrata a su principal vehículo de representación política. Con el paso del tiempo, este partido fue abandonando sus postulados más ambiciosos en términos de redistribución económica para adoptar una agenda que se centró en causas de tipo identitarias. Una muestra del poder que ejerce el progresismo en el Partido Demócrata es que su principal CAUCUS (o grupo de afinidad) en el Congreso es, con más de 96 miembros, el progresista.

El Partido Demócrata dejó entonces de ser el partido de los obreros para acercarse a las elites económicas. Los distritos electorales que apoyaron la candidatura de Hillary Clinton a presidente en 2016 representan de hecho un 64 % del PBI estadounidense. (47) El ingreso familiar promedio de los distritos en donde ganó Clinton es de 250.000 dólares, mientras que el de los que apoyaron a Trump es de 154.000.

Como sucede a nivel global, la influencia del liberalismo progresista en Estados Unidos también ha tenido algunos aspectos positivos y otros negativos.

Entre los primeros debemos citar la apertura a la inmigración, algo que le permite a Estados Unidos continuar siendo una de las sociedades más dinámicas y creativas del mundo. Recordemos en este sentido que más del 40 % de las principales quinientas empresas de este país fueron creadas por inmigrantes o hijos de inmigrantes. Estos traen consigo talento y nuevas formas de pensar.

Por otra parte, las instituciones liberales, como la separación de poderes y el Estado de derecho, han permitido impulsar el crecimiento de una economía que ha sabido reinventarse generación tras generación. El respeto a los derechos individuales y a la libertad de expresión son, por otro lado, instituciones liberales

que continúan prevaleciendo en Estados Unidos. En los últimos años, el progresismo le sumó al liberalismo una agenda que llama a proteger el medio ambiente y combatir las discriminaciones arbitrarias. Estos han sido logros importantes.

Los motivos del triunfo de Trump

Justa o injustamente, el liberalismo progresista y las elites que lo representan han provocado una ola de descontento social que terminó sentando las bases del triunfo de Trump y de las posturas que este defiende. ¿Cuáles son algunas de las causas posibles de este malestar?

Quizá la causa más citada sea el deterioro de los ingresos que ha sufrido un sector importante de la población estadounidense. Según la Reserva Federal, el ingreso de una familia promedio, ajustado por inflación, cayó un 4 % entre 2007 y 2016, mientras que su riqueza total bajó un 20 %. Por lo contrario, en este mismo período el 10 % de las familias más ricas de Estados Unidos vieron aumentar sus ingresos un 9 % y su riqueza total un 27 %. Mientras que a fines de los 70 el ingreso de un gerente general era diez veces superior al de sus empleados, hoy es cien veces mayor. (48)

Las causas de este fenómeno, como ya analizamos, son varias. Entre ellas se encuentran la destrucción de empleos industriales debido a la automatización y al desplazamiento de trabajos al exterior. Estos trabajos fueron reemplazados por otros de menor calidad. A esto hay que sumarle una novedad: a diferencia de lo que pasaba en el pasado, las empresas más grandes y eficientes del país, generalmente ligadas al sector tecnológico, generan pocos puestos de trabajo.

En definitiva, la globalización y la automatización favorecieron claramente a las naciones emergentes y a las elites de los países desarrollados, pero terminaron perjudicando a ciertos sectores de las clases medias y bajas de Estados Unidos. Es más, este

costo social se concentró en algunas regiones industriales en particular, como es el caso del Medio Oeste.

Al igual que el libre comercio, la inmigración favoreció a la economía en general porque la volvió más productiva. Pero esta también disminuyó los ingresos de los trabajadores que debían competir con los inmigrantes. El hecho de que una parte sustancial de las nuevas olas inmigratorias entraran al país ilegalmente, no hizo más que incrementar la oposición de un sector importante de la sociedad estadounidense.

En definitiva, si bien en los últimos años tanto la economía de Estados Unidos como los ingresos promedios (especialmente los de los sectores altos) han mejorado levente, las condiciones de vida de muchos estadounidenses empeoraron.

Otra causa del malestar social es la poca atención que la clase gobernante parece mostrar por algunos temas de la agenda del ciudadano promedio. A la mayor concentración de poder económico en una nueva elite, le siguió una mayor influencia política y cultural, por lo que no debe extrañarnos que sus miembros utilizaran parte de sus recursos para avanzar una serie de prioridades que no necesariamente coincidían con las del resto de la población.

El surgimiento de las nuevas empresas tecnológicas es un claro ejemplo de esto. Zuckerberg en algún momento consideró la posibilidad de ingresar a la política e incluso señaló que "en muchos sentidos *Facebook* se asemeja más a un gobierno que a una compañía tradicional", ya que "realmente está generando políticas públicas". (49)

Empresas como *Facebook* pueden ejercer influencia porque manejan información privada de millones de estadounidenses. Como se vio con el caso de *Cambridge Analytica*, estos datos pueden ser utilizados, a través de algoritmos y el posteo de noticias en los portales, para cambiar la opinión que tienen los usuarios

de redes sociales. Zuckerberg y algunos de los directivos de *Alphabet* han tenido que comparecer en el Congreso de Estados Unidos para responder sobre la posible manipulación de información y su sesgo ideológico, ya que algunos sostienen que estas compañías favorecen las causas liberales progresistas.

Otra novedad que ayuda a explicar el malestar social es el debilitamiento del derecho a la libre expresión en Estados Unidos. La cultura de lo políticamente correcto lleva a silenciar voces, tanto en los medios tradicionales de comunicación como en la academia. (50) El principio que favorece la libertad de expresión y el libre debate de ideas, tan bien expresado por John Stuart Mill, parece haber sido abandonado en algunos casos por la construcción de una hegemonía cultural similar a la que proponía Gramsci. Las encuestas muestran que un 80 % de los estadounidenses se opone a lo políticamente correcto. (51)

Otro motivo de descontento tiene que ver con la política exterior que han promovido las elites. (52) Durante las últimas décadas, Estados Unidos ha estado involucrado en una guerra prácticamente todos los años. Muchas de estas intervenciones, aunque han sido costosas en términos económicos, no han logrado alcanzar sus objetivos políticos. No debemos dejar de mencionar en este sentido la segunda guerra de Irak o los conflictos en Afganistán y Siria.

No debe extrañarnos que haya surgido una brecha entre las políticas intervencionistas que propone una parte importante del *establishment* de política exterior estadounidense y la mayoría de la población.

Según un estudio de la Fundación del Grupo Eurasia, el 44 % de los ciudadanos considera que "Estados Unidos debe priorizar sus problemas domésticos sobre los desafíos que trae su liderazgo internacional". Solo el 9 % de los expertos encuestados respondió de la misma manera. (53) En definitiva, el ciudadano prome-

dio es menos propenso a apoyar un alto grado de involucramiento por parte de Estados Unidos en el mundo.

El resultado de esto ha sido la adopción de posturas menos intervencionistas por parte del presidente Trump. De hecho, fue el presidente Obama quien comenzó a cuestionar, durante su gestión, la política intervencionista del *establishment* de política exterior estadounidense. (54)

Una causa adicional del descontento social, y que también se relaciona con la pérdida de ingresos, especialmente la de los trabajadores blancos de pocos recursos, es la crisis psicológica y social por la que atraviesan muchos estadounidenses. Esto se nota en su deterioro físico y en la decadencia de su vida familiar.

El casamiento y la calidad de vida familiar están fuertemente correlacionados con los altos ingresos, la reducción de pobreza infantil y las altas tasas de participación laboral. Son, en definitiva, un importante activo social.

En las últimas décadas ha tenido lugar en Estados Unidos un fenómeno preocupante. Mientras que los sectores más acaudalados de la sociedad han continuado disfrutando de cierta estabilidad familiar, los más pobres han sufrido un empeoramiento de la vida familiar. Según el reconocido sociólogo Robert Putnam, sesenta años atrás el 20 % de los niños que nacían en familias cuyos padres habían obtenido como máximo un título secundario vivían con un solo padre; hoy lo hacen el 70 %. En los hogares con padres educados en universidades este porcentaje es de tan solo el 10 %. (55)

La epidemia de uso de opio es otro ejemplo de la crisis por la que están atravesando algunos sectores de la sociedad estadounidense. El consumo de drogas, y especialmente del opio, mata a unos 70.000 estadounidenses por año, un número que supera a las muertes producidas por armas o accidentes en auto (42.000) o las de soldados estadounidenses en la guerra de Vietnam

(58.000). La tendencia también es negativa, ya que en la actualidad el número de muertes por sobredosis es cinco veces mayor que en el año 2000. Consecuencia de este fenómeno, en parte, es la caída de la expectativa de vida de los hombres estadounidenses entre 2013 y 2014. (56)

La respuesta de las elites ante este panorama ha sido decepcionante. Muchas de estas preocupaciones han sido ignoradas o relegadas a un segundo plano. En algunas ocasiones se ha acusado de racistas y discriminadores a quienes las manifiestan. El fenómeno Trump es, entonces, el producto de un malestar social que tiene como principales causas a algunas de las realidades que hemos mencionado.

Trump no debe ser entendido de manera independiente de lo que ha sido la evolución del conservadurismo en Estados Unidos. De hecho, el rechazo al liberalismo progresista no es nuevo. Hace años que se viene gestando.

La denuncia al "pensamiento único" que, según los críticos conservadores, se observa en los medios tradicionales de Estados Unidos, llevó a que durante 1990 y 2000 surgieran una nueva serie de programas conservadores en las radios y se creara la cadena de noticias por televisión *FOX NEWS*. Uno de los temas centrales de su crítica ha sido el discurso hegemónico de las elites liberales. En los últimos años este mensaje se amplificó aún más debido a la aparición de las redes sociales.

En lo que se refiere al sistema de justicia, el rechazo al activismo liberal progresista fue liderado por una organización llamada Sociedad Federalista. Esta tiene como objetivo reclutar a estudiantes y a jóvenes abogados conservadores para luego impulsar su crecimiento dentro de la Justicia.

Los miembros de la Sociedad Federalista tienen una interpretación originalista de las leyes y de la Constitución de Estados Unidos. Esto quiere decir que los jueces no deben reinterpretar

lo que escribieron los autores originales. Su tarea se limita a aplicar la ley. En términos prácticos, esto significa que los fallos de los jueces originalistas tienden a favorecer los derechos de los estados y del sector privado, como también a las posiciones socialmente conservadoras.

Otro actor clave han sido el de los evangélicos que, a partir de los 70, han participado activamente en la política estadounidense. En su mayoría defienden una agenda conservadora en temas sociales (en contra del aborto y del casamiento homosexual, por ejemplo) y se oponen a lo que consideran que es la corrupción de la clase política en Washington. Quizás hoy sean, debido a la cantidad de votantes que representan, el principal grupo dentro del Partido Republicano, capaz de entronar candidatos a nivel nacional, estatal y municipal.

Tanto en las posiciones de la Sociedad Federalista como en la de los evangélicos encontramos rasgos del pensamiento de Burke. La de Burke es efecto la corriente del pensamiento conservador que predomina en los países anglosajones en general y en Estados Unidos en particular. Es clara la defensa de la familia y el entendimiento de la sociedad como una comunidad entre los muertos, los vivos y los que todavía no han nacido. También se observa la influencia del pensamiento católico, especialmente en la doctrina del originalismo. De hecho, los cinco miembros que conforman la mayoría conservadora en la Corte Suprema son católicos.

En los últimos años surgió una nueva pata de la que podemos denominar la alianza conservadora popular: el nacionalismo económico. Y quizás su principal referente intelectual sea el estratega Steve Bannon.

Este movimiento busca, en palabras de Bannon, maximizar el valor del ciudadano y no el del accionista de las empresas y, para que esto suceda, se necesita implementar un gran número de re-

formas. Entre estas se encuentran disminuir el número de inmigrantes para incrementar los salarios, dejar de negociar tratados comerciales multilaterales para concentrarse en los bilaterales y, finalmente, "deconstruir" el "Estado administrativo" de Estados Unidos. Si bien sus miembros son capitalistas, desconfían de la globalización y de la concentración del poder económico.

Bannon y sus seguidores se oponen también a las elites tradicionales del Partido Republicano, aquellas que históricamente han apoyado a políticos como los que provienen de la familia Bush. Para los nacionalistas económicos, son las responsables de fomentar la inmigración y proteger el bienestar de las grandes corporaciones. Su estrategia consiste en formar una nueva alianza política que incorpore al Partido Republicano a los sectores obreros, dejando atrás sus relaciones con Wall Street. De hecho, una de las principales novedades que trajo Trump a la política contemporánea de Estados Unidos es su defensa del nacionalismo económico.

Para sorpresa de la mayoría de los analistas, Trump logró ganar fácilmente la primaria del Partido Republicano y unos meses después se impuso ante Hillary Clinton (clara representante del liberalismo progresista) en la elección general.

Su victoria se debió, en parte, a la capacidad que tuvo para entender el malestar social existente y conectarse con el electorado. La distancia que Trump mantuvo de las elites se reflejó en el hecho de que durante los primeros meses de las primarias republicanas no había obtenido el apoyo de un solo senador o representante perteneciente al Partido Republicano. Su lenguaje y el uso que hizo de *Twitter* fueron también novedosos. Por ejemplo, buscó y logró diferenciarse de las elites mediante sus mensajes políticamente incorrectos. Cuanto más atacaba los modos y los intereses de las instituciones asociadas con el poder, más crecía en las encuestas.

Las redes sociales también le permitieron saltearse a los medios tradicionales y comunicarse directamente con la población. De esta manera, Trump rompió con el manual de lo que se suponía era una buena campaña. De hecho, logró derrotar a Clinton a pesar de que el presupuesto de campaña de la demócrata fue un 50 % superior al del republicano.

Otro pilar importante de la victoria de Trump fue la capacidad que tuvo para establecer una alianza entre el movimiento nacionalista económico y la coalición que representa al Partido Republicano moderno.

La principal decisión en este sentido fue establecer una sociedad política con los evangélicos. No solo adoptó su agenda en temas sociales sino que nombró a uno de los suyos, Michael Pence, como candidato a vicepresidente. Algo similar hizo cuando prometió seleccionar candidatos para la Corte Suprema que fuesen recomendados por la Sociedad Federalista.

Acá podemos observar su pragmatismo, ya que hasta ese momento en temas como los derechos de la comunidad LGBT o el aborto, Trump había sostenido posiciones progresistas. Su cambio de posición no hace más que afirmar uno de los argumentos centrales de este capítulo: la mayoría de los líderes conservadores populares son políticos pragmáticos, no ideólogos.

Trump también contó con el apoyo de algunas fracciones del sector privado, entre las que podemos mencionar a la industria energética (en parte, porque se oponían a las restricciones que les había impuesto Obama) y a algunos empresarios más ligados a la economía doméstica que a la global.

Una vez electo, el nuevo presidente comenzó a implementar su agenda. Rompió con la política tradicional del Partido Republicano en temas clave como son la inmigración, el libre comercio y Rusia. A pesar de esto, su éxito dentro del Partido Republicano es enorme. Los votantes republicanos hoy le son leales y

no enfrenta objeciones de peso en la dirigencia del partido. Es más, la elección legislativa intermedia de 2018 le permitió incorporar al Congreso una serie de republicanos que se encuentran más cercanos a sus posiciones que los de la vieja guardia.

Los temas centrales de su presidencia respetan la agenda conservadora popular. Atacó a la corrupción de Washington, a la que califica como una "cloaca", impuso restricciones al flujo inmigratorio y comenzó a extender el muro que se encuentra en la frontera con México. Los dos miembros de la Corte Suprema que propone, y luego logra que el Senado confirme, pertenecen a la lista que había acordado con la Sociedad Federalista. De hecho, su alianza con los evangélicos y los católicos conservadores se mantiene firme.

En el plano económico buscó, con éxito, impulsar el crecimiento de la economía mediante una baja de los impuestos y la desregulación de varios sectores de la economía. Salió del acuerdo de París, porque sostuvo que priorizó el crecimiento económico sobre cuestiones ambientales, elevó las tarifas a los productos chinos y renegoció acuerdos comerciales como el NAFTA. También excluyó a su país de otros acuerdos, como es el Transpacífico de Cooperación Económica.

En el ámbito diplomático, Trump denuncia abiertamente a los globalistas y defiende el nacionalismo. A los primeros los acusa de priorizar el bienestar del mundo sobre el de sus propios países. Es particularmente duro a la hora de evaluar al *establishment* de política exterior de su país, compuesto según él por "currículos perfectos que tienen poco de qué jactarse excepto de su responsabilidad por una larga historia de fracasos". (57) En las Naciones Unidas, Trump presentó su doctrina: "Nosotros nos oponemos a la ideología de los globalistas y promovemos el patriotismo", y "el Estado Nación sigue siendo la verdadera base de la felicidad y la armonía. Soy escéptico de las uniones internacio-

nales que terminan restringiendo nuestro movimiento, hundiendo a Estados Unidos". (58)

Trump disminuye el involucramiento de Estados Unidos en los organismos internacionales que buscan limitar el accionar de los Estados, como es el caso de la Organización Mundial del Comercio y las Naciones Unidas. No sin razón, también les exige a sus socios de la OTAN incrementar su gasto en defensa, afirmando que hasta ahora se han aprovechado de la seguridad que les provee Washington.

En definitiva, la Casa Blanca abandona la agenda liberal, aquella que pone énfasis en el respeto de los derechos humanos, la necesidad de expandir (pacífica o militarmente) la democracia liberal en el mundo y que ve en el multilateralismo la mejor manera de resolver los problemas.

Antes de terminar esta sección, debemos preguntarnos si las ideas de Trump y el movimiento social que representa son similares a los de los fascistas. Esta es una calificación que suele dársele y que es contraria a mi teoría.

Este no parecería ser el caso, ya que el fascismo es una corriente política que busca incrementar el poder del Estado, mientras que Trump promete achicarlo. A diferencia del fascismo, la política exterior del presidente tampoco es expansionista, sino que tan solo parece buscar preservar la autonomía de su país. Finalmente, el Partido Republicano defiende una política conservadora de respeto a la religión y a las tradiciones, lejana de los intentos revolucionarios del fascismo.

Si existe un motivo de preocupación debemos encontrarlos en algunos de los mensajes del nacionalismo económico que promueve Bannon. Ya que, más allá de su deseo de centrar la atención en el mensaje económico, parece existir un trasfondo posmodernista ("liberado" de las restricciones morales que impone

la religión) y un constante ataque al islam y a los inmigrantes. Esto sí se asemeja a ciertas posturas del fascismo.

45- Kiersz, Andy y Walker, Hunter. "These Charts Show the Political Bias of Workers in Each Profession", *Business Insider*, 3 de noviembre de 2014.

46- Kurchler, Hannah. "Facebook Employees Overwhelmingly back Democrats", *Financial Times*, 30 de octubre de 2018.

47- Muro, Mark y Liu, Sifan. "Another Clinton-Trump divide: High-output America vs Low-output America", *Brookings Institution*, 29 de noviembre de 2016.

48- Casselman, Ben. "Feel that Post-Recession Bounce? The Rich Feel it the Most", *The New York Times*, 27 de septiembre de 2017.

49- Farrell, Henry y otros. "Mark Zuckerberg runs a Nation-state, and he's King", *Vox*, 10 de abril de 2018.

50- Para una influyente crítica, desde la perspectiva de la izquierda estadounidense, del progresismo y de lo políticamente correcto, ver Lilla, Mark, *The Once and Future Liberal: After Identity Politics*, Nueva York, Harper, 2017.

51- Mounk, Yasch. "Americans Strongly Dislike PC Culture", *The Atlantic,* 10 de octubre de 2018.

52- Sobre el rol de las elites de política exterior en Estados Unidos, y su sesgo liberal, ver Walt, Stephen M., *The Hell of Good Intentions: America's Foreign Policy Elites and the Decline of U.S. Primacy,* Nueva York, Farrar, Strauss & Giroux, 2018.

53- Hannah, Mark. *Worlds Apart: U.S. Foreign Policy and American Public Opinion,* Eurasia Group Foundation, 2019.

54- Goldberg, Jeffrey. "The Obama Doctrine", *The Atlantic*, abril de 2016.

55- Putnam, Robert. *Our Kids: The American Dream in Crisis*, Nueva York, Simon & Schuster, 2016.

56- Case, Anne y Deaton, Angus. "Rising Morbidity and Mortality in Midlife Among White non-Hispanic Americans in the 21st Century", *PNAS*, vol. 112, nro. 48, 2015.

57- Ver Bandow, Doug. "Trump Criticizes Washington's Policy Elite— With Cause", *CATO at Liberty*, 17 mayo de 2016.

58- "Transcript: Donald Trump's Foreign Policy Speech", *The New York Times*, 27 de abril de 2016.

UN RECORRIDO POR EL VIEJO CONTINENTE

Si bien el caso de Estados Unidos es el más relevante, dado el rol central que este país juega en el plano económico, político e intelectual, no es el único en el que el conservadurismo popular ha alcanzado el poder. El ascenso de este movimiento es un fenómeno global. A continuación mencionaremos algunos casos, comenzando por Europa.

El Brexit junto con la elección de Trump, el plebiscito que decidió la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea fue el otro gran evento que capturó la atención de la comunidad internacional. Este rechazo a las políticas propuestas por el *establishment* británico (que en su gran mayoría apoyó la permanencia en la Unión Europea) se debe principalmente al creciente malestar social con las clases dirigentes.

El caso británico es interesante porque estas elites no son necesariamente las que gobiernan desde Londres, sino desde Bruselas. En efecto, una parte importante de la población británica siente que en las últimas décadas perdió el control sobre el destino de su propio país y culpa por ello a la Unión Europa. Según esta visión, los burócratas europeos le habrían quitado soberanía a Gran Bretaña. Solamente una vez liberados de ellos, el país podría volver a alcanzar la plena libertad.

¿Por qué los deseos de salirse de la UE son tan fuertes en Gran Bretaña en comparación con lo que sucede en otros países de Europa? Se dan, en parte, porque su experiencia histórica es distinta.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los alemanes y los franceses atravesaron un grave trauma. No solamente sufrieron un alto número de muertes, sino que durante el conflicto sus países fueron ocupados por las fuerzas armadas de otras naciones. Esto

generó un convencimiento, tanto en la dirigencia como en la población, sobre la necesidad de ceder cierto grado de soberanía a un ente superior para de esta manera dejar atrás siglos de enfrentamiento. Para los británicos, por el contrario, su acceso a la Unión Europea (que tuvo lugar recién en 1973) se basó en argumentos de tipo económico.

El otro factor que promovió el Brexit fue el incremento en el número de inmigrantes, especialmente desde el Este de Europa. Los temores y los costos que esto significó para un sector de la sociedad británica fueron, en gran medida, ignorados por una clase dirigente que, además de defender una serie de principios cosmopolitas y liberales que los llevó a fomentar la inmigración, al formar parte de la Unión Europea no contaba con demasiadas herramientas para regularla. En este sentido, no debemos olvidar que uno de los pilares del proyecto europeo ha sido la libertad para trabajar en el país miembro en el que los individuos quieran hacerlo.

En definitiva, a lo largo de los años fue generándose en la población británica, pero no necesariamente en sus elites, un rechazo a la permanencia en la Unión Europea.

El movimiento a favor de Brexit impulsó el crecimiento de un nuevo partido: el Partido Independentista. Los independentistas lograron capitalizar el descontento de muchos votantes tradicionalmente conservadores, que no solo estaban descontentos con las políticas pro europeas del gobierno del conservador James Cameron, sino también con su estrategia de mover al partido hacia el centro, especialmente en temas sociales.

Esto se observó en su apoyo para legalizar el casamiento entre homosexuales, que sería aprobado en Inglaterra y Gales, a pesar de que una mayoría de los legisladores de su propio partido se opusieron a la nueva normativa. Este tipo de debates generaron descontento entre muchos británicos que se sintieron poco re-

presentados, y hasta traicionados, por sus líderes. El éxito del Partido Independentista fue tal que en 2014 logró ganar 24 de los 73 escaños británicos que estaban en disputa para el parlamento europeo y su sucesor, el Partido del Brexit, obtuvo 29 en las elecciones de 2019.

El descontento que explica el éxito del Brexit también se debe al rol que juegan las elites en Gran Bretaña. No debe extrañarnos entonces que Nigel Farage, líder del Partido Independentista y del posteriormente creado Partido del Brexit, sea un conservador popular. Respecto de las elites, Farage ha señalado que su pelea excede a la posible salida de Gran Bretaña de la Unión Europea: "La mía es una lucha contra el *establishment*". (59)

Desde el referéndum por el Brexit, el Partido Conservador ha abandonado las posturas moderadas del sector interno ligado a Cameron, que promovía un "conservadurismo compasionado". Hoy, su ideología se ha vuelto mayoritariamente nacionalista y contraria a las elites progresistas y urbanas. (60) En definitiva, el Partido Conservador de Gran Bretaña se está transformando en un partido conservador popular.

Los motivos de la Unión Europea

El euroescepticismo no se limita solamente a Gran Bretaña sino que es un fenómeno creciente en Europa. Para entenderlo, debemos remontarnos a los inicios de la Unión Europea.

La creciente unión de los países europeos se debió a una serie de circunstancias históricas. La primera, como ya mencionamos, fue el temor a que se produjera una nueva guerra entre las naciones europeas. La integración fue vista entonces como una posible solución. Cuanto más integradas estuviesen las economías y las sociedades, más difícil sería que estas iniciaran conflictos armados. Pero también existieron otros factores.

El tamaño relativamente pequeño de las economías europeas llevó a que muchos se convencieran de que era necesario generar

un mercado común. Este ayudaría, según el argumento, a incrementar la escala y la productividad de estas economías, permitiéndoles competir con los estadounidenses en igualdad de condiciones.

Por último, la Unión Europea también fue en parte un vehículo para enfrentar a la amenaza soviética. Un mayor acercamiento político y económico, en conjunto con el rol militar que jugaba la OTAN, era una respuesta lógica a la agresividad de Moscú.

El proyecto europeo inicialmente fue sumamente exitoso. Los niveles de integración aumentaron de manera sostenida, logrando cumplir con los tres objetivos mencionados. El problema se produjo cuando esta lógica comenzó a dejar lugar a un proyecto de las elites europeas, que no necesariamente coincidía con la visión de la población.

Las elites europeas buscaron generar una Europa federal, un Estados Unidos de Europa. Para que esto tuviese éxito, los ciudadanos franceses, belgas e italianos, por tomar algunos ejemplos, deberían comenzar a priorizar su identidad europea sobre su identidad nacional. Sin embargo, estos nunca tuvieron la intención de hacerlo. Hoy en día el 63 % de los habitantes de Europa Occidental consideran que la Unión Europea debe devolverle responsabilidades a los Estados que la conforman, mientras que solo el 26 % quiere que esta gane más poder del que tiene actualmente. (61) Los europeos quieren, en su mayoría, una Unión Europea menos poderosa.

No debe extrañarnos entonces que cuando se les pidió en una serie de referéndums reafirmar las políticas de las elites, muchos europeos se negaron a hacerlo. Esto sucedió en 2005 en Francia y Holanda, cuando la población de estos países se negó a aprobar un texto constitucional para Europa, tirando por la borda este proyecto. En ambos casos, la dirigencia de los países había apo-

yado, de manera casi unánime, la nueva constitución. A pesar de este claro mensaje, en 2007 el presidente francés Nicolás Sarkozy presentó en la asamblea, y logró aprobar con el apoyo de los principales partidos de derecha e izquierda, un texto similar al que los franceses habían rechazado tanto solo dos años atrás.

Dado lo que terminó sucediendo, cabe preguntarse si los dirigentes europeos no pecaron de ingenuidad y de un profundo desconocimiento sobre sus propias sociedades. Nada indicaba, en ese momento, que las poblaciones estuviesen en camino de modificar su lealtad al Estado nación, lealtad que, con el paso del tiempo, no ha hecho más que fortalecerse. Recordemos en este sentido que Kant, al fomentar la idea de una unión de repúblicas, nunca asumió que estas debían o iban a estar dispuestas a resignar su propia identidad.

Con el paso del tiempo, el rechazo a la Unión Europea se volvió una de las principales banderas de los partidos conservadores populares. Este es el caso de Italia, donde el nuevo gobierno mantiene una dura disputa con Bruselas.

En 2018, una coalición integrada por el movimiento Cinco Estrellas y el partido La Liga formó gobierno. Ambas agrupaciones comparten un discurso en contra de las elites gobernantes, diferenciándose de administraciones anteriores en temas como la necesidad de alcanzar mayor independencia de la Unión Europea, especialmente a la hora de dictar las políticas económicas, y un deseo de profundizar las relaciones con Rusia. Pero con el paso del tiempo fue La Liga, y en particular su joven líder Matteo Salvini, la que incrementó su popularidad.

La historia de este partido es interesante porque es una muestra del cambio que viene teniendo lugar en Europa. Inicialmente, La Liga se llamada La Liga del Norte y era un partido secesionista del norte de Italia, secular y hasta podría decirse anticlerical. Pero en los últimos años se produjo una transformación.

El partido comenzó a adoptar una agenda nacionalista, contraria a la Unión Europea y conservadora. Salvini ha promovido la eliminación de la "ideología de género" y ha propuesto colgar crucifijos en todas las escuelas y edificios públicos. Otro de sus temas centrales es la lucha contra la inmigración masiva, a la que ve como una amenaza tanto para el bienestar económico de los italianos como para la preservación de la identidad cultural de Italia. Salvini, que ha sabido utilizar las redes sociales de una manera sumamente eficiente, es hoy el político más popular de Italia.

En Austria también gobierna una coalición de derecha. De los dos partidos que gobiernan, el principal es el Partido del Pueblo del jefe de gobierno Sebastian Kurz. Sus posiciones son conservadoras populares. Rechaza, por ejemplo, la inmigración masiva, enfatizando los peligros que implica la llegada de musulmanes para la identidad cultural de su país y es escéptico sobre el rol que debe jugar la Unión Europea. En temas sociales, su gobierno también tiene una agenda conservadora. El socio menor de la coalición, el nacionalista Partido de la Libertad, le brinda al gobierno su enfoque anti *establishment*.

Polonia y Hungría también son gobernadas por el conservadurismo popular. El caso del primer ministro húngaro, Viktor Orbán, es paradigmático, ya que este político ataca abiertamente a la democracia liberal y la contrapone con su modelo de gobierno: la democracia cristiana.

Orbán considera que la base de la sociedad es la comunidad nacional y no el individuo. Desde su llegada al poder, en el 2010, ha debilitado a pilares del liberalismo, como son la independencia del Poder Judicial, la separación de poderes y la autonomía de los medios de comunicación. Se ha opuesto a la entrada de inmigrantes, especialmente de los musulmanes, y ha impuesto trabas al trabajo de las organizaciones no gubernamentales extranjeras. Orbán promueve la soberanía y la independencia

cultural, la familia tradicional y las políticas económicas que fomentan el pleno empleo, citando como ejemplos a seguir a Turquía, India, Singapur, Rusia y China.

El caso de Orbán es interesante porque ejemplifica el pragmatismo de esta nueva generación de dirigentes. Su principal rival público es George Soros, un multimillonario de origen húngaro que desarrolló su carrera en Occidente y que en los últimos años se ha convertido en un importante mecenas de las causas liberales. Sin embargo, su enemistad no debe hacernos olvidar que Soros financió los estudios de Orbán cuando este era un joven liberal, permitiéndole estudiar en Oxford.

En Polonia gobierna el Partido de Justicia y Ley. Si bien este partido sigue los lineamientos básicos del conservadurismo popular, pone especial énfasis en el rol que debe jugar la religión en la sociedad.

Ha puesto fin a casi todas las formas de aborto, siguiendo los lineamientos de la Iglesia Católica. Entre sus objetivos también se encuentran la promoción del bienestar de las zonas rurales, en donde se encuentran la mayoría de sus votantes, y el fortalecimiento de la familia tradicional. Al igual que en Hungría, los conservadores populares polacos son capitalistas, pero no han dudado en implementar políticas heterodoxas y proteccionistas para incrementar los ingresos de los sectores más pobres.

Su principal rival político, la Plataforma Cívica, difiere de Justicia y Ley en el plano económico (más liberal) y su política exterior (más cercano a la Unión Europea), pero también es sumamente conservador en temas sociales. La izquierda, por otro lado, ha perdido la influencia que solía tener en la sociedad polaca.

En Europa del Este en general parece existir un deseo por reemplazar a sus elites, consideradas por muchos como liberales, cosmopolitas y más cercanas a los valores de Europa Occidental

que a sus propias tradiciones. Reflejando este deseo, los nuevos líderes conservadores han buscado ganar mayor autonomía de la Unión Europea y reafirmar el sentido de nación. Por otra parte, han promocionado el surgimiento de una nueva elite que no es tecnócrata ni meritocrática. Por lo contrario, lo que parecen priorizar es el nacionalismo de sus miembros. De esta manera, se alejan del rol que autores como John Stuart Mill y Hegel le dieron a la presencia de una burocracia técnicamente preparada y abierta a toda la población.

No debemos dejar de mencionar tampoco la influencia que el conservadurismo popular está logrando alcanzar en los países en donde no gobierna. En estas naciones el conservadurismo popular ha obligado a otros partidos a asumir algunas de sus posturas para no perder votos. De esta manera, influyen en la formulación de las políticas públicas.

Quizás el caso más conocido sea el de Francia que, a pesar de su declinación económica, continúa ejerciendo influencia política y cultural, en parte porque es capaz de ejercer liderazgo intelectual en los debates que tienen lugar a nivel internacional.

Es en Francia donde gobierna Macron, quien suele presentarse como un defensor acérrimo del liberalismo progresista. Su plan de gobierno es efectivamente liberal en lo económico y progresista en lo social. Producto de las escuelas de elite francesas y del sistema financiero, Macron acusa públicamente a los líderes del conservadurismo popular, como es el caso de Trump, por apostar por el nacionalismo y dar la espalda a la cooperación internacional.

Pero la popularidad que Macron ha alcanzado en ciertos ámbitos políticos e intelectuales del exterior no significa que sus ideas sean necesariamente populares en su país. Cuando ganó la primera vuelta de las elecciones presidenciales en 2017, la suma de los votos de los candidatos conservadores populares (el católi-

co François Fillon y la nacionalista Marine Le Pen) fue de 41 %, mientras que Macron tan solo obtuvo un 24 %. Fue el apoyo que obtuvo de las elites francesas, sumado a que su rival Le Pen sigue siendo vista por parte de la sociedad como una extremista, lo que le permitió ganar la elección presidencial.

Al momento de escribir estas líneas, la popularidad de Macron era sumamente baja. En parte esto se explica porque una parte importante de la sociedad no apoya su agenda. La prioridad de Macron, ante los ojos de muchos franceses, se encuentra en la política internacional y en temas medioambientales, asuntos a los que muchos de sus compatriotas no parecen darle la misma importancia.

Esta brecha se vio reflejada durante una visita de Macron a Buenos Aires. Mientras el presidente francés discutía acaloradamente sobre la agenda internacional en el marco de un encuentro del G20, una serie de manifestaciones lideradas por miembros de las regiones rurales de Francia quemaba y destruía parte de París. Las encuestas en esos días les daban a estos manifestantes, "chalecos amarillos", una aprobación del 75 %.

¿Cuáles fueron las principales exigencias de los "chalecos amarillos"? En primer lugar, la eliminación de un impuesto que el gobierno de Macron estableció para los combustibles diesel en un intento de reducir las emisiones de carbono. Pero esta suba implicaba un incremento en el costo de vida (y en la actividad laboral) para las clases medias bajas y, en especial, para quienes habitan en regiones rurales en donde el automóvil es la única opción de transporte. Una vez más observamos el contraste entre las prioridades del liberalismo progresista (en este caso la ecología) y las de la población (preservar su estilo y nivel de vida).

En Francia también se observa cierto hastío para con unas elites de tecnócratas que, históricamente, han jugado un rol central en el manejo de los asuntos públicos. Sin ir más lejos, la mayoría

de los presidentes de la V República egresaron de la *École National d'Administration*, una escuela de elite que prepara a los futuros funcionarios de la alta burocracia. Sus camadas, de unos cien graduados, también suelen ocupar cargos en las empresas multinacionales francesas. La percepción es que estas elites, que supieron ser efectivamente meritocráticas y eficientes, terminaron corrompiéndose debido a su relación con el sector privado y la política.

La oposición a Macron está liderada hoy por dos corrientes de conservadurismo popular. Por un lado, se encuentra Le Pen del Frente Nacional, un partido con una ideología similar a la de Bannon. Es nacionalista en lo económico y muestra gran intolerancia respecto de los inmigrantes. Le Pen se ha beneficiado de la migración de los votantes del Partido Socialista hacia la derecha. Del otro lado, los Republicanos, el partido tradicional de la centroderecha francesa, viene adoptando posiciones ligadas al conservadurismo popular.

En Alemania observamos un fenómeno similar al de Francia. Durante los últimos años de su gobierno, la canciller Merkel optó por mover a su coalición de gobierno hacia el centro. Como parte de este esfuerzo, aceptó el ingreso de aproximadamente un millón de refugiados que huían del conflicto civil en Siria. Promovió asimismo el debate de medidas progresistas en el plano social, como fue la legalización del casamiento homosexual.

La respuesta no se dejó esperar y fue similar a la que sufrió Cameron en Gran Bretaña. Emergió un nuevo partido que rápidamente ocupó el espacio que había sido abandonado por el líder del partido conservador. En este caso fue Alternativa para Alemania. Este partido, que es particularmente fuerte en lo que fue la Alemania del Este, se ha convertido en el principal opositor a la coalición de gobierno conformada por conservadores y socialistas.

Su agenda promueve la supresión del euro y se opone a continuar asistiendo financieramente a otros países europeos. Rechaza la inmigración, particularmente la musulmana. En el plano social, rechazan la legalización del casamiento homosexual y reivindica los roles tradicionales del hombre y la mujer.

Otros países de Europa Occidental en donde el conservadurismo popular está avanzando rápidamente son Holanda, Dinamarca, Noruega y Suecia, naciones en las que los partidos que defienden estas ideas alcanzaron entre un 12 % y 35 % de los votos. Una de las características centrales al conservadurismo popular en estas naciones es el rechazo a la inmigración desde países con mayorías musulmanas, rechazo que se profundizó luego de la crisis inmigratoria de 2015. Tal como ocurrió en Francia y en Estados Unidos, al priorizar una agenda progresista en lo social, la izquierda comenzó a sufrir la pérdida de votantes que comenzaron a migrar hacia la derecha nacionalista.

Algo similar ocurrió recientemente en España, el único país grande de Europa que no tenía un partido conservador popular. Vox, una agrupación nacionalista que promueve una vuelta a los valores tradicionales, obtuvo el 10 % de los votos en las elecciones generales de 2019 y, debido a su crecimiento, obligó a que los otros dos partidos de la derecha española, el Partido Popular y Ciudadanos, adoptaran algunos puntos de su agenda.

59- Payne, Sebastian y Parker, George. "Nigel Farage, changing British history from the margins", *The Financial Times*, 10 de mayo de 2019.

60- Metamorphosis, *The Economist,* 6 de abril de 2019.

61- Pew Research Center. "Survey of Eight Western European Countries", 2016.

UN FENÓMENO GLOBAL

Como mencionamos al inicio de este trabajo, el conservadurismo popular no es un fenómeno meramente occidental, sino global. Comenzamos, entonces, nuestro recorrido fuera de Europa y Estados Unidos.

Vladímir Putin y el ideólogo Aleksandr Duguin

Vladímir Putin asumió la presidencia de Rusia a fines de 1999. Lo hizo con una agenda modernizadora y de tinte liberal en lo económico. Rusia, recordemos, venía de sufrir una dura experiencia. La caída del comunismo la llevó a atravesar una profunda crisis económica y a perder la que hasta ese entonces había sido su zona de influencia.

Pero Putin fue afortunado. Su llegada al poder coincidió con un incremento en el precio de los *commodities* que exporta Rusia, principalmente gas y petróleo. Esto mejoró las cuentas públicas y le dio al nuevo presidente la libertad para tomar distancia de Occidente, reafirmando de esta manera las particularidades de Rusia. Adoptó un discurso conservador nacionalista y comenzó a acercarse a una Iglesia Ortodoxa Rusa que en los últimos años había ganado importancia. De hecho, mientas que en 1991 menos de un tercio de la población rusa se definía como cristianos ortodoxos, hoy lo hace más del 70 %.

El conservadurismo popular de Putin lo llevó a imponer restricciones a la comunidad LGBT y a promover la educación religiosa en los colegios públicos. Al igual que en Polonia y Hungría, el accionar de ciertas instituciones liberales fue restringido, siendo este el caso de los medios de prensa y las ONG que mantenían contactos en el exterior.

En el ámbito económico, Putin apoyó y protegió a aquellas industrias que consideraba que, por motivos políticos o de segu-

ridad nacional, eran estratégicas para el Estado. Se mostró dispuesto a sacrificar eficiencia económica en pos de incrementar la seguridad del país, aunque al hacerlo asumió un costo: incrementar la dependencia de la economía rusa de las fluctuaciones de los precios internacionales de los *commodities*.

La política exterior de Rusia también se volvió más nacionalista. Uno de sus principales objetivos fue restablecer la zona de influencia rusa. Como parte de este proceso, en 2008 Rusia invadió Georgia y en 2014 anexó la región ucraniana de Crimea. Recientemente jugó asimismo un rol activo en el conflicto de Siria, incrementando así su proyección militar e influencia política. Uno de los objetivos centrales de esta estrategia fue poner un fin a la injerencia de Estados Unidos y sus aliados en los países cercanos a Rusia.

Discursivamente, Putin ha atacado al liberalismo occidental. Lo ha llamado decadente, capaz de generar caos y de producir la decadencia moral de Rusia. El liberalismo, sostiene, ha promovido un tipo de relativismo moral que amenaza los valores cristianos. (62)

Pero, para entender mejor las políticas domésticas e internacionales de Putin, vale la pena repasar el pensamiento de uno de los intelectuales que más ha influido en Rusia: Aleksandr Duguin (63). Este autor no solo es leído en Moscú, sino que también es un referente para conservadores populares como Bannon.

Ante todo, Duguin es un tradicionalista ruso que fomenta el establecimiento del neo-eurasianismo. Llama a conformar un bloque continental de poder que, bajo la tutela de Rusia, incluya a países de Asia y Europa Central. Este bloque tendría poder suficiente para enfrentar a la otra gran alianza, la de los mares, la liberal, liderada en este caso por Estados Unidos y Gran Bretaña.

Respecto de la política doméstica, Duguin cree que el régimen político en Rusia debe ser conservador, autócrata y respe-

tuoso de la religión, diferenciándose de esta manera de la tecnocracia y del liberalismo occidental. En su opinión, el individuo puro no existe. Las personas son en realidad la confluencia de muchas identidades colectivas (religión, sexo, nación, etc.). Si las personas se alejan de estas identidades, terminan perdiendo su humanidad.

En lo concerniente a la situación actual, Duguin sostiene que Trump abandonó la que iba a ser su agenda de política exterior para entregársela, a cambio de su apoyo para las reformas domésticas, a los globalistas. Estos buscan expandir el rol de Estados Unidos en regiones como el Medio Oriente y Europa del Este. De esta manera, la posible reducción de las tensiones entre Rusia y Estados Unidos no fue tal, motivo por el cual hoy estaríamos atravesando una nueva Guerra Fría.

Duguin sostiene que Putin terminó con la decadencia de Rusia al devolverle, gracias a su política exterior, su soberanía. Para él, los enemigos externos de Rusia son los enemigos de Putin, pero mantiene una postura crítica sobre algunas de sus políticas interiores. Considera, por ejemplo, que una parte importante de los funcionarios de Putin integran una sexta columna que, debido a su liberalismo y atlantismo, no solo ha impedido que tenga lugar la justicia social o gane fuerza la vida cultural de su país, sino que también ha mantenido los niveles de corrupción.

Conservadores asiáticos

En Asia también encontramos un territorio fecundo para el conservadurismo popular. Uno de los casos más conocidos es el de Rodrigo Duarte, en Filipinas, quien en los últimos años ha encarado una campaña en contra del narcotráfico, lo que ha motivado numerosas denuncias por violaciones a los derechos humanos. Esta campaña ha incluido asesinatos extrajudiciales y la violación de otros principios centrales del liberalismo. Ante las críticas de las Naciones Unidas, el nacionalista Duarte amenazó

con sacar a Filipinas de esta organización. Al igual que muchos otros conservadores populares, Duarte también acusa a las elites de su país por haber ignorado durante años los intereses del pueblo.

Inclusive en Australia observamos la llegada del conservadurismo popular. Para sorpresa de la mayoría de los analistas, el primer ministro Scott Morrison logró ganar su reelección en 2019. Evangélico practicante, Morrison es considerado un aliado de Trump. Tiene asimismo un estilo asertivo y un discurso nacionalista. Se ha opuesto a varias políticas progresistas, como la imposición de mayores restricciones a las actividades económicas que generan el cambio climático, a través de la emisión de gases de efecto invernadero.

Aunque las autoridades chinas se definen como comunistas, China es otro ejemplo de un país en donde gobierna el conservadurismo popular. Efectivamente, si analizamos su evolución en los últimos años notaremos que, además de aceptar una forma regulada de capitalismo, Beijing también ha adoptado otras de las características centrales del conservadurismo popular.

En primer lugar, la dirigencia del Partido Comunista pasó de promover el mito marxista al nacionalismo Han. El gobierno de Xi Jinping utiliza conceptos como el "sueño chino" o la noción de que, luego de ser sometida durante décadas, China ahora vuelve a ocupar el rol que le corresponde en el escenario internacional. (64) En el primer discurso público como primer ministro, en 2012, Xi señaló: "Todo el mundo habla del sueño chino; yo creo que la renovación de la nación china es el sueño más importante que el país ha conocido en los tiempos modernos".

En parte, los líderes chinos tienen razón. No debemos olvidarnos que hasta principios del siglo XIX China fue una de las principales potencias económicas y militares del planeta. Fue la era de la China imperial, cuna de una rica cultura.

Pero, con el paso del tiempo, las divisiones internas y las imposiciones del Imperio japonés y las potencias occidentales, le hicieron perder poder y cohesión social. Fue recién después del triunfo de la Revolución Comunista en 1949 que el país, durante el gobierno de Mao Zedong, alcanzó cierto orden interno (aunque a un enorme costo humano). Finalmente, fueron las exitosas reformas económicas implementadas por Deng Xiaoping a fines de los 70 las que comenzaron a cerrar el círculo.

En parte, como consecuencia del creciente poder económico, Beijing ha incrementado fuertemente su gasto militar y ha podido implementar una política exterior más asertiva. Esto lo ha llevado a construir una flota naval capaz no solo de defender sus costas, sino también de trasladar su poderío militar a grandes distancias. Como parte de este proceso ha construido islas artificiales en aguas que están en disputas con otras naciones, donde ha establecido bases militares.

El discurso nacionalista también se ve reflejado en el trato que se le da a Japón y a la minoría de doce millones de musulmanes que habitan en la región de Xinjiang. Allí se han construido un gran número de campos de trabajo con el objetivo de adoctrinar a cientos de miles de musulmanes.

El nacionalismo Han es acompañado por la promoción de las tradiciones chinas y, en especial, del confucianismo que, luego de ser perseguido durante décadas, ahora es promovido por el Estado chino. Tampoco debe sorprendernos que la mayor herramienta de poder blando de China sean los más de quinientos institutos Confucio que ha establecido alrededor del mundo para promocionar la cultura china.

Confucio (551 a. C. – 479 a. C.) predicaba la necesidad de alcanzar armonía y un orden social perfecto. Pero, según su visión, esto solo sería posible si se recuperaban las tradiciones y los rituales del Duque de Zhou. Estos rituales, y las interpretaciones

innovadoras que el propio Confucio hizo sobre estos, ayudarían a cultivar las virtudes de los individuos. El pensador chino también fomentaba la compasión y predicaba no hacer a otros lo que no quisiéramos que nos hagan.

Otra de las tareas de Confucio consistió en preparar a funcionarios públicos, promoviendo de esta manera la meritocracia. Los líderes políticos deberían gobernar siguiendo el ejemplo de los buenos padres de familia, evitando la violencia, cultivando tanto la virtud como el respeto a las tradiciones y a la educación.

En definitiva, el confucianismo (que por muchos chinos es entendido como una religión) promueve una serie de valores y comportamientos que pueden enmarcarse dentro de la tradición conservadora. Entre ellos se encuentra la valoración de la familia, el respeto a los roles tradicionales de los sexos, la obediencia al Gobierno y la aceptación del rol que a cada individuo le toca jugar en la sociedad.

En el plano económico, China acepta la libre empresa y promueve el emprendedurismo. De hecho, no solo los empresarios pueden ser miembros plenos del Partido Comunista, sino que cerca del 80 % de la producción industrial proviene del sector privado.

Pero el capitalismo chino es un capitalismo de Estado. El Gobierno sigue reservándose el derecho a controlar ciertos sectores de la economía mediante su intervención en la esfera privada o mediante sus empresas públicas. El Estado busca impulsar el desarrollo de la economía a través de planes plurianuales que incluyen el apoyo a ciertas industrias que considera estratégicas, relacionadas principalmente con la defensa, la energía y el desarrollo de tecnologías sensibles.

En China no solo identificamos aspectos relacionados con el conservadurismo en general, sino también con el conservadurismo popular en particular. Fue la misma dirigencia china la que

identificó el malestar social que entre muchos ciudadanos despertaba la corrupción de los políticos.

Su estrategia consistió en impulsar una campaña anticorrupción que ya ha condenado a más de dos millones de funcionarios chinos, incluyendo a generales y políticos de alto nivel. Desde que el gobierno de Xi inició este proceso, el número de condenados se ha incrementado año tras año. En China fue la misma elite gobernante la que produjo los cambios necesarios para reconciliarse con la sociedad.

Al igual que en el caso Rusia, el ataque al liberalismo occidental es continuo. Recientemente, Beijing ha intensificado la represión de aquellos grupos disidentes y activistas de derechos humanos que son acusados de promover políticas ligadas al liberalismo.

Si bien hoy en China la burocracia del Partido y del Estado (mayormente meritocrática) mantiene un alto grado de influencia, desde el Gobierno también se ha destacado el rol que deben jugar la familia y la sociedad civil. Xi, quien ha cultivado la imagen de hombre fuerte, ha acumulado un enorme poder.

Consiguió, por ejemplo, eliminar los límites a las reelecciones, algo que en principio le permitirá permanecer en el poder de manera ilimitada. El documento llamado "Pensamiento de Xi Jinping" no solo se promueve en las universidades, en los diarios y en las escuelas, sino que también pasó a formar parte del preámbulo de la Constitución. Su pensamiento personal se ha vuelto, por lo tanto, parte de la doctrina nacional. En su intento por personificar en Xi la representación del Estado, China parece acercarse al modelo hegeliano de gobierno.

Podemos decir que, más allá de la retórica, en las últimas décadas China fue cambiando su modelo ideal de organización política. Del promovido por Marx (o al menos la interpretación

que de su pensamiento hicieron los comunistas que le siguieron) a uno cada vez más cercano al de Hegel.

Otra nación clave en el tablero internacional es India, donde su primer ministro, Narendra Modi, ha adoptado la agenda del conservadurismo popular.

Modi es un nacionalista hindú que a lo largo de su carrera política ha rechazado el rol que han jugado en la sociedad las elites del Congreso Nacional Indio. Sus miembros suelen ser asociados, por sus valores e ideas, al multiculturalismo y a los valores de Occidente. Lejos de pertenecer a estas elites, Modi es un miembro de las castas bajas .

Modi propone la vuelta a los valores tradicionales de la India, siendo su lema "familia, comunidad y fe". Asimismo, defiende la preeminencia de la cultura y de la religión hindú en la formación de la India como Estado nación (lo cual resulta problemático en un país en donde existe una minoría musulmana de 172 millones de personas). Al igual que en China, los nacionalistas indios hacen uso de la historia para justificar algunas de sus posturas. La dominación que su país habría sufrido por parte de los musulmanes y británicos se debería, según esta visión, a las divisiones internas. Para evitar que esto vuelta a ocurrir, resulta necesario, por lo tanto, promover la unidad.

Un ejemplo de los inconvenientes que esta visión puede causar en un país tan diverso como la India se vio recientemente en el estado de Assam. El gobierno de Mori comenzó a tomar los pasos necesarios para quitarle la ciudadanía a cuatro millones de musulmanes, ya que estos habían ingresado al país luego de que Bangladesh declarara su independencia en 1971. Estos habitantes, muchos de los cuales hace décadas que viven en la India, pasaron a ser considerados inmigrantes ilegales. Aquí encontramos dos aspectos del conservadurismo popular: el nacionalismo y el rechazo a la inmigración.

Modi también le ha quitado poder al sistema judicial y a las universidades, ubicando en posiciones claves de la burocracia estatal a los miembros de la Asociación Patriótica Nacional, un movimiento hindú formado por más de cinco millones de hombres.

Como en otros países, lo que aparentemente se está dando en la India es un intento por reemplazar las elites liberales por otras que defienden los principios del conservadurismo popular. Este intento ha sido acompañado por la implementación de un programa que busca combatir la corrupción de "las elites".

En el plano económico, Modi promueve la liberalización de ciertos sectores de la economía pero les brinda protección a otros. En un intento por sustituir importaciones, en 2018 elevó las tarifas para la importación de varios productos, incluyendo autopartes y juguetes. De manera similar a los conservadores populares europeos, Modi también defiende al Estado de bienestar, aunque en la India es más un proyecto a futuro que una realidad.

El caso de la India también resulta interesante porque muestra que la crisis por la que atraviesa la izquierda no se limita únicamente a Occidente. Durante años, el Congreso Nacional Indio tuvo una corriente interna de izquierda sumamente importante y el Partido Comunista llegó inclusive a gobernar varios estados. Pero si bien la izquierda continúa ejerciendo gran influencia en los círculos intelectuales y culturales de India, hoy en día prácticamente carece de representación política.

Erdogan en Turquía y Netanyahu en Israel

En Turquía, Racep Erdogan comenzó su mandato como primer ministro en 2003, impulsando una agenda similar a la de Putin. Se presentaba como un político reformista en el plano económico y relativamente tolerante en el político. Con el paso

del tiempo, sin embargo, terminó priorizando una agenda socialmente conservadora. Pasó entonces a desmantelar gran parte de las instituciones seculares que Kemal Ataturk había establecido generaciones atrás.

Algunas de sus medidas tuvieron como objetivo limitar el accionar de los periodistas y marginar a la minoría kurda. Más recientemente, logró reemplazar el sistema parlamentario por uno presidencial. Como presidente, ahora tiene la libertad de adelantar elecciones, nombrar a sus ministros, a los miembros de la justicia y de la burocracia nacional.

En definitiva, Erdogan logró imponerse sobre la elite secular y urbana que venía gobernando Turquía. Hoy son pocos los intermediarios que quedan entre el pueblo y él.

Otro caso relevante es el de Israel. Durante los últimos años de su mandato, Benjamín Netanyahu ha marcado un quiebre con la tradición política de su país.

Hijo de un historiador nacionalista que fue marginado por la elite intelectual israelí, mayormente progresista, Netanyahu ha promovido con éxito otra visión más conservadora de Israel. Como parte de estos esfuerzos, logró aprobar una ley que define a Israel como la nación Estado de los judíos y elimina el árabe como lengua oficial, despertando el malestar de numerosas minorías.

Netanyahu también ha intentado cambiar la clase dirigente. Esto lo ha hecho tanto en el ámbito de la justicia, como en el de la cultura y en los medios de comunicación. Un ejemplo de esto fue la creación, con la ayuda de algunos empresarios, del diario conservador *Israel Hayom*, en la actualidad el periódico más difundido del país.

En temas como la inmigración, Netanyahu también ha adoptado una agenda conservadora popular. Se ha opuesto a brindarles estatus legal a los refugiados que han llegado, de manera ile-

gal, desde Sudán y Eritrea. Incluso ha denunciado a una de las ONG que apoyan a los refugiados por recibir asistencia financiera de Soros. Tanto en sus ataques a Soros como en el rechazo al accionar de ONG, el accionar de Netanyahu se asemeja al de su aliado Orbán.

En el frente externo, Netanyahu suele rechazar las exigencias palestinas y no ha dudado en utilizar la fuerza en Gaza y Cisjordania. Se opone al accionar de Naciones Unidas y de otras organizaciones internacionales que han denunciado algunas de las políticas llevadas adelante por su gobierno.

El conservadurismo popular en América Latina

Con cierto retraso, el conservadurismo popular también llegó a América Latina. Una de las primeras manifestaciones de este fenómeno se dio en Costa Rica, donde un candidato conservador evangélico, Fabricio Alvarado Muñoz, logró ganar la primera vuelta de la elección a presidente, para luego perder en la segunda.

La agenda de Muñoz buscaba, fundamentalmente, fortalecer el modelo clásico de familia, volver a los valores tradicionales y luchar contra la corrupción política. Una de sus principales banderas fue la oposición a un fallo de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos que le demandaba permitir, a este país y a otros, el casamiento entre parejas homosexuales.

La agenda de Muñoz es la misma que impulsan numerosas iglesias evangélicas en América Latina. Hoy, el 20 % de los latinoamericanos son evangélicos, mientras que en Brasil ya representan el 26 % de la población.

El reciente éxito político de los evangélicos –que en América Latina en su mayoría son pentecostales o neopentecostales– se debe a una serie de factores, entre ellos su capacidad para brindar

contención espiritual y ayuda económica a los millones de campesinos que arriban a las principales ciudades latinoamericanas, como también a su participación en los medios de comunicación, siendo, de hecho, dueños de varios. Quizás el caso más conocido en este sentido sea el de la Iglesia Universal de Dios, dueña de la segunda cadena televisiva de Brasil.

A diferencia de la Iglesia Católica, que enfrenta restricciones a la hora de apoyar abiertamente a candidatos, los evangélicos tienen la libertad y la capacidad para poner todo su peso detrás de los políticos que prometen defender su agenda. Al autofinanciarse, pueden hacer campañas políticas sin tener que enfrentar las regulaciones que la ley les impone a los partidos políticos.

Otro de los motivos que explica el creciente giro conservador popular en América Latina es el descontento con las clases dirigentes. Según una encuesta de Latinobarómetro de 2018, el 79 % de los latinoamericanos cree que son gobernados por unos pocos individuos que actúan sobre la base del beneficio propio. Esto implica un crecimiento del 12 % respecto de 2015. (65)

Hay varios motivos que explican este rechazo. Entre ellos podemos mencionar la reciente caída de la actividad económica, la percepción de inseguridad y la idea de que existe una gran distancia entre las prioridades que tienen los gobernantes y el resto de los ciudadanos. Otro dato de Latinobarómetro para tener en cuenta es que el rechazo a la democracia liberal es especialmente importante entre los jóvenes.

La elección de Jair Bolsonaro como presidente de Brasil fue el resultado de este malestar. De hecho, Brasil lleva años sumergido en una profunda crisis económica, política y social.

Algunas de las consecuencias de esta crisis fueron la destitución de la presidente Dilma Rousseff y la encarcelación del expresidente Lula da Silva. Actualmente, más de un tercio de los legisladores nacionales están siendo investigados por la Justicia.

Varias de las principales empresas del país fueron obligadas a pagar grandes sumas de dinero debido a actos de corrupción, mientras que algunos de sus funcionarios fueron encarcelados.

Los escándalos de corrupción coincidieron con el inicio de una profunda recesión y un incremento en la tasa de homicidios. En los últimos diez años más de quinientos mil brasileros murieron debido a la violencia y al accionar de las bandas de narcotraficantes. Las muertes por armas de fuego en Brasil pasaron de ser cinco por cada cien mil habitantes a principios de los 80 a veinte en el siglo XXI.

Como resultado de este escenario, el 90 % de los brasileños considera que las elites gobiernan en beneficio propio y no del pueblo. Tan solo el 6 % de la población confía en los partidos políticos. (66)

Esta falta de confianza en las elites coincidió con el crecimiento del conservadurismo. Un índice elaborado por Ibope en Brasil muestra que, mientras que en 2010 el 49 % de la población podía ser definida como conservador, en 2016 ese número alcanzaba el 54%. (67)

Este malestar también llevó a que los grupos conservadores se organizaran, principalmente a través del uso de las redes sociales, para impulsar un cambio. Estos grupos jugaron un rol clave en las manifestaciones callejeras en contra de la progresista Rousseff. Uno de ellos, Movimiento Brasil Libre, tiene más de tres millones de seguidores en *Facebook*.

El discurso que le permitió acceder a la presidencia a Bolsonaro es similar al de otros líderes del conservadurismo popular. Prometió combatir la corrupción de los políticos y la delincuencia en las calles, respetar los valores tradicionales, promover una agenda religiosa, en su caso cristiana, y lograr que el gigante de Brasil finalmente despertara. Bolsonaro se presenta en definitiva

como un político conservador, nacionalista y contrario a las elites seculares.

Al igual que Trump, Bolsonaro ha buscado distanciarse de las políticas asociadas a las elites gobernantes. Podemos asumir que esto explica en parte su intento por formar una alianza con Estados Unidos, alejándose así de la tradicional búsqueda de autonomía promovida por la cancillería brasilera. Su política exterior también ha puesto en duda otro de los pilares de Itamaraty: la centralidad que tiene para Brasil el Mercosur y, en particular, su relación con la Argentina. Todas estas han sido, recordemos, políticas de Estado seguidas en las últimas tres décadas por los presidentes brasileros.

El poder del nuevo presidente de Brasil se basa en tres pilares: el apoyo de las Fuerzas Armadas (recordemos que Bolsonaro fue capitán del Ejército), del campo y de las iglesias evangélicas. A estos factores de poder hay que sumarles lo que parecería ser un acercamiento al sector liberal en lo económico, como lo demuestra el nombramiento de Paulo Guedes como ministro de economía.

Siguiendo los pasos de Trump, Bolsonaro utiliza un lenguaje políticamente incorrecto a través de las redes sociales para dar una señal clara de que no pertenece a las elites. El uso de las redes también le permitió compensar la menor presencia que le correspondía en los medios tradicionales de comunicación y en especial en la televisión. Si el rival de Trump es el *New York Times*, el de Bolsonaro es el poderoso multimedio *O Globo*.

Un fenómeno similar al de Brasil tuvo lugar en Colombia en 2016. Para sorpresa de muchos, un plebiscito propuesto por el presidente liberal Juan Manuel Santos para alcanzar un acuerdo de paz con el grupo insurgente FARC fue rechazado por la población. El expresidente conservador Álvaro Uribe, con la activa participación de grupos evangélicos, lideró una oposición que,

entre otros aspectos, se centró en la defensa del modelo tradicional de familia.

Por último, vale la pena mencionar el caso de la Argentina. Al igual que Francia, la Argentina ejerce en su región un poder que excede su peso económico, lo que la convierte en un país eje, capaz de influir en el comportamiento de sus vecinos a través de la influencia intelectual que ha ejercido a lo largo de su historia.

Esta influencia política e intelectual se comprobó cuando el país entró en *default* en 2001. Si bien en ese momento Estados Unidos logró impedir que la crisis económica de la Argentina se expandiera a sus vecinos, no pudo prever el efecto contagio que la crisis produciría en la política regional. A partir de ese momento, América del Sur comenzó a dar un giro hacia posturas populistas de izquierda que eran contrarias a los intereses de Washington.

El gobierno del presidente argentino Mauricio Macri tiene ciertas similitudes con el de Macron. Ambos, aunque más claramente en el caso del francés, tienen un discurso liberal progresista. Pero al igual que en Francia y en Brasil, en la Argentina también encontramos un elevado nivel de descontento social. La inseguridad y los problemas de crecimiento y competitividad económica no le son ajenos.

Según Latinobarómetro, el porcentaje de argentinos que se consideran miembros de la clase media bajó un 12 % entre 2013 y 2018, siendo la mayor baja experimentada en la región. Por otro lado, solo un 19 % de los argentinos no está preocupado por la posibilidad de ser víctima de un delito. (68)

Señal de este descontento es que el apoyo a la democracia pasó del 76 % en 1995 al 58 % en 2018. Actualmente un 82 % considera que gobiernan unos pocos pensando en sus propios intereses. La popularidad de los partidos políticos es de tan solo un 14 %; del Congreso, un 26 %, y del Poder Judicial, un 24 %. (69)

Además del descontento con las elites, otro factor que puede impulsar el crecimiento del conservadurismo popular es el hecho de que los evangélicos se han convertido en un actor político importante. Para entender este último punto debemos repasar, brevemente, el debate sobre la legalización del aborto en la Argentina.

En 2018, los sectores más progresistas del gobierno argentino impulsaron un debate legislativo sobre la posible legalización del aborto. La ironía es que al hacerlo terminaron despertando a los sectores más conservadores de la sociedad, quienes no solo lograron evitar que la ley se aprobara en el Senado, sino que también conformaron una alianza (formada, principalmente, por los evangélicos y los sectores conservadores de la Iglesia Católica) que promete jugar un rol importante en el futuro político de la Argentina.

Por último, debemos mencionar que el futuro del conservadurismo popular en América Latina también será definido por las posturas que adopte la Iglesia Católica.

Durante el papado de Francisco, la Iglesia adoptó un discurso más progresista respecto del que tuvieron Juan Pablo II y Benedicto XVI. Francisco, por ejemplo, ha sido más explícito sobre el hecho de que la Iglesia no condena a los individuos que tienen tendencias homosexuales. Por otro lado, ha enfatizado la responsabilidad que le cabe al capitalismo debido a la persistencia de la pobreza y al deterioro del medio ambiente.

Cabe preguntarse si esta actitud detendrá o facilitará la fuga de fieles católicos hacia las iglesias evangélicas en regiones como América Latina. De hecho, parte del éxito que han tenido los grupos evangélicos parece ser el resultado de sus posiciones conservadores en el plano social y capitalistas en el económico.

Según la encuestadora Pew, los fieles católicos pasaron de representar en 1970 el 90 % de la población latinoamericana a tan

solo el 69 % en la actualidad. (70) Con pocas excepciones, como es el caso de Chile, este fenómeno se explica más por la pérdida de fieles en manos de las iglesias evangélicas que por el avance del secularismo. Si la Iglesia Católica termina adoptando posturas más conservadoras como respuesta al desafío que le presentan las iglesias evangélicas, los candidatos conservadores populares se verán beneficiados.

Un aspecto final a señalar sobre los conservadores populares es que, a pesar de su nacionalismo, sus líderes tienden a trabajar de manera coordinada.

Esto es por ejemplo lo que hacen Netanyahu y Orbán, o Bannon cuando impulsa el crecimiento del movimiento en Europa, donde actualmente asesora a Salvini y Le Pen. Salvini a la vez apoya abiertamente a Netanyahu. Kurtz, dada su cercanía a los conservadores bávaros, también se ha involucrado en el debate político alemán. Por otro lado, Hungría y Polonia actúan de manera conjunta para evitar la adopción de una agenda progresista por parte de la Unión Europea y, al mismo tiempo, se ayudan para evitar que Bruselas les imponga sanciones.

Putin se ha posicionado asimismo como una figura central del conservadurismo popular a nivel internacional, mientras que Bolsonaro ha llamado a organizar en su país un encuentro de los líderes conservadores de todo el mundo. Este trabajo facilita el crecimiento del conservadurismo popular en todas las regiones que hemos mencionado.

En esta segunda parte hemos visto que el conservadurismo popular tiene un alcance global. Entre los gobiernos que adscriben a sus principios, consciente o inconscientemente, encontramos a las dos grandes potencias, Estados Unidos y China, a una potencia emergente, la India, y a varios países europeos. Aproximadamente la mitad de la población del mundo es gobernada ac-

tualmente por alguno de los líderes que pertenecen a este movimiento.

En definitiva, el mundo cambió. La idea de que nos encaminamos hacia un nirvana secular y liberal, como Fukuyama y muchos otros analistas suponían hasta hace no mucho tiempo, simplemente no es cierta. La tendencia en el mundo parece ser la contraria.

Queda preguntarse entonces qué sucederá si los principales representantes del orden liberal, Macron y Merkel, dejan el poder. De hecho, Merkel ya anunció que lo va a hacer en poco tiempo y Macron se encuentra sumamente debilitado debido a su creciente impopularidad.

De suceder esto, un nuevo orden conservador podría emerger. Este es uno de los temas que analizaremos en la próxima parte, donde se tratará de explicar de qué manera el surgimiento del conservadurismo popular está afectando la política exterior de los Estados en un mundo que se encuentra en plena transición.

62- Putin, Vladimir. "Remarks at Meeting of the Valdai International Discussion Club", Sitio Oficial de la Presidencia de Rusia, 24 de octubre de 2014.

63- Duguin, Alesksandr. *Cuarta teoría política*, Arktos Media, 2012.

64- Ver Bougon, François. *Inside the Mind of Xi Jinping*, Londres, C. Hurst & Co., 2018.

65- Latinobarómetro, "Informe 2018", 2018.

66- Ídem.

67- Pearson, Samantha. "Brazil Turns Rightward, Heralding New Chapter for Latin America", *The Wall Street Journal*, 8 de abril de 2018.

68- Latinobarómetro, Informe.

69- Ídem.

70- Pew Research Center, "Religion in Latin America: Widespread Change in a Historically Catholic Region", 13 de noviembre de 2014.

En los capítulos anteriores presentamos al conservadurismo popular. Mencionamos algunas de sus características y citamos los cambios que está introduciendo dentro de numerosas naciones. Pero además de afectar la política doméstica, el conservadurismo popular también influye en la manera en que los Estados conducen su política exterior y, al hacerlo, modifica el sistema internacional.

En esta parte veremos que, en efecto, el mundo está cambiando. Esto se debe a, por lo menos, dos factores. Si el primero es el descontento contra las elites y el resurgimiento del nacionalismo, el segundo es el traspaso de poder económico y militar desde Occidente hacia Oriente, fenómeno que ha provocado el surgimiento de China como una nueva potencia mundial capaz de disputarle el liderazgo global a Estados Unidos. Este es un proceso que, como ha ocurrido durante tantas otras ocasiones a lo largo de la historia, genera oportunidades, pero también grandes riesgos.

Como veremos a continuación, estos dos fenómenos están relacionados.

En la primera sección analizaremos las principales escuelas de pensamiento en la disciplina de relaciones internacionales. Estas nos permitirán comenzar a entender qué es lo que está ocurriendo en el mundo. En la segunda parte describiremos los motivos que explican el surgimiento de la rivalidad estratégica entre Estados Unidos y China, y de qué manera el comportamiento de otros jugadores importantes del sistema internacional (algunos Estados europeos pero principalmente la India y Rusia) también está afectando el tablero internacional. Finalmente, veremos como el conservadurismo popular está influyendo en este proceso.

VISIONES DEL MUNDO

Para comenzar a entender el mundo en el que vivimos, debemos recurrir a una serie de teorías. Las teorías son importantes porque, al privilegiar algunas variables explicativas sobre otras, simplifican realidades que, como es el caso de la política y la economía internacional, son sumamente complejas. Nos ayudan a entender lo que sucedió en el pasado, lo que está ocurriendo en el presente y qué puede suceder en el futuro.

Desde luego, el hecho de descartar algunas variables explicativas que influyen sobre la realidad hace que las teorías sean imperfectas. Por lo tanto, no debemos exagerar su importancia. Son solo una primera aproximación a la realidad.

En la disciplina de relaciones internacionales existen dos grandes escuelas de pensamiento: el realismo y el liberalismo. Si bien ambas pretenden mantener un aura científica y de objetividad, poseen un importante bagaje normativo que deriva de las obras de algunos de los grandes filósofos de la historia. Como ya hemos mencionado, tanto Hegel como Kant han reflexionado sobre la naturaleza del sistema internacional y sobre la manera en que deberían actuar las naciones en este ámbito.

Comencemos entonces por describir tres de las características centrales que definen al realismo. (71)

El realismo, el Estado nación y el poder

Al igual que el conservadurismo, con el cual comparte muchos puntos, el realismo tiene una visión pesimista sobre la realidad. Según Tucídides, historiador de la Grecia clásica, el temor, el honor y los intereses son los factores que explican, y continuarán explicando, el comportamiento de las naciones. (72) Para San Agustín, la naturaleza imperfecta del hombre nos obliga a diferenciar entre la ciudad celestial y la terrenal, y es en esta últi-

ma en donde actúan los Estados. Debemos, por lo tanto, ser realistas y aceptar la existencia de fenómenos como la guerra. (73)

Los realistas contemporáneos también son escépticos respecto de la posibilidad de modificar la realidad internacional. Pero sus motivos no son necesariamente los mismos que defienden los realistas clásicos.

Algunos consideran que la estructura del sistema internacional –en el cual, a diferencia de lo que ocurre dentro de los países, no existe un gobierno central capaz de mantener el orden–, y no la naturaleza humana, es la que genera incentivos para que los Estados deban proveerse de seguridad a sí mismos y, por lo tanto, prepararse para la guerra. Efectivamente, la mera posibilidad de un conflicto, sumada a la existencia de fuerzas armadas, significa que los enfrentamientos militares siempre son posibles. (74)

Para los realistas, la paz eterna, por cualquiera de las razones mencionadas, es una peligrosa ilusión que puede incentivar cruzadas violentas e innecesarias. Es más, cuando ideologizamos las relaciones internacionales, tendemos a deshumanizar al rival y comenzamos a percibirlo más como enemigo mortal que como un adversario. Esto deriva en los conflictos totales que explican algunas de las grandes atrocidades de las que ha sido responsable la humanidad.

En segundo lugar, los realistas consideran que las unidades centrales en las relaciones internacionales son los grupos sociales, no los individuos o las clases. Y en esta etapa de la historia en particular, el grupo social elegido es el Estado nación. Efectivamente, si bien en el pasado las agrupaciones que predominaron fueron, por tomar dos ejemplos, las ciudades estado y los imperios, hoy ya no lo son. El poder del nacionalismo ha llevado a que las sociedades elijan al Estado nación como el representante de sus intereses.

Finalmente, los realistas consideran que las relaciones entre Estados tienden a ser definidas por el poder. Esto significa que, para alcanzar sus objetivos (cualesquiera que estos sean), los Estados buscan incrementar su cuota de poder y, para lograr esto, necesitan aumentar sus capacidades económicas y militares.

La importancia que los realistas le dan al poder también se ve reflejada en sus predicciones sobre el comportamiento de los Estados. Para ellos, el accionar de los Estados dependerá en gran medida de la manera en que esté distribuido el poder en el tablero internacional. La estructura de este poder, por más que los líderes no se den cuenta, es la responsable de generar los incentivos que terminarán guiando su comportamiento.

Por ejemplo, para algunos realistas un sistema en donde conviven dos grandes potencias resulta particularmente peligroso, pero para otros este tipo de estructura traerá, como ocurrió durante la Guerra Fría, estabilidad. Otros posibles sistemas son el multipolar (en donde conviven varios jugadores) o el unipolar (en donde domina un solo Estado). Cada uno de estos promoverá distintos tipos de comportamiento.

A lo largo de la historia, los realistas les han recomendado a los líderes políticos comportarse de manera responsable, aceptando el mundo en el que les toca vivir y no en el que les gustaría hacerlo. Si respetan la lógica que emerge de las relaciones de poder, podrán evitar guerras innecesarias y, en los casos en que se produzca un conflicto, disminuir los niveles de violencia y conflictividad. Por el contrario, si son guiados por sus deseos de exportar ciertas ideologías, la incertidumbre crecerá y, como consecuencia de esto, tendrán lugar guerras innecesarias.

Al igual que los conservadores, los realistas valoran la moderación y la estabilidad, y rechazan, por el contrario, los cambios bruscos y la búsqueda de escenarios ideales.

Existen dos teorías realistas que nos servirán para entender el accionar de los Estados. Quizá la principal sea el balance de poder. Esta sostiene que cuando en el sistema internacional emerge un Estado con creciente poder, las otras naciones buscarán incrementar su poder interno (balance interior) y formar alianzas entre ellas (balance externo) para impedir que este Estado se convierta en un poder hegemónico. ¿Por qué hacen esto? Simplemente porque la aparición de un poder de este tipo les haría perder autonomía, algo que dificultaría la defensa de sus intereses e incluso podría poner en peligro su existencia. (75) Los realistas afirman que, a lo largo de la historia, el balance de poder ha tenido lugar una y otra vez. (76)

La otra teoría realista es el dilema de seguridad. Esta afirma que la incertidumbre en el sistema internacional incrementa las posibilidades de que se produzcan conflictos entre Estados. Imaginemos, por ejemplo, que un Estado A comienza a producir tanques de guerra. El Estado B no sabrá si A lo hace para defenderse o para invadir a B. Si la respuesta es la primera, no habrá motivos para preocuparse, pero si es la segunda, sus líderes deberían incrementar el gasto militar para enfrentar al posible agresor.

El problema es que resulta difícil saber cuál es el verdadero motivo. Es por esto que, cuanto mayor es la incertidumbre sobre cuáles son las intenciones y los recursos militares con los que cuentan las otras naciones, mayores serán las posibilidades de que se produzca una carrera armamentística y, en el peor de los casos, una guerra.

Para algunos autores, la Primera Guerra Mundial es un claro ejemplo de este proceso. Antes de su comienzo, nadie quería participar de un conflicto global, pero al no saber cuáles eran las verdaderas intenciones que los otros actores tenían, se terminó desencadenando un mecanismo que derivó en la Gran Guerra.

Este es uno de los motivos por los cuales los realistas desconfían de la ideologización de la política exterior. Cuando los Estados buscan imponer su modelo de gobierno a otros países o intentan interferir en sus asuntos domésticos, se termina incrementando los niveles de incertidumbre. Las ideologías pueden, inclusive, ser utilizadas por grupos de interés para avanzar una política exterior más expansionista -o, por lo contario, más pacífica- de lo que aconsejaría la defensa de los intereses nacionales. (77)

¿Cuál es el ideal histórico para los realistas? Probablemente el del Concierto de Europa, período histórico que comenzó con la derrota de Napoleón en 1815 y culminó en 1914 con el inicio de la Primera Guerra. (78)

Este fue efectivamente un período relativamente estable y pacífico, en donde no tuvo lugar ninguna guerra importante entre las grandes potencias y en el cual los líderes occidentales tendieron a priorizar el balance de poder y la estabilidad del sistema internacional. (79) La posibilidad de que los Estados formen una alianza para frenar el expansionismo de otro actor, terminaba disuadiendo a los potenciales agresores. Asimismo, los encuentros regulares entre los cancilleres de las distintas potencias (Gran Bretaña, Francia, Austria, Prusia y Rusia) redujeron los niveles de incertidumbre y los potenciales malentendidos.

Los valores comunes que compartían los Estados europeos (conservadores y realistas) permitieron a la vez que se acordaran reglas para mitigar los peores efectos de la guerra. El mayor éxito en este sentido tal vez hayan sido las convenciones internacionales de La Haya que, en entre otros avances, protegieron a las poblaciones civiles de las acciones militares y les dieron derechos a los prisioneros de guerra.

Pero luego de finalizado el Concierto de Europa, la política exterior comenzó a ideologizarse. A través del terror del nazis-

mo y el comunismo, como ejemplos más extremos, pero también mediante el liberalismo intervencionista promocionado por presidentes de Estados Unidos como Woodrow Wilson. Según los realistas, este nuevo idealismo terminaría provocando conflictos innecesarios y, por el contario, ignoraría algunas de las grandes amenazas. (80)

Además del período histórico mencionado, la conexión entre realismo y conservadurismo también ha continuado siendo clara en años más recientes.

Entre los líderes y pensadores políticos que podemos ubicar en ambos campos se encuentran, por ejemplo, Kissinger, George Kennan, George H. Bush y De Gaulle. Todos ellos defendieron visiones conservadoras en el plano doméstico y promovieron posiciones realistas en política exterior. Parece existir, por lo tanto, una fuerte conexión entre el pensamiento realista y el conservador.

El liberalismo en las relaciones internacionales

Es tiempo ahora de analizar a la otra gran escuela de pensamiento internacional: el liberalismo. En este caso, su conexión con la filosofía liberal que describimos anteriormente es aún más clara. De hecho, no es casualidad que ambas compartan el mismo nombre.

Algunas de las características que definen al liberalismo (como escuela de pensamiento en las relaciones internacionales y como filosofía en general) son su optimismo sobre la capacidad humana para moldear la realidad y la valorización del individuo sobre cualquier grupo social.

El liberalismo en relaciones internacionales sostiene que existen intereses que son comunes a todos (o al menos a la mayoría) los individuos y Estados. Esto abre la posibilidad de que estos

colaboren entre sí. Por lo tanto, si los Estados son capaces de generar confianza entre sí, podrán colaborar y defender sus intereses de una manera más adecuada a las alternativas que proponen los realistas.

En el trabajo de Kant, y en particular en su ensayo *Sobre la paz perpetua*, encontramos las bases intelectuales sobre las que se sostienen tres de las principales corrientes que definen al liberalismo como disciplina de las relaciones internacionales: el liberalismo de interdependencia, el liberalismo institucional y el liberalismo republicano. (81)

El liberalismo de interdependencia sostiene que la solución a muchos conflictos consiste en incrementar los lazos económicos y políticos que unen a los países. Si bien varios autores consideran que los realistas tienen razón al afirmar que, debido a la estructura del sistema internacional, los conflictos militares entre Estados siempre son una posibilidad, no tienen en cuenta que los altos grados de colaboración que nos ha permitido alcanzar el proceso de modernización permite disminuir las posibilidades de que estos ocurran. Por ejemplo, los mayores lazos que existen entre individuos y empresas de distintas naciones, impulsados en parte por la globalización, vuelven a los conflictos poco probables porque estos se han vuelto enormemente costosos. (82)

Las instituciones multilaterales también juegan un rol central para algunos liberales porque consideran que facilitan la colaboración entre Estados. Algunas de las funciones que estas pueden cumplir son, por tomar algunos casos, reducir los costos de transacción, proveer información a los Estados miembros, establecer relaciones de largo plazo y crear mecanismos que permiten castigar a aquellos Estados que no respetan las reglas de juego, permitiéndole retaliar a las naciones perjudicadas, como ocurre en la Organización Mundial del Comercio.

Según este argumento, instituciones como la OTAN y la Unión Europea prueban que los efectos negativos que produce la falta de un gobierno global pueden ser mitigados. Autores como Robert Keohane sostienen que, para que las instituciones cumplan con sus funciones, no solo necesitamos más de ellas sino también incrementar su densidad, variable que mide la profundidad y el foco de sus funciones.

Por último, los liberales republicanos confían que una expansión de la zona de paz, formada por democracias liberales, puede cambiar la naturaleza misma del sistema internacional. Son, por lo tanto, los liberales que más se distancian de las ideas realistas.

El poder de este argumento descansa en la evidencia histórica. En efecto, los enfrentamientos militares entre democracias liberales han sido muy pocos. (83) Las explicaciones son variadas.

Algunos liberales, como Kant, piensan que las normas que defienden las democracias liberales son distintas a las de otro tipo de regímenes. Las poblaciones, por ejemplo, deberían oponerse a la posibilidad de ir a la guerra porque, a diferencia de sus líderes, son ellas las que pagan los costos de estas aventuras.

Sin embargo, la evidencia histórica muestra que las democracias liberales son tan propensas a ir a la guerra como cualquier otro tipo de gobierno. Solamente son poco propensas a enfrentarse contra otras democracias liberales. Esto ha llevado a que otros autores sostengan que, en realidad, son las instituciones o las normas que rigen en las democracias liberales las que impiden este tipo de enfrentamientos.

En los tres argumentos que hemos presentado hasta ahora encontramos algunos elementos básicos del liberalismo: la supremacía del individuo sobre toda forma colectiva, el poder de la razón a la hora de solucionar conflictos y la creencia de que cuando los individuos interactúan libremente entre sí, las sociedades logran importantes beneficios. Respecto de la manera en

que la política exterior de los Estados debe ser formulada, encontramos, sin embargo, diferencias entre los liberales.

Mientras que algunos liberales esperan que sus gobiernos implementen políticas intervencionistas en el exterior para expandir el número de democracias en el mundo, otros creen que las democracias liberales tan solo deben servir de ejemplo para que otras naciones las emulen. En el pensamiento de Kant encontramos argumentos a favor de la primera postura.

Kant afirma que la misma existencia de regímenes no republicanos termina perpetuando el estado de naturaleza en el sistema internacional. Como vimos en la primera parte, Rawls reelaboró algunas de las observaciones de Kant al sostener que los gobiernos iliberales deben dejar el estado de naturaleza y subordinarse a un estado razonable de justo derecho. Si no lo hacen, pierden legitimidad y no merecen el respeto de las democracias liberales. De esta manera se abre la posibilidad del conflicto.

Tal como sucedió dentro de los países occidentales, el liberalismo es la visión que, al menos desde la retórica, ha predominado en el sistema internacional desde, por lo menos, la caída del Muro de Berlín.

Gracias a la cooperación, el mundo anárquico de Hobbes de a poco dejaría lugar a la sociedad defendida por Locke. Este es el discurso que Estados Unidos defendió a lo largo de su preeminencia internacional y que ha justificando el crecimiento de la globalización y la expansión de las democracias liberales en todos los continentes. En definitiva, en las últimas décadas hemos sido testigos de un orden liberal.

Sus inicios pueden encontrarse en la presidencia de Woodrow Wilson, quien favoreció la seguridad colectiva y la intervención en los asuntos internos de otros países para, de esta manera, liberar al planeta de la opresión y poder establecer "un mundo seguro para las democracias". Wilson no logró, sin embargo, llevar

esta visión a la práctica, en parte porque el Congreso de Estados Unidos no apoyó la participación de su país en la Liga de las Naciones. Pero más adelante otros presidentes lo harían.

Efectivamente, Wilson sentó las bases para que luego Franklin Roosevelt y Harry Truman establecieran una serie de organismos y pactos multilaterales que reflejaron algunos de estos principios. Finalmente, Bill Clinton y George W. Bush disfrutaron de una etapa en que la falta de rivales de peso le permitió a Estados Unidos promover, y en algunos casos imponer, el orden liberal en gran parte del mundo.

¿Cómo respondieron los realistas a la preponderancia del discurso liberal? En principio aceptando que las instituciones multilaterales tienen un rol que jugar. Por ejemplo, estas pueden ayudar a reducir los costos de transacción, fomentando así la colaboración, y a facilitar la formación y el mantenimiento de alianzas. Un caso exitoso en este sentido, y que involucra la seguridad internacional, es el de la OTAN. Pero también sostienen que las instituciones no son independientes de los miembros que las conforman y, por lo tanto, tienden a reflejar el balance de poder internacional. (84)

Por tomar un caso, las Naciones Unidas pueden condenar a un país pequeño, como ocurrió con Irak en 1991, pero no son capaces de restringir seriamente el accionar de potencias como Estados Unidos y Rusia. Estos países, que han invadido otras naciones sin respetar el espíritu de la Carta Orgánica de las Naciones Unidas, no recibieron por ello condena alguna. En definitiva, cuando las reglas van en contra de los intereses de un gran poder, este tiende a modificarlas o ignorarlas.

El realismo admite que el liberalismo y su búsqueda de colaboración son particularmente exitosos en el campo económico, porque en este caso los Estados están más preocupados por las ganancias absolutas que por las relativas. Pero cuando lo impor-

tante son las ganancias relativas, como suele ocurrir en temas de seguridad internacional, ya que en este caso lo relevante no es cuánto poder militar tengo, sino cuánto poder tengo en relación con un posible rival, la lógica realista es la que tiende a prevalecer. (85)

Tal como sostiene Schmitt, en los momentos en que los argumentos económicos y políticos (o de seguridad particularmente) compiten, los que terminan imponiéndose son los últimos. De estos dependen, en definitiva, la seguridad y la subsistencia de las naciones. (86)

Los realistas son particularmente críticos sobre la posibilidad de alcanzar una paz liberal. Para empezar, porque sostienen que los Estados tienden a comportarse de la misma manera independientemente del tipo de gobierno que tengan. En palabras de Huntington, lo importante no es la forma de gobierno, sino cuán poderosos son. (87) Por lo tanto, no hay nada especial sobre la manera en que las democracias liberales se comportan en el ámbito internacional. Estas enfrentan las mismas restricciones externas que los demás Estados.

Finalizamos así nuestra breve descripción sobre algunos de los debates que tienen lugar en relaciones internacionales. Podemos preguntarnos ahora cuál es la escuela de pensamiento que mejor refleja la realidad.

Logros del liberalismo en la escena internacional

En algunas áreas, principalmente las relacionadas con el comercio y las finanzas, el liberalismo parece haber funcionado como sus defensores predicen. El FMI, la OMC, la Unión Europea, la Corte Internacional de Justicia y el Acuerdo de París para la lucha contra el cambio climático son algunos ejemplos de instituciones multilaterales o supranacionales que lograron promo-

ver la colaboración entre los Estados, alcanzando así grandes éxitos. La recesión de 2008 no se transformó en una depresión mundial en parte porque, mediante el G20, los gobiernos fueron capaces de coordinar sus políticas monetarias y fiscales.

Como sostiene el autor israelí Yuval Harari, nuestro mundo enfrenta una serie de desafíos que solo pueden ser resueltos a través de la acción coordinada de todas las naciones. (88) Los problemas globales, en definitiva, necesitan soluciones globales.

Un logro concreto en este sentido ha sido la aprobación en 2015 de los Objetivos de Desarrollo Sostenible, un conjunto de metas que buscan preservar el bienestar del planeta y de sus habitantes. Reunidos en las Naciones Unidas, los representantes de 193 países acordaron objetivos y se comprometieron a cumplirlos. La lucha contra el terrorismo y la evasión impositiva, junto con la regulación de los flujos migratorios, también requieren de colaboración y de las instituciones internacionales que la facilitan. Para los liberales, las visiones realistas y nacionalistas no hacen más que alejarnos de las soluciones.

Esta es la visión del mundo que defienden los líderes liberales. Entre ellos podemos mencionar a Obama, Trudeau, Merkel y Macron. Por otro lado, el espíritu de la Unión Europea se basa asimismo en principios liberales que enfatizan la centralidad de las instituciones y de los derechos individuales.

Visión del realismo sobre el expansionismo liberal

Pero si el liberalismo se mostró eficaz al describir los beneficios que trae consigo la colaboración, es el realismo el que en los últimos años ha logrado retomar un rol central. Esto en parte se debe a algunos fracasos del liberalismo.

La veta expansionista del liberalismo, que ha buscado cambiar la naturaleza iliberal de algunos regímenes, ha provocado inesta-

bilidad y sufrimiento. Los cambios de gobierno que ha impulsado, en algunos casos a través de la subversión del sistema político y en otros mediante una intervención militar, en su gran mayoría no han sido exitosos.

Algunos casos son Afganistán, Libia, Irak y Siria. Lejos de traer paz a estos países, las operaciones militares que tuvieron lugar allí terminaron debilitando a los países que las impulsaron.

Hace más de dieciséis años que Estados Unidos está involucrado en los conflictos de Irak y Afganistán, siendo esta última la guerra más larga de su historia. No solo el costo de estas intervenciones ha superado ya los tres trillones de dólares, lo cual ha alimentado su déficit fiscal y el tamaño de su deuda, sino que la mayoría de los objetivos políticos que los líderes en Washington se trazaron al iniciar estas intervenciones no fueron cumplidos.

Algunos autores realistas sostienen que las elites de Estados Unidos han involucrado a su país en tareas para las cuales simplemente no está preparado. Entre ellas, se encuentran la creación de instituciones políticas en países muy diferentes. Esto, sostienen, habría generado un gran malestar en las naciones ocupadas, malestar que luego es canalizado por organizaciones terroristas en contra de la potencia occidental y sus aliados. El rechazo a la presencia de bases militares en Arabia Saudita fue, de hecho, una de las principales banderas que utilizó Al Qaeda para reclutar combatientes. La invasión a Irak, por otro lado, habría impulsado el surgimiento de ISIS.

Pero la política liberal intervencionista no involucró únicamente a Estados Unidos, sino también a algunos de sus aliados. Gran Bretaña, y más recientemente Francia, fueron el principal apoyo que tuvo Washington en Irak y Libia, respectivamente. En Siria, la posición de Francia fue inclusive más combativa que la del presidente Obama.

No solo Francia y Gran Bretaña sufrieron ataques terroristas y observaron cómo se radicalizaba un sector de su propia población musulmana, en parte como respuesta a las intervenciones en el Medio Oriente, sino que debieron afrontar grandes gastos económicos. En el caso de Londres, las estimaciones indican que en los conflictos que siguieron a la Guerra Fría ha gastado más de 40 billones de dólares. (89)

Para algunos realistas, el liberalismo también habría obstaculizado el buen funcionamiento de la diplomacia y del balance de poder. En parte eso se explica, según esta visión, por la negativa que tienen ciertos liberales a formar alianzas e inclusive a dialogar con regímenes iliberales. Esta tendencia dificulta el tipo de alianzas que resultan indispensables para enfrentar posibles amenazas. El accionar ofensivo de algunos actores se ha vuelto, por lo tanto, menos costoso.

El otro gran fracaso del liberalismo ha sido la imposibilidad de lograr que China aceptara la democracia liberal como sistema de gobierno y al orden liberal en el plano internacional. Efectivamente, gran parte de las elites liberales de Europa y Estados Unidos asumieron que, con el paso del tiempo, esto iba a suceder. Que la interacción entre individuos, y la presión de la propia sociedad china, iban a permitir que la zona de paz se expandiera hacia el Oriente y que, por lo tanto, Beijing no buscara competir con Washington. Como todos sabemos, esto nunca sucedió.

Otro de los motivos por los cuales en los últimos años los realistas estadounidenses ganaron cierta legitimidad es porque han tendido a apoyar aquellos conflictos en los que Estados Unidos fue exitoso (guerras mundiales, Guerra Fría o Primera Guerra del Golfo) y a oponerse a aquellos en donde fracasó (Guerra de Vietnam y la Segunda Guerra del Golfo, entre otros). Esta oposición no solo se debió a que en los últimos casos, según su opinión, no había un claro interés nacional en juego, sino también a

que anticiparon que los costos de estas operaciones terminarían siendo mayores de los que asumían las elites liberales.

El éxito predictivo del realismo en parte se debe a su entendimiento del importante rol que juega el nacionalismo en la política internacional. (90) Por el contrario, la falta de consideración sobre el nacionalismo llevó a que algunos liberales fomentaran cruzadas sin entender que las poblaciones se opondrían a las intervenciones de potencias extranjeras. (91) Asimismo, la noción de que todos los individuos deben ser considerados de la misma manera no es compartida en aquellas sociedades en donde se tiende a privilegiar el "derecho" de las mayorías sobre el de las minorías.

Esto los ha llevado a rechazar, por decisión propia y no por la imposición de sus líderes, ciertos valores de la democracia liberal. En el mundo contemporáneo, el nacionalismo parece ser una fuerza más poderosa que el liberalismo.

71- Para esta descripción sobre el realismo, ver Gilpin, Robert, "The Richness of the Tradition of Political Realism", *International Organization,* vol. 38, nro. 2, 1984.

72- Tucídides. *Historia de la Guerra del Peloponeso*, México DF, Porrúa, 2003.

73- San Agustín. *La Ciudad de Dios*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992.

74- Waltz, Kenneth, *Theory of International Politics*, Reading, Addison-Wesley, 1979.

75- Existen, sin embargo, ocasiones en donde los realistas admiten que los Estados pueden aceptar a la nueva potencia. Esto suele ocurrir cuando la diferencia de poder es demasiado grande. Algunos de los casos mencionados son México ante Estados Unidos o Finlandia con la Unión Soviética.

76- Una teoría que trata de mejorar la de balance de poder es el balance de la amenaza. Esta afirma que la formación de alianzas depende del temor que el crecimiento en el poder de un Estado genera en otros. Los factores que explican este temor son la fortaleza de la potencia hegemónica, pero también su cercanía geográfica, sus intenciones ofensivas y sus capacidades ofensivas. Ver Waltz, Stephen, "Alliance Formation and Balance of Power", *International Security,* vol. 9, nro. 4, 1985.

77- Snyder, Jack. *Myths of Empire: Domestic Politics and International Ambitions*, Ithaca, Cornell University Press, 2013.

78- Para algunos autores fue la Guerra de Crimea entre 1853 y 1856, que enfrentó a Francia, Gran Bretaña y al Imperio Otomano contra Rusia, la que marcó el fin del Concierto. Otros sostienen que en realidad el Concierto de Europa se dividió en dos etapas: la primera, impulsada por el Congreso de Viena, entre 1815 y 1948, y la segunda, por Bismarck, entre 1981 y 1914.

79- Un punto que destacar es que, al igual que el orden liberal, estos sistemas son un ideal y nunca reflejaron totalmente sus principios. Algunos miembros del Concierto, por ejemplo, buscaron intervenir en otros países cuando consideraban que la forma de gobierno conservadora estaba en riesgo.

80- Ver, por ejemplo, Angell, Norman. *The Great Illusion*, CreateSpace, 2015.

81- Kant, Immanuel. *Sobre la paz perpetua*, Madrid, Tecnos, 1991. Para los distintos tipos de liberalismo, ver Jackson, Robert y Sorensen, Georg, *Introduction to International Relations: Theories and Approaches*, 3rd ed., Oxford, Oxford University Press, 2007.

82- Keohane, Robert y Nye, Joseph. *Power and Interdependence: World Politics in Transition*, Boston, Little, 1977.

83- Doyle, Michael. "Liberalism and World Politics", *American Political Science Review,* vol. 80, nro. 4, 1986.

84- Mearsheimer, John. "The False Promise of International Institutions". *International Security,* vol. 19, nro 3, 1995.

85- Grieco, Joseph. "Anarchy and the Limits of Cooperation: A Realist Critique of the Newest Liberal Institutionalism", *International Organization,* vol. 42, nro. 3, 1988.

86- Schmitt, Carl. *El concepto de lo político*.

87- Huntington, Samuel. *The Soldier and the State: The Theory and Politics of Civilmilitary Relations*, Cambridge, Harvard University Press, 1957.

88- Harari, Yuval Noah. *21 Lessons for the 21th Century*, Nueva York, Spiegel & Grau, 2018.

89- Chalmers, Malcom y otros. *Wars in Peace: British Military Operations since 1991*, RUSI, 2014.

90- Mearsheimer, John. *The Great Delusion: Liberal Dreams and International Realities*, New Haven, Yale University Press, 2018. También ver el trabajo de Stanley Hoffmann sobre este tema. Por ejemplo, Hoffmann, Stanley y Bozo, Frédéric, *Gulliver Unbound: America's Imperial Temptation and the War in Iraq,* Lanham, Rowman & Littlefield, 2005.

91- Un error similar cometieron los marxistas, con Trotski a la cabeza. Recordemos que cuando tuvo lugar la Primera Guerra Mundial, la mayoría de los partidos socialistas nacionales, lejos de fomentar la revolución del proletariado, apoyaron a sus respectivos países. Luego, Stalin gobernaría la Unión Soviética con una impronta nacionalista que Trotski, en busca de la revolución mundial, condenaría. Pero Stalin tan solo reflejaba los deseos de la población.

Quizás el principal cambio de política exterior que estableció Trump desde que llegó a la Casa Blanca es la centralidad que le ha dado a China.

Efectivamente, Washington parece asumir que Beijing no quiere formar parte del orden internacional que Estados Unidos y sus aliados comenzaron a establecer luego de finalizada la Segunda Guerra Mundial. Según las palabras de su vicepresidente Mike Pence, "Estados Unidos tuvo la esperanza de que la liberalización económica iba a llevar a que China se acercara más a nosotros y al resto del mundo. En cambio, China ha optado por la agresividad económica y ha vuelto aún más ambiciosas a sus ya poderosas fuerzas armadas". (92)

China, competidor militar, comercial y tecnológico

Es importante destacar que esta no es solamente la posición de la administración Trump, sino también de la mayoría de los demócratas y de una parte importante del *establishment* militar y económico de Estados Unidos. Si en el pasado las multinacionales estadounidenses defendían una estrategia de mayor colaboración con China, hoy desconfían de esta nación. Se quejan de los robos de propiedad intelectual que han sufrido y de las restricciones que Beijing les impone para operar en el país.

En definitiva, lo que estamos observando es el surgimiento de un nuevo consenso respecto de la necesidad de contener el crecimiento de un nuevo competidor militar, comercial y tecnológico.

Podría decirse que este proceso ya había comenzado durante la presidencia de Obama quien, además de enunciar el viraje de la política exterior estadounidense hacia Asia, tomó dos decisiones de suma importancia. La primera consistió en trasladar el 60

% del poder naval de Estados Unidos hacia Asia, y la segunda fue la de firmar un tratado comercial multilateral –el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica– que involucraba a prácticamente la totalidad de las economías asiáticas, pero excluía a China. Sin embargo, los conflictos en Europa y Medio Oriente eventualmente distrajeron a la administración de Obama y le impidieron poner en práctica esta estrategia.

Este intento de balancear el surgimiento de una nueva gran potencia es perfectamente entendible desde la perspectiva realista. Para entender esto, debemos detenernos a estudiar el trabajo de un profesor de relaciones internacionales de la Universidad de Chicago, John Mearsheimer, quien además de tener gran influencia en el campo académico, también es escuchado en Washington. (93)

La principal teoría realista de Mearsheimer asume que el principal objetivo de los Estados en el ámbito internacional es maximizar su propia seguridad y que para esto necesitan acumular poder. Según esta lógica, el mejor escenario posible para un Estado es convertirse en el poder hegemónico a nivel mundial. Esto le daría enorme seguridad, dado que nadie podría desafiarlo. Pero, en la práctica, esta meta no es factible. Las distancias geográficas, principalmente los mares, dificultan enormemente el traslado de poder militar a largas distancias.

La segunda mejor opción consiste entonces en convertirse en la potencia hegemónica de la región en donde el país se encuentra ubicado. Esto, sostiene Mearsheimer, es la estrategia que ha seguido Estados Unidos a lo largo de su historia y que comenzó a convertirse en realidad con la doctrina Monroe.

Para Mearsheimer, la gran ventaja estratégica de Estados Unidos consiste en que es la potencia hegemónica del hemisferio occidental (al estar rodeado por dos océanos y por Estados relativamente débiles, disfruta de gran seguridad) y que ningún otro

país ejerce el mismo tipo de control sobre su propia región. Esto es lo que le brinda a Washington seguridad y le permite actuar con relativa libertad.

Por lo tanto, a Estados Unidos le interesa que esta situación continúe siendo así. Si, por el contario, otro país logra posicionarse como potencia regional estaría en condiciones de destinar sus recursos para intervenir militar y políticamente a una escala global, poniendo fin a la ventaja estratégica que mantiene la potencia occidental. Para Mearsheimer y otros autores realistas, este marco teórico nos permite entender sus intervenciones militares en el exterior.

De esta manera, Estados Unidos participó en la Primera Guerra Mundial para evitar que Alemania se convirtiera en la potencia hegemónica de Europa, y en la Segunda para que Alemania y Japón no lo fueran de Europa y de Asia, respectivamente. La Guerra Fría fue, según esta lógica, un intento para impedir que la Unión Soviética dominara tanto Europa como Asia. La Primera Guerra del Golfo fue, por otro lado, un intento para evitar que Irak dominara el Medio Oriente.

Pero, como ya mencionamos. Estados Unidos también lideró operaciones que no respetaron esta lógica. Las de Siria, Vietnam y la segunda invasión de Irak habrían sido cruzadas producidas, según algunos realistas, por el intervencionismo militar de algunos liberales o el accionar de ciertos grupos de interés. Luego de finalizada la Guerra Fría, el número de intervenciones en el exterior se incrementó notablemente. Mientras que entre 1948 y 1991 Washington lideró 46 intervenciones militares, entre 1992 y 2017 este número saltó a 188. (94) Esto fue posible, en gran medida, debido al enorme poder que acumuló Washington tras el colapso de la Unión Soviética.

¿Qué rol juega el ascenso China en todo esto?

Lo primero que suelen señalar los realistas es la magnitud del cambio que está teniendo lugar. Si en 1995 Estados Unidos y sus aliados producían el 60 % del producto mundial (en términos de paridad de poder de compras), hoy tan solo producen el 40 %. Mientras que en 1995 su gasto en defensa equivalía al 80 % del total, actualmente es tan solo el 52 %.

¿Cómo ha quedado repartido el poder a nivel mundial? Repasemos algunos datos para tener una idea.

Según el FMI, la economía de China representa hoy en día el 18 % de la economía mundial, mientras que la de Estados Unidos es el 15 %. Los sigue la India con el 7,5 %. En el plano militar, el gasto de Estados Unidos es del 35 %, el de China un 13 % (pero creciendo fuertemente), y luego aparecen Rusia y Arabia Saudita con solo el 4 %. (95)

Aunque militarmente la diferencia entre Estados Unidos y China sigue siendo enorme, hay que recordar que, para estar en condiciones similares a las de Washington, Beijing no precisa competirle a escala global. Tan solo necesita dominar militarmente su propia región.

Lo importante de estos datos no es solamente lo cerca que se encuentran China y Estados Unidos sino las diferencias que existen entre ellos y el resto, lo que muestra que el sistema internacional está conformado por dos y no por muchas potencias. Otro de los datos que muestra la ventaja estratégica que disfrutan Estados Unidos y China es que, junto con Rusia, y debido a su extensión territorial, son los únicos países con armas nucleares que podrían sobrevivir un primer ataque nuclear. En términos estratégicos esto los coloca en una categoría distinta a las demás naciones.

Vivimos, en definitiva, en un mundo bipolar en donde el surgimiento de China como potencia pone en peligro la hegemonía estadounidense.

¿Cómo debería reaccionar Estados Unidos, según Mearsheimer, ante la amenaza que le presenta China? Respetando el principio realista del balance de poder, lo cual significa redirigir su poderío militar hacia Asia (balance interno) y formar o fortalecer alianzas con los otros países que se sienten amenazados por el surgimiento de China (balance externo).

Y, de hecho, esto es lo que viene pasando. Tanto los nuevos programas armamentísticos como la distribución de las fuerzas armadas de Estados Unidos en el mundo señalan a China como su mayor preocupación. Al mismo tiempo, los principales vecinos de China han respondido a su creciente poderío militar, principalmente en el mar de Asia, incrementando su gasto militar y estrechando lazos con Washington. Son los casos de Japón, Vietnam, Australia y Singapur, entre otros.

Si aceptamos la lógica que he presentado aquí, la política exterior de Trump comienza a tener sentido. La Casa Blanca se estaría posicionando en distintas regiones del mundo para enfrentar a China desde una posición de mayor fortaleza.

Tomemos el caso de Europa. Este continente jugó un rol central en la política exterior de Estados Unidos, no solamente debido a su importancia económica, sino también porque era el principal escenario de su disputa con la Unión Soviética. Es por este motivo que se estableció la OTAN. Pero con el crecimiento de China como potencia, la prioridad de Washington pasó a ser Asia y, por lo tanto, el rol de la OTAN ahora debe ser repensado. Trump, con mucha lógica, les demanda a los países europeos que destinen al menos un 2 % de su PBI para su defensa (Estados Unidos le dedica el 3,1 %).

Muchos realistas son particularmente críticos de la política exterior de Washington en lo que concierne a Rusia. (96) Para ellos, los conflictos con Moscú, como también los que tuvieron

lugar en Medio Oriente, fueron una distracción de la que ya era la principal amenaza estratégica: China.

Según esta visión, la expansión de la OTAN al Este de Europa en 1999 (Polonia, Hungría y República Checa) y luego a los países bálticos en 2004 fue una provocación innecesaria a Rusia.

La reacción del gobierno de Putin fue, por lo tanto, entendible: temió por la pérdida de la zona de influencia rusa y por la seguridad de su país. La posterior intervención de Occidente en los problemas domésticos de Ucrania, y la posibilidad de que este país se sumara a la OTAN, no hizo más que incrementar la incertidumbre. Esto terminó derivando en la intervención de Rusia en Ucrania en 2014. De esta manera, Estados Unidos perdió la posibilidad de sumar a Moscú a su intento por balancear el crecimiento de China.

En los últimos años, Trump ha intentado disminuir el grado de conflictividad con Rusia, aunque al hacerlo se ha enfrentado con una parte importante de la comunidad de política exterior estadounidense. Por otro lado, el presidente también anunció el retiro de tropas estadounidenses de Siria, mientras que su nueva doctrina de defensa nacional enfatiza que la competencia con otras potencias es la principal amenaza para el país.

Un punto que debemos tener en cuenta es que la competencia estratégica entre las grandes potencias no se limita únicamente a temas militares, sino que incluye también al comercio y a la tecnología.

Quizás el ejemplo más claro de esto haya sido el aumento de los aranceles a China que anunció Trump. De esta manera puso fin al estatus de "nación más favorecida", que el presidente Clinton le había otorgado al país asiático en 1993.

Detrás de esta medida parece existir un objetivo ambicioso: evitar que China termine implementando una política industrial que le permita posicionarse como líder en tecnologías como el

5G, el Big Data, la robótica y la inteligencia artificial. El programa Hecho en China 2025 busca, de hecho, alcanzar algunas de estas metas. (97) Pero de suceder esto, no solo se verán perjudicadas algunas empresas estadounidenses, sino que Washington podría poner en peligro su liderazgo militar.

Si tuviéramos que identificar un error estratégico por parte de Trump, este habría consistido en poner un fin a la participación de Estados Unidos en el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica. Es otro caso que muestra cómo la política comercial puede ser guiada por objetivos políticos de corto plazo.

El acuerdo buscaba fortalecer los lazos económicos y políticos que unen a Estados Unidos con sus principales aliados en Asia. La salida de Washington no ha hecho más que generarle una oportunidad a China, que ahora podrá incrementar su comercio en Asia y dificultar la formación de alianzas contrarias a sus intereses. China ya tiene su propia versión del tratado transpacífico y Xi ha dicho en reiteradas oportunidades que, contrariamente a lo que está haciendo Trump, quiere posicionar a su país como líder de la globalización.

Por último, cabe preguntarse si no es posible que Estados Unidos adopte una estrategia distinta a la que proponen los realistas. Mearsheimer no cree que esto sea posible.

En verdad, este país pudo cometer errores estratégicos luego de finalizada la Guerra Fría porque tuvo margen para hacerlo. Cuando un Estado no cuenta con rivales de peso similar, como lo fue Estados Unidos hasta hace poco tiempo, puede darse el lujo de intervenir en el exterior por cuestiones ideológicas. (98) Pero cuando existe una competencia estratégica con otra potencia, como sucede actualmente con China, la comunidad de política exterior no puede continuar violando por mucho tiempo más la lógica que le impone la nueva distribución del poder. (99)

Para Mearsheimer el costo de hacerlo, en términos de pérdida de seguridad, sería demasiado grande.

¿Qué implicancias prácticas tendría una política realista? De suceder lo que predice Mearsheimer, es posible que la elite estadounidense renuncie a su enfrentamiento con Rusia y comience a considerarla como un posible aliado en contra de Beijing. Al fin y al cabo, Rusia comparte frontera con China y, en principio, debería sentirse más amenazada por esta que por Washington.

Hasta ahora nos hemos limitado a describir la posición estadounidense, pero también resulta relevante comprender de qué manera piensa el mundo la dirigencia china.

En las últimas décadas los chinos han tendido a comportarse de manera realista. Lejos de confrontar con Estados Unidos, buscaron incrementar su poder y evitar conflictos que pudieran poner en riesgo su ascenso. Según declaraba Deng Xiaoping a fines de los 70, "no debemos ufanarnos de nuestro progreso". Y reafirmaría en 1989: "Cuanto mayor desarrollo alcancemos, más modestamente debemos comportarnos". (100) Esta fue la estrategia del ascenso pacífico, que comenzó con Deng pero siguió hasta, por lo menos, el gobierno de Hu Jintao.

Más allá de los discursos, el accionar de China también ha sido prudente. A partir de 1979 no participó en ningún conflicto militar y en Naciones Unidas ha intentado no utilizar el veto que le corresponde como miembro del Consejo de Seguridad.

Pero, como es entendible, al mayor poderío chino se le sumaron ambiciones en el plano internacional. El actual presidente, Xi, se ha mostrado más firme respecto de las pretensiones territoriales de su país, ha estado dispuesto a incrementar las tensiones diplomáticas con Japón y ha decidido militarizar algunas de las islas que están en disputa con otras naciones.

El discurso de los líderes chinos también se ha vuelto más nacionalista. Según Xi, su país fue la mayor potencia del planeta

durante un milenio, pero con "la Guerra del Opio de 1840, China fue llevada a las sombras que representaron años de conflictos domésticos y agresiones externas; su pueblo, destrozado por la guerra, no solo vio cómo su tierra sucumbía, sino que vivió en la pobreza y con desesperación". (101) Ahora es el tiempo de retomar su posición histórica.

Como parte de esta estrategia, China ha aumentado fuertemente su gasto militar, superando en los últimos años el crecimiento de su PBI. Beijing ha construido asimismo una flota de aguas profundas que le ha permitido expandir el área del Pacífico que controla militarmente. Su producción de buques de guerra a partir de 2014, medida en toneladas, ha superado las toneladas que tienen las flotas de Francia, Alemania, la India, España, Italia, Corea del Sur y Taiwán en su conjunto. (102) En 2017, Beijing también estableció en Yibuti, ubicado en el cuerno de África, su primera base militar en el extranjero.

Además de contar con varios submarinos nucleares capaces de transportar misiles de múltiples cabezas, China ya tiene dos portaviones activos y otro más en producción. Ha desarrollado armas supersónicas y una nueva generación de misiles balísticos que ponen en peligro el libre movimiento de los portaviones estadounidenses.

En el plano económico, China también se ha vuelto más asertiva. Washington afirma que *hackers* chinos se han infiltrado en sus redes de computadoras para obtener información en los sectores biotecnológicos, aeroespaciales, farmacéuticos y mineros. Como ya hemos mencionado, los *servers* de algunas empresas estadounidenses que operan en China habrían sido víctimas de espionaje comercial, mientras que Beijing, en violación de las normas de la OMC, les exigiría a las empresas extranjeras compartir su tecnología con socios locales.

Entre los años 2000 y 2016 el gasto en investigación y desarrollo se multiplicó por 10 y se encuentra en la actualidad en niveles similares a los de Estados Unidos y Europa. China está próxima a superar a Estados Unidos en cantidad de patentes científicas, mientras que algunos de sus departamentos de computación y ciencias aplicadas compiten de igual a igual con las mejores universidades de Occidente. Este es el caso de las prestigiosas universidades de Fudan, Beijing y la de Tsinhua. En definitiva, los progresos tecnológicos de China han sido enormes

Sin embargo, queda la duda de si una sociedad en la que existen restricciones al libre intercambio de opiniones puede realmente generar el tipo de creatividad que se necesita para innovar de la manera en que lo hace el sector privado en Estados Unidos. No debemos olvidarnos que, en este sentido, un solo científico, residente en China, ha obtenido el Premio Nobel.

En el plano multilateral, lejos de incorporarse plenamente a la red de instituciones y reglas que conforman el orden liberal, China ha optado por promover sus propias iniciativas. Entre ellas se encuentra una serie de bancos de desarrollo, siendo el Banco Asiático de Inversión e Infraestructura el más importante, que hoy en día ya brinda mayor asistencia financiera que sus contrapartes occidentales. Pero, sin lugar a duda, la principal de estas iniciativas es el Cinturón y la Ruta de la Seda. Este proyecto tiene por objetivo crear infraestructura alrededor del mundo, pero enfocándose principalmente en Eurasia.

No queda claro, sin embargo, cuál es el objetivo final de este proyecto. ¿Es una estrategia para colocar a China en el centro del comercio internacional y de las cadenas de valor o un *debt for equity swap* que le permitiría quedarse con la infraestructura que está financiando en otros países? ¿Con las nuevas rutas de comunicación busca disminuir su dependencia de la ruta marítima que pasa por el estrecho de Malaca y por la cual recibe gran parte del petróleo y de los alimentos que necesita desde el exterior?

También vale la pena mencionar la sofisticada estrategia de *soft power* que China está comenzando a implementar. El establecimiento por parte de Beijing de los institutos Confucio en el exterior tiene por objetivo promover la cultura china y presentar al país como un potencial aliado y no como una amenaza. Destina asimismo importantes subsidios para atraer estudiantes del extranjero (ya hay unos 500.000). Al mismo tiempo, financia y promueve la creación de aquellos *think tanks* que quieran trabajar con organizaciones chinas. Esta red ya ha alcanzado cierta relevancia en el este de Europa. (103)

Por lo que hemos descripto, podemos afirmar que hasta ahora tanto China como Estados Unidos se están comportando de la manera en que el realismo predice que deberían hacerlo. Pero si nos encaminamos hacia una competencia estratégica, ¿qué forma tendrá esta? Para responder a esta pregunta podemos comenzar comparándola con la que tuvo lugar durante la Guerra Fría.

Al igual que durante la Guerra Fría, quizás el mayor peligro que enfrenta el sistema internacional consistirá en que se produzca un conflicto militar entre las dos grandes potencias. (104) Como dijimos, la falta de certidumbre respecto del accionar de la otra parte puede desencadenar una serie de mecanismos que, en el peor de los casos, terminaría generando una guerra.

Esta posibilidad resulta particularmente cierta en Asia, ya que en este continente, además de diferencias culturales que tienden a incrementar los malentendidos, existen rivalidades ancestrales. Aún más, tanto Corea del Sur como Japón, Rusia, Vietnam, Taiwán y China reclaman la soberanía de islas que se encuentran en el Mar de la China, y Beijing, en particular, también demanda la soberanía de Taiwán. Existen, por lo tanto, numerosos focos de conflictividad.

Un primer motivo para ser optimistas respecto de la rivalidad entre las dos grandes potencias es la presencia de armas nuclea-

res. Estas, como ocurrió durante la Guerra Fría, limitan la posibilidad de que se produzca una gran guerra. (105) Efectivamente, un enfrentamiento directo entre dos potencias nucleares sería suicida y, por lo tanto, es poco probable que ocurra. Lo que sí puede suceder es que estos Estados intenten resolver sus disputas a través de proxys o, inclusive, dentro de otras naciones.

Una diferencia importante respecto de la Guerra Fría es que no parecen existir motivos para que el sistema económico internacional se divida en dos zonas de influencia con poca relación entre sí. Tanto China como Estados Unidos son países capitalistas y la lógica detrás de la expansión de las cadenas de valor a nivel internacional parecería seguir siendo válida.

Pero si el nivel de conflictividad sigue aumentando, es posible que las dos potencias busquen desarrollar sus propios bloques económicos. Esta acción, que tendería a dividir a la economía mundial en diferentes cadenas de valor, no solamente disminuiría el comercio y los flujos de inversiones, sino que bajaría la productividad en su conjunto.

Otra diferencia en relación con la Guerra Fría es que en esta disputa no encontramos un fuerte componente ideológico. En principio, esto debería ayudar a disminuir los niveles de incertidumbre.

En su disputa con Estados Unidos, China tiene una serie de ventajas en comparación con la antigua Unión Soviética. En primer lugar, la ideología de su gobierno no parece ser una barrera que le impida formar alianzas en otras regiones. Por el contrario, los soviéticos encontraron enormes dificultades a la hora de relacionarse con los países ubicados en Europa Occidental y en América Latina. La oposición del empresariado y de la Iglesia Católica, por citar dos casos, fue enorme porque el triunfo del comunismo hubiese implicado su desaparición. Esto no ocurre

con China, país que no se ha mostrado propenso a imponer su modelo de gobierno en el exterior.

A diferencia de lo que era la Unión Soviética, China es una verdadera potencia económica. Esto significa que puede competir directamente con Estados Unidos. Su economía no solo es grande, sino también compleja, capaz de sostener una base industrial, militar y científica de primer nivel. Podemos decir entonces que el desafío que Beijing le presenta a Washington es mayor que el que le presentaba Moscú.

Pero China también tiene ciertas debilidades que no pueden ser obviadas. A diferencia de la Unión Soviética, prácticamente no tiene experiencia de combate. Solo Rusia, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia e Israel poseen fuerzas armadas modernas que han participado regularmente en conflictos.

Esto quiere decir que el crecimiento del gasto militar chino no es una variable que, por sí sola, nos sirva para medir su verdadero poder militar. (106) Por ejemplo, pensemos lo difícil que resulta operar uno de los once portaaviones estadounidenses, algunos con capacidad para trasportar a seis mil personas. El aprendizaje que requiere hacerlo lleva décadas.

Otra debilidad de China es su falta de aliados. Mientras la Unión Soviética llegó a mantener alianzas con China, Cuba y los Estados del Este de Europa, entre otros países del mundo, el único aliado relevante que parece tener la potencia asiática es Pakistán. A esto debemos sumarle el hecho de que comparte frontera con diecinueve naciones.

Rusia y otros jugadores

Hasta ahora nos hemos centrado en analizar la que seguramente será la relación más importante del sistema internacional en las próximas décadas, pero esto no significa que debamos obviar el rol que jugarán otros Estados.

No hay dudas de que, en los últimos años, Rusia ha ganado protagonismo. Esto se debe en parte a su poder duro (explicado principalmente por su riqueza energética y sus capacidades militares) y a la habilidad de Putin y de la comunidad de seguridad rusa en general. Bajo el paraguas del combate híbrido, Rusia ha desarrollado una serie de tácticas que han resultado ser sumamente útiles a la hora de influir en el accionar de otros Estados.

Pero si realizamos una proyección, veremos que en unos años el poderío ruso probablemente no será significativo. Rusia tiene al fin y al cabo una economía relativamente pequeña y muy centrada en la producción de *commodities*. Sus instituciones son sumamente débiles, lo cual crea un ambiente de negocios poco propicio para la creación de riqueza. Demográficamente, Rusia es un país que está envejeciendo. Incluso sus fuerzas armadas tienen problemas para enlistar nuevos reclutas. De hecho, el problema demográfico es uno de los motivos por los que Putin impulsa un discurso favorable a las familias.

Las naciones de Europa Occidental también enfrentan numerosos desafíos. En primer lugar, debido a su baja tasa de crecimiento económico y a una tasa de natalidad que dificulta el sostenimiento de su generoso sistema de asistencia social.

Como ya hemos mencionado, la Unión Europea fue creada para cumplir con tres objetivos centrales: disminuir la conflictividad entre los Estados europeos que los había llevado a luchar dos costosas guerras; incrementar su competitividad económica mediante la creación de una zona de libre comercio, y fortalecer una alianza ante la amenaza soviética.

Con el paso del tiempo, sin embargo, el programa de unidad se terminaría convirtiendo en un proyecto de las elites liberales del continente. Estas soñaron la creación de una identidad europea capaz de superar a los nacionalismos de cada país. Pero esta idea terminó despertando un gran malestar social. Hoy podemos

afirmar que la versión más ambiciosa del proyecto europeo, la de una Europa federal, ha muerto.

Uno de los países europeos que más desafíos enfrenta en la actualidad es Gran Bretaña. Su salida de la Unión Europea le restará importancia estratégica, no solamente porque perderá el tipo de influencia que podía ejercer dentro de la Unión, sino porque ya no podrá cumplir el rol de puente entre Europa y Estados Unidos. De hecho, hace años que Estados Unidos parece considerar a Francia como su principal aliado europeo.

Pero, al igual que Francia, Gran Bretaña mantiene un importante poderío militar. Ambas naciones, a pesar de haber disminuido su gasto en defensa, poseen un arsenal nuclear, experiencia en combate y las capacidades necesarias para trasladar sus fuerzas armadas al exterior. Estos países preservan asimismo la influencia que les brinda ser miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Alemania, por otro lado, tiene una economía mayor y más dinámica que las de sus vecinos. En los últimos años ha evitado los déficits fiscales y ha podido incrementar las exportaciones, mejorando en el proceso su sistema educativo. En el frente externo, Berlín se ha posicionado como uno de los principales defensores del multilateralismo y de aquellas instituciones que lo hacen posible. El caso más emblemático en este sentido quizás sea el de la Unión Europea, pero algo similar ocurre con el G20 y con las organizaciones internacionales que fomentan la colaboración económica entre los Estados.

Quizás el principal problema que enfrenta Alemania en términos de política exterior sea lo poco que invierte en su defensa. Berlín le destina a esta área menos del 3 % de su gasto público total. Hasta 1990, su ejército estaba en condiciones de tener, a los pocos días de ser movilizadas, una docena de divisiones armadas listas para combate. En el mejor de los casos, hoy puede

tener una. Este nivel de desinversión es uno de los motivos que explica por qué Alemania, una de las cinco mayores economías del mundo, no puede ser considerada una potencia global.

Al igual que Europa, el Medio Oriente ha perdido importancia estratégica para Estados Unidos. Esto no solo se debe al crecimiento de Asia, sino también al desarrollo de una serie de innovaciones que le han permitido a la potencia occidental incrementar notablemente su producción de petróleo y gas. Por lo tanto, Washington ya no necesita tener una gran presencia militar aquí para asegurarse la provisión de hidrocarburos. Y si a esto le sumamos las dificultades que le significó ocupar Irak, podemos asumir que la presencia activa de sus fuerzas armadas en la región parece poco probable.

Dentro de Medio Oriente también parece primar la lógica realista. La amenaza que Irán representa para algunos de sus vecinos ha incentivado la creación de una alianza tácita entre países tan diferentes como Israel y las monarquías del Golfo. La defensa del interés nacional, más que las divisiones musulmanas entre chiitas y sunitas o el enfrentamiento por el futuro del pueblo palestino, es lo que mejor explica las acciones de los Estados.

Si hay un Estado que puede llegar a rivalizar con Estados Unidos y China es la India. No solo porque está próximo a convertirse en la nación más poblada del planeta, sino porque su tasa de crecimiento comienza a superar a la del gigante asiático. En el plano diplomático, una de las razones por las cuales su rol será cada vez más importante es porque puede llegar a establecer una alianza con Estados Unidos para balancear, de esta manera, el ascenso chino. Una de las prioridades de Beijing seguramente será evitar que esto ocurra.

El papel de Japón, la tercera economía del mundo, es más claro. Este país es efectivamente uno de los que se siente más amenazado por el creciente poderío de China. El discurso nacionalis-

ta de Abe, su primer ministro, ha sido acompañado por una política exterior más firme y una política de defensa que busca darle mayor liberad de acción a sus fuerzas armadas. Su mayor desafío quizá consista en revertir la disminución de su población debido a la baja tasa de natalidad. Este es un fenómeno que complica tanto a la salud de su economía como a su seguridad.

Si bien América Latina (con la posible excepción de Cuba) nunca ha sido un escenario central de la política internacional, en los próximos años quizá gane relevancia debido a que, al igual que Estados Unidos, forma parte del hemisferio occidental. En efecto, no hay motivos por los cuales China no busque intervenir en el patio trasero de Estados Unidos de la misma manera en que Washington lo hace en Asia. Y la compatibilidad comercial de las economías de China y las del Cono Sur vuelven este escenario aún más probable.

La dinámica política dentro de esta región en parte estará determinada por la actitud que adopte Brasil. Históricamente este país buscó consolidarse como una gran potencia regional para, de esta manera, ocupar un lugar en la misma mesa de negociaciones de las grandes potencias.

Su incansable búsqueda por un lugar permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas es tan solo un ejemplo de esto. Como parte de esta estrategia, Brasilia ha intentado, con la creación de organizaciones como la UNASUR, separar a América del Sur de América Central. De esta manera ha intentado alejar de su zona de pertenencia a México, segunda economía de la América Latina y posible rival estratégico.

A nivel global, Brasil ha intentado mantener un alto nivel de autonomía respecto de Estados Unidos. Pero con la llegada de Bolsonaro al poder, parece haber variado de estrategia buscando restablecer la sólida relación que tuvo con Washington durante las dos guerras mundiales.

Es de esperar que la Argentina, que junto con Brasil y México es uno de los tres Estados más relevantes de América Latina, siga manteniendo buenas relaciones económicas y políticas con Brasil, pero evitando al mismo tiempo la subordinación a la política exterior de su principal vecino. Es probable entonces que Buenos Aires se oponga a la sudamericanización de la región, hecho que la condenaría a ser la segunda de Brasil y, al alejarla de México, le quitaría flexibilidad diplomática a la hora de formar alianzas.

La globalización y sus desafíos

Cualquier análisis sobre la situación internacional no puede dejar de mencionar la evolución del proceso de globalización.

La gradual liberalización del flujo internacional de bienes, servicios, personas e ideas permitió que el comercio internacional pasara de representar el 39 % del PBI global en 1990, al 58 % en 2018. Esto fomentó el crecimiento de la productividad de la economía mundial, y en especial el de China, y posibilitó, según el Banco Mundial, que más de mil millones de personas dejaran la pobreza en los últimos veinticinco años. El porcentaje de la población mundial que se encuentra bajo la línea de la pobreza extrema pasó de ser el 36 % en 1990 al 10 % en 2015. (107)

De todas maneras, en la actualidad la globalización enfrenta una serie de desafíos. El primero tiene que ver con su desaceleración. En efecto, el intercambio comercial a nivel mundial parece haberse estabilizado, pasando de haber representado el 61 % del PBI mundial en 2008 al 58 % de la actualidad. Observamos una tendencia similar en otras áreas. Las inversiones de largo plazo entre países cayeron de un 3,5 % del PBI global en 2007 a un 1,3 %, mientras que los préstamos internacionales dados por bancos pasaron del 60 % en 2006 al 36 %. (108)

Esta tendencia en parte se debe a la imposición de medidas proteccionistas, pero principalmente al agotamiento que ha al-

canzado la globalización en lo que se refiere al comercio de bienes –el intercambio de datos, por otro lado, se ha acelerado–. Varios fenómenos lo explican. Los costos que tiene transportar bienes entre países han dejado de caer a la velocidad que lo hicieron durante décadas. Por otra parte, la mayoría de los países ya redujeron las tarifas de importación a niveles muy bajos, dejándoles poco margen para incrementar aún más el intercambio comercial a través de esta vía.

El planeta, en cierto sentido, ya está globalizado. Hace años que las multinacionales han establecido las cadenas de valor en el mundo. Es más, algunas de las ventajas comparativas que justificaron este proceso están desapareciendo. Hoy es más barato producir en México y luego exportar a Estados Unidos que hacerlo desde China. Efectivamente, los costos de la mano de obra en China han aumentado fuertemente en los últimos años. Finalmente, tecnologías como el 3D han reducido los costos que tiene producir localmente.

El segundo desafío consiste en el aumento de la desigualdad que se observa dentro de ciertos países. El trabajo de economistas como Thomas Piketty y Branko Milanovic ha mostrado que la riqueza generada por la globalización no ha beneficiado a todos por igual.

Milanovic señala que si bien la globalización ha tendido a disminuir la desigualdad a nivel global, debido principalmente al mayor nivel de vida que alcanzaron los habitantes de China y la India, terminó perjudicando a las clases medias de Occidente. Esto, sumado al explosivo aumento del ingreso del 1 %, y en particular el 0,1 %, más rico de estas sociedades, ayuda a explicar la desigualdad dentro de numerosos países. (109)

Thomas Piketty, un economista francés que en los últimos años ha ganado gran influencia, se concentró en estudiar la evo-

lución de la distribución de ingreso dentro de los países desarrollados. (110)

Su conclusión, luego de documentar una importante suba en la desigualdad, es que cuando el crecimiento del retorno de capital es mayor que el de la economía en general, la desigualdad termina aumentando. Esta es en su opinión la tendencia natural del capitalismo. Y solo fue interrumpida, e incluso revertida, en Occidente debido a la destrucción de la riqueza que provocaron las dos grandes guerras y la depresión de 1929. La otra razón que explica este fenómeno es que luego de terminada la Segunda Guerra Mundial, estas economías experimentaron un gran crecimiento, mayor incluso que el de las tasas de retorno del capital.

Al igual que Harari, Piketty considera que la solución a muchos de los problemas que enfrenta la humanidad debe ser global. En el caso de la desigualdad, esta consistiría en crear un impuesto a la riqueza en todos los países para que, de esta forma, los ricos no pueden migrar (ellos mismos o sus capitales) hacia países con menor presión impositiva. Este impuesto consistiría en un porcentaje fijo que se cobraría todos los años sobre el patrimonio de los ciudadanos más acaudalados.

La visión de Piketty no es compartida por todos los economistas. Algunos de sus colegas encuentran las causas de la desigualdad en la presencia o ausencia de instituciones inclusivas o en el proceso de automatización de la producción industrial, con la consiguiente disminución de los salarios de los trabajadores que realizan trabajos repetitivos. (111) Asimismo, y como ya hemos discutido, el acceso a la educación de calidad habría quedado reservado a las elites, lo cual tendió a incrementar la brecha de ingresos. Para otros economistas, lejos de mejorar la calidad de vida de los ciudadanos, las medidas propuestas por Piketty no solo disminuirían las tasas de crecimiento de las economías, sino que también desalentarían la innovación.

Pero, independientemente de cuál sea la solución, la realidad es que si la desigualdad dentro de algunas naciones centrales continúa creciendo, el rechazo social que esto puede producir terminará poniendo en riesgo la sustentabilidad de la globalización.

El futuro de la globalización también dependerá de los avances tecnológicos, ya que la relación entre estos siempre ha sido estrecha. Por ejemplo, el simple uso de los contenedores de cargas permitió, al bajar los costos de transporte, incrementar fuertemente el comercio internacional. Internet, por otro lado, facilitó la expansión de las cadenas de valor hasta alcanzar prácticamente todos los rincones del planeta.

Según Richard Baldwin, la nueva etapa de la globalización se centrará en los servicios. (112) La aparición de nuevas tecnologías como la inteligencia artificial y las traducciones simultáneas permitirá, como sucedió en una etapa previa con la producción de manufacturas, contratar servicios en cualquier lugar del mundo.

Si bien esto será positivo en el largo plazo, ya que incrementará la productividad y generará nuevos empleos, en el corto puede producir un *shock*. Efectivamente, existirá un desacople entre la eliminación de los viejos trabajos y la aparición de los nuevos. Esta vez el cambio perjudicaría, principalmente, a trabajadores occidentales de clase media que tienen un nivel educativo relativamente alto.

Por último, y como bien sostienen los liberales, incrementar los niveles de colaboración entre las naciones será clave a la hora de combatir uno de los mayores males que enfrenta la humanidad: el cambio climático. La firma del Acuerdo de París en 2015 significó en este sentido un hito importante, ya que demostró que la comunidad internacional estaba dispuesta a adoptar medidas concretas que permitiesen disminuir la emisión de gases de efecto invernadero. En parte, esto fue posible gracias a la eviden-

cia científica que muestra que si la temperatura promedio a nivel mundial supera los dos grados centígrados, respecto de los niveles previos a la industrialización, enfrentaríamos un escenario catastrófico.

El otro avance positivo ha sido el accionar de China, el mayor emisor a nivel mundial. Gracias a la adopción masiva de energías renovables, en los últimos años este país se ha sumado con gran ímpetu a este proceso.

Pero ahora el desafío se ha incrementado debido al retiro de Estados Unidos del acuerdo. Esto, sumado a nuevos estudios que muestran que la situación es aún más grave de lo que se suponía, ha generado un escenario que solo podrá ser revertido mediante la colaboración de todas las naciones.

92- Casa Blanca, "Declaraciones del vicepresidente Michael Pence sobre la política de Estados Unidos hacia China", 4 de octubre de 2018.

93- Para su principal obra, ver Mearsheimer, John. *The Tragedy of Great Power Politics*, Nueva York, Norton, 2001.

94- Duffy Toft, Monica. "Why is America addicted to Foreign Interventions?", *The National Interest*, 11 de diciembre de 2017.

95- Instituto Internacional de Estudios para la Paz de Estocolmo, *Base de datos de gasto militar*.

96- Lieven, Anatol. "The Dance of the Ghosts: A New Cold War with Russia Will Not Serve Western Interests", *Survival,* vol. 60, nro. 5, 2018.

97- Como gesto de buena voluntad hacia EE.UU., en medio del conflicto comercial entre ambos países, China eliminó el nombre del programa, pero sus metas siguen en pie.

98- Mearsheimer. *The Great Delusion,* cit.

99- Para una visión crítica del *establishment* de política exterior estadounidense, ver Walt, Stephen, *The Hell of Good Intentions: America's Foreign Policy Elite and the Decline of U.S. Primacy*, Nueva York, Farrar, Strauss & Giroux, 2018.

100- Xiaoping, Deng. *Deng Xiaoping's Selected Works,* vol. 3, Beijing, Renmin chubansche, 1993.

101- Xi Jinping. Discurso dado en el 19º Congreso Nacional del Partido Comunista, 18 de octubre de 2017.

102- Childs, Nick y Waldwyn, Tom. "China's Naval Shipbuilding: Delivering on its Ambition in a Big Way", *Military Balance Blog*, 1 de mayo de 2018.

103- Este proceso contrasta con el de Estados Unidos, que en los últimos años ha disminuido el gasto en este tipo de actividades.

104- Además del trabajo de Mearsheimer, para esto también ver Allison, Graham. *Destined for War: Can America and China Escape Thucydides's Trap?,* Nueva York, Houghton, 2017.

105- Waltz, Kenneth. *The Spread of Nuclear Weapons: More May Better*, Adelphi Papers nro. 171, International Institute for Strategic Studies, 1981.

106- De hecho, uno de los mayores peligros que enfrenta Asia es la posibilidad de que China quiera en algún momento iniciar una "pequeña" guerra para que sus militares ganen experiencia y prueben sus nuevos sistemas de armas.

107- Jolliffe, Dean y Lugo, María Ana. *Poverty and Shared Prosperity 2018: Piecing Together the Poverty Puzzle*, Washington DC, Banco Mundial, 2018.

108- "Globalisation has Faltered", *The Economist*, 24 enero de 2019.

109- Milanovic. *Global Inequality*.

110- Piketty, Thomas. *El capital en el siglo XXI*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 2014.

111- Para un influyente trabajo sobre la necesidad de contar con instituciones política y económicamente inclusivas para alcanzar el desarrollo, ver Acemoglu, Daron, y Robinson, James, *Por qué fracasan los países*, Buenos Aires, Ariel, 2013.

112- Baldwin, Richard. *The Globotics Upheaval: Globalization, Robotics, and the Future of Work*, Oxford, Oxford University Press, 2019.

EL CONSERVADURISMO POPULAR Y LAS RELACIONES INTERNACIONALES

En este capítulo discutiremos de qué manera el surgimiento del conservadurismo popular está afectando las relaciones entre Estados. Efectivamente, lejos de focalizarse únicamente en la política doméstica de los países, los principales referentes de este movimiento también comparten una visión similar acerca de a cuál debería ser política exterior de sus naciones. Esta visión es mayormente realista.

Esta afirmación no debería sorprendernos dado que, como ya he explicado, existe una relación muy estrecha entre la visión conservadora y la realista. Ambas son pesimistas respecto de la posibilidad de modificar la realidad y, además, consideran que el nacionalismo continúa jugando un rol muy importante en las sociedades.

La novedad que presenta el conservadurismo popular en relación con la tradición conservadora es el ya mencionado rechazo a las elites liberales y multiculturales. Esta característica no hace más que reforzar sus tendencias más realistas. En efecto, los conservadores populares no solo se oponen a las intervenciones liberales que han tenido lugar durante los últimos años porque dañan el equilibrio de poder o la autonomía de las naciones, sino porque además son liberales.

Los lineamientos centrales de la política exterior del conservadurismo popular pueden encontrarse en algunos extractos de los discursos pronunciados por el Presidente de Estados Unidos:

> […] a partir de este momento Estados Unidos siempre va a estar primero. Vamos a buscar la amistad y la buena voluntad con las naciones del mundo, pero vamos a hacerlo

con la convicción de que todas las naciones tienen el derecho a defender su propio interés. (113)

[…] No esperamos que los países compartan las mismas culturas, tradiciones o incluso el mismo sistema de gobierno. Pero sí esperamos que todas las naciones defiendan estos dos deberes soberanos fundamentales: respetar los intereses de su propio pueblo y los derechos de cualquier nación soberana. Esta es la hermosa visión de esta institución, y estos son los cimientos para la cooperación y el éxito. (114)

[…] No vamos a abandonar a este país y a su gente a la falsa promesa del globalismo. El Estado nación continúa siendo la verdadera fundación para la felicidad y la armonía. Soy escéptico de las uniones internacionales que restringen nuestro accionar y terminan deteniendo nuestro progreso. (115)

Este tipo de discurso también es compartido por algunas de las principales fuentes intelectuales del conservadurismo popular.

Houllebecq no solo se opone a la pérdida de soberanía de Francia en manos de la Unión Europea, sino que también defiende la política exterior de Trump. Considera que esta ha logrado poner fin a una serie de intervenciones militares que habían intentado imponer la democracia liberal en otros países. Pero ante todo elogia el hecho de que el presidente de Estados Unidos haya antepuesto el interés de su nación sobre otro tipo de consideraciones. (116)

La rivalidad con China también es impulsada por otro de los principales ideólogos del conservadurismo popular. Bannon señala que "la confrontación con China es política, cultural, informacional y económica. Es una confrontación entre grandes poderes" y "el Partido Comunista Chino ha utilizado todas las

fuerzas de las que dispone su sociedad en contra de nosotros y hasta ahora nuestra respuesta había sido muy tibia. Con Trump, todas las fuerzas del gobierno finalmente están siendo utilizadas para enfrentar a China". (117)

La oposición de los conservadores populares a las Naciones Unidas y a otros organismos internacionales no se debe únicamente a su deseo de preservar la soberanía de sus países, sino que también se explica por el hecho de considerar que las burocracias de estos organismos han adoptado la agenda progresista y que buscan imponerla en otras naciones.

En definitiva, la relación entre el conservadurismo popular y el realismo parece muy clara. Pero, más allá de las palabras, ¿cómo ha afectado la llegada de este movimiento a las relaciones internacionales?

Lo primero que ha hecho es debilitar a las instituciones internacionales. Como los conservadores populares son nacionalistas, tienden a desconfiar de aquellos organismos multilaterales o supranacionales que pueden restringir el accionar de sus Estados.

El ejemplo más claro de esto quizás sea el de Trump, que no solo sacó a su país del Acuerdo de París, sino que también renegoció acuerdos comerciales y de defensa. La mayoría de los conservadores populares en Europa quieren que sus países abandonen la Unión Europea o que, por lo menos, esta les devuelva a los Estados miembros gran parte de sus responsabilidades. Las autoridades chinas y brasileras, por otra parte, suelen rechazar los acuerdos que puedan restringir su accionar. Durante su campaña presidencial, Bolsonaro inclusive mencionó la posibilidad de abandonar las Naciones Unidas.

Los gobiernos conservadores populares tampoco se han mostrado propensos a promover, por la razón o la fuerza, sus sistemas de gobierno en el exterior. Su principal preocupación parece ser la preservación de la soberanía y la defensa de los intereses

nacionales. Por otro lado, intentan alcanzar estos objetivos a través del balance de poder y la estabilidad del sistema internacional.

Tomemos el caso de Rusia. En los últimos años, Moscú ha intentado reconstruir la que históricamente había sido su zona de influencia. Lo primero que hizo para lograrlo fue oponerse a la expansión de la OTAN. Las autoridades rusas también han promovido acuerdos comerciales con sus vecinos y han construido gasoductos para volverlos más vulnerables al accionar ruso. Pero Putin no parece querer exportar una revolución, como sí intentaron hacer algunos de sus antecesores comunistas.

Otro ejemplo de realismo es la política exterior de Hungría y Polonia. Estos países, que han disfrutado de tasas de crecimiento económico superiores a las de las naciones de Europa Occidental, no dudan en enfrentarse diplomáticamente con París y Berlín. En ese sentido, han demandado que las instituciones europeas reflejen esta nueva relación de poder y que la Unión Europea se abstenga de tratar de imponer valores que no son aceptados por sus sociedades.

De un orden liberal a un orden conservador: ventajas y desventajas

Dada la magnitud de los cambios que estamos observando, tanto en la política doméstica como en el sistema internacional, podemos preguntarnos si no estamos a las puertas de un nuevo orden. Si el orden liberal tuvo lugar durante una época en donde prevaleció la unipolaridad y el liberalismo, es posible que un futuro orden adopte las características del conservadurismo popular. ¿Cómo podría ser, entonces, este nuevo orden?

Para empezar, en gran medida este será definido por las dos grandes potencias: China y Estados Unidos. Al ser este un sistema bipolar en donde, a diferencia de lo que ocurrió durante la

unipolaridad, las disputas por la seguridad jugarán un rol central, es de esperar que estas no ideologicen demasiado su política exterior. Primará, por el contrario, el realismo.

Este orden quizá se asemeje al del Concierto de Europa. Puede ser que las potencias que lo conformen sean realistas en su política exterior y no busquen involucrarse en los asuntos internos de otros países. Si la tendencia actual continúa, también es de esperar que muchos de los gobiernos sean conservadores. Estaríamos, por lo tanto, a las puertas de un orden conservador.

Un orden como este tendría ventajas y desventajas. Entre las primeras podemos mencionar la estabilidad. La falta de actores con agendas ideológicas e intervencionistas les permitiría a los gobernantes predecir con mayor facilidad el comportamiento de otros Estados. Esto disminuiría los niveles de incertidumbre, evitando así conflictos innecesarios.

Por otra parte, la lógica realista de los conservadores populares seguramente también acelere la confrontación estratégica entre China y Estados Unidos. Esto puede llevar a que en los próximos años Washington adopte una estrategia de "balance a la distancia", tal como proponen muchos realistas. Es decir, que la gran potencia focalice su atención en el hemisferio occidental y se involucre militarmente únicamente en las regiones que son vitales para sus intereses (Asia y, en menor medida,
Europa y el Medio Oriente), y cuando los países de la región no sean capaces de contener por sí mismos una potencial amenaza. Sin embargo, en la mayoría de los casos deberán ser los propios países de la región los responsables de proveerse su seguridad. (118)

Por otro lado, también es posible que China continúe incrementando su influencia internacional y busque posicionarse definitivamente como la potencia hegemónica de Asia. Como parte del esfuerzo para balancear el ascenso de China, también es de

esperar el mencionado acercamiento entre Estados Unidos y Rusia.

Debido a la menor importancia estratégica que en la actualidad tienen para Estados Unidos el Medio Oriente y Europa, debemos también esperar que Washington continúe retirando sus tropas de esas regiones y, por lo contario, fortalezca su presencia en Asia. Como consecuencia de esto, los europeos y algunos Estados de Medio Oriente tendrán que comenzar a destinar más recursos para su defensa. En el caso de Europa en particular, es probable que la Unión Europea continúe perdiendo influencia y comience a ceder algunas de sus responsabilidades a los Estados miembros. Lo que hoy está claro es que el proyecto de una Europa federal ha llegado a su fin.

Otra de las consecuencias que puede tener un orden conservador es la pérdida de influencia de aquellas instituciones multilaterales que, para su buen funcionamiento, necesitan que las naciones cedan soberanía. Además de la Unión Europea, este proceso perjudicará a las Naciones Unidas, a la OMC y a la Corte Internacional de Justicia. El caso del G20 es, sin embargo, diferente.

Al consistir en un encuentro regular entre funcionarios, el G20 no pretende quitarles soberanía a los Estados. Por el contario, parece querer revivir algunas de las prácticas realistas del Concierto de Europa. En el mejor de los casos, podría ayudar a disminuir los niveles de incertidumbre y la falta de entendimiento.

En el plano económico, Beijing seguramente continuará con sus esfuerzos para reformar las instituciones que regulan la economía mundial y, cuando no logre hacerlo, promoverá nuevos arreglos institucionales.

Por otro lado, en principio, el capitalismo y la globalización no parecerían estar en riesgo. Los beneficios que trae el libre co-

mercio son demasiado importantes como para ponerle un fin a un proceso que ha incrementado la productividad de la economía y sacado de la pobreza a millones de individuos. Aquellos países que adopten un modelo autárquico perderán riqueza y, con esta, poder político. Lo que si puede suceder es que los Estados implementen ciertas medidas proteccionistas puntuales y pongan límites más estrictos a los flujos inmigratorios. Como hemos visto, esta es una la de las medidas que algunos conservadores populares proponen para mejorar los ingresos de los sectores que se vieron perjudicados por la globalización.

Por otro lado, las grandes potencias buscarán negociar de manera bilateral. Esto generará inconvenientes, porque esta práctica perjudica especialmente los intereses de los países pequeños y medianos. En cambio, es probable que los más poderosos se beneficien, ya que podrán ejercer su poder sin las limitaciones que les imponen las negociaciones multilaterales.

Como ya hemos dicho, el peor escenario posible, desde el punto de vista económico, consistiría en que Beijing y Washington establezcan sus propios bloques económicos. Desarrollarían así sus propias cadenas de valor e incentivarían los flujos de inversión entre los Estados miembros de cada bloque. Si bien esta estrategia podría tener sentido desde el punto de vista político, terminaría generando un gran daño a la economía global.

Por último, se volverá más difícil luchar contra el cambio climático. Puede suceder que los Estados, y en particular las grandes potencias, se muestren cada vez más reacios a ceder el tipo de autonomía que se necesita para avanzar rápidamente en esta tarea.

Para concluir, nos estaríamos dirigiendo hacia un sistema internacional en donde, por un lado, podría haber menos conflictividad debido a la finalización de algunas de las cruzadas ideológicas que en las últimas décadas fomentaron una serie de conflic-

tos innecesarios. Pero al mismo tiempo, este nuevo orden conservador, debido al realismo de sus actores, terminaría facilitando la competencia estratégica entre Estados Unidos y China, siendo estas potencias las que podrían intentar resolver sus disputas en la periferia, incentivando así el inicio de nuevos conflictos.

Dependiendo de la fuerza que tenga cada uno de estos dos fenómenos, nos tocará vivir en un mundo más o menos pacífico del que tuvo lugar durante el orden liberal.

El liberalismo progresista no desiste

Pero la alternativa del orden conservador no es la única. Los liberales progresistas continúan creyendo que a través de la colaboración es posible alcanzar un ideal. Efectivamente, un incremento en el número y en la profundidad de las instituciones multilaterales, la expansión de la democracia liberal y una mayor interacción económica y social entre las sociedades nos permitirían vivir en un mundo mejor. Esto es lo que pregonan líderes como Trudeau y Macron.

Algunos autores liberales consideran que el orden liberal continuará jugando un rol positivo por muchos años más y cuestionan fuertemente la visión presentada por el realismo. Robert Kagan, que se define a sí mismo como un liberal intervencionista, presenta una serie de argumentos que deben ser tomados en cuenta. (119)

En su opinión, el orden liberal que ha predominado luego de la Segunda Guerra Mundial –que trajo consigo progreso económico y paz entre las grandes potencias– no es producto de un accidente, sino el resultado del esfuerzo de numerosos líderes. Además de liderazgo, estos fueron capaces de ofrecer soluciones creativas y generar apoyo popular para estas iniciativas.

Si Estados Unidos deja de defender el orden liberal, como parecen querer algunos realistas, aquellos Estados que hasta ahora

habían evitado expandirse, por temor a las represalias que la comunidad internacional les pudiera imponer, comenzarán a hacerlo. Por tomar un caso, para Kagan el accionar agresivo de la Rusia de Putin no se debe al dilema de seguridad que habría provocado la expansión de la OTAN al Este de Europa, sino a los deseos de una sociedad que quiere volver a ocupar el rol de potencia mundial. En este, como en otros tantos casos, solo la presencia de un Estados Unidos dispuesto de intervenir en el exterior para defender el orden liberal podría limitar este tipo de ambiciones.

Kagan también sostiene que no debemos descalificar al intervencionismo liberal por los errores que se cometieron en Irak y Afganistán. No hay que olvidar que luego de la Segunda Guerra Mundial, Washington logró que Alemania y Japón comenzaran a comportarse como actores responsables del sistema internacional. Sus deseos expansionistas dejaron lugar a la búsqueda del progreso económico. En definitiva, a cambio de aceptar el liderazgo de Estados Unidos, estas sociedades obtuvieron seguridad.

Pero incluso si dejamos de lado estos ejemplos, Kagan sostiene que un país puede equivocarse por actuar cuando no debería haberlo hecho, pero también puede equivocarse al dejar de actuar cuando esto es necesario. Por lo tanto, los errores por omisión (que acompañarán a la estrategia de balance a la distancia que proponen algunos realistas) pueden ser igual o más dañinos que los que produjo Estados Unidos cuando intervino militarmente en otros países. Por ejemplo, ¿cómo va a hacer Washington para prevenir males mayores, como pueden ser los ataques terroristas o un enfrentamiento entre potencias regionales, si no cuenta con bases militares alrededor del mundo?

Otro tema fundamental para Kagan es Alemania. (120) El autor sostiene que este país dejó de provocar crisis internacionales recién cuando se logró establecer un orden liberal que le permitió enfocarse en el crecimiento económico y dejar de lado el ex-

pansionismo militar. Pero este caso exitoso podría desaparecer si alguno de los elementos que permitieron su desarrollo deja de existir.

Estos elementos fueron, como ya hemos dicho, la seguridad que le brindó Washington a Berlín, pero también un sistema de libre comercio que le permitió incrementar sus exportaciones, una ola democrática que se expandió por toda Europa y la reducción en los sentimientos nacionalistas. Si el orden liberal llega a su fin, y con este los elementos mencionados, no debemos descartar la posibilidad de que Alemania vuelva a convertirse en un problema, ya que es un país demasiado grande para permitir el buen funcionamiento del balance de poder en Europa.

Uno de los mayores referentes de la escuela liberal de relaciones internacionales, Joseph Nye, también enfatiza el importante rol que juega en la actualidad el orden liberal y las instituciones multilaterales que lo conforman. (121)

Sin este, y sin la presencia de Estados Unidos como su principal garante, se volvería sumamente difícil preservar los bienes colectivos que las naciones necesitan para mantener su bienestar. ¿Quién, si no Washington, puede asegurar, gracias al poder de su armada, la libre navegación de los mares de la que depende el libre comercio? ¿Quién sería el prestamista de última instancia que asegure el buen funcionamiento del sistema financiero internacional? Por otra parte, Nye también duda de que China esté dispuesta a eliminar un orden internacional que le permitió, en el pasado reciente, desarrollarse de manera exitosa.

Pero, si este fuese el caso, Nye duda sobre las capacidades que tiene China para poner fin al orden liberal. El tamaño de su economía no sería el que indican las autoridades en Beijing, al paso que el Estado asiático tampoco contaría con el "poder blando" necesario para lograr que otros Estados se comporten de la manera en que este quiere. (122)

El mayor problema que enfrenta la visión liberal es que, más allá de algunas objeciones puntuales, todo parece indicar que la distribución de poder a nivel mundial está cambiando rápidamente. Esto significa que, por más que los estadounidenses estuviesen dispuestos a seguir pagando el costo que implica liderar un orden liberal (algo que no es seguro), probablemente ya no tendrán los recursos ni el poder necesarios para hacerlo.

En resumen, vivimos en un mundo en el que conviven al menos dos grandes potencias, y en el cual la política doméstica de numerosos Estados ya no parece reflejar el espíritu liberal que prevaleció luego de la caída de la Unión Soviética. Estos factores dificultan la existencia de un orden liberal que parece estar llegando a su fin.

113- Trump, Donald. Discurso inaugural, 20 de enero de 2017.

114- "Transcipt: Donald Trump's Foreign Policy Speech", *The New York Times*, 27 de abril de 2016.

115- Ídem.

116- Ver, por ejemplo, Houellebecq, Michel. "Donald Trump Is a Good President", *Harper's Magazine*, enero de 2019.

117- Mitchell, Tom y Liu, Xinning. "The American Hawks Circling Berlin", *Financial Times*, 7 de diciembre de 2018.

118- Mearsheimer, John y Walt, Stephen. "The Case for Offshore Balancing", *Foreign Affairs*, vol. 96, nro. 4, 2016.

119- Kagan, Robert. *The Jungle Grows Back: America and Our Imperiled World*, Nueva York, Knopf, 2018. Otros libros que defienden tesis similares son Daalder, Ivo y Lindsay, James, *The Empty Throne: America's Abdication of Global Leadership*, Nueva York, Public Affairs, 2018 y Lévy, Bernard-Henri, *The Empire and the Five Kings: America's Abdication and the Fate of the World*, Nueva York, Henry Holdt and Co., 2019.

120- Kagan, Robert. "The New German Question: What Happens When Europe Comes Apart*?", Foreign Affairs*, 2 de abril de 2019.

121- Nye, Joseph. "Will the Liberal Order Survive?", *Foreign Affairs,* enero/febrero de 2017.

122- Sobre el menor tamaño de la economía china, ver "China GDP overtated by 12 %, research finds", *Financial Times*, 7 de marzo de 2019.

Esta parte del libro es la más personal de todas. Es el resultado de las frustraciones que he sufrido luego de vivir las crisis económicas, sociales y políticas por las que ha atravesado mi país, la Argentina.

Hoy, esta nación sufre de una serie de males que pocos analistas habrían pensado posible un siglo atrás. En ese entonces era una de las diez naciones más ricas del planeta, recibía a millones de inmigrantes europeos (más que cualquier otro país del mundo en relación con la población nativa) y había logrado establecer un sistema educativo que le proveía una formación de calidad a gran parte de su población. Sus universidades educaron a tres premios Nobel en ciencias y Buenos Aires era, y en cierta medida continúa siendo, la capital cultural del hemisferio sur.

Pero luego de décadas de decadencia, el panorama es hoy muy diferente. La Argentina sufre de una baja calidad institucional. En este sentido, el rasgo más preocupante quizá sea el estado de un sistema judicial que, debido a la arbitrariedad con la que actúan ciertos jueces, ha dejado de ser considerado confiable por gran parte de la población.

El país también ha sido incapaz de revertir un déficit fiscal estructural que no solo ha debilitado a su moneda, sino que también ha encarecido el financiamiento de empresas a las que, como si esto fuera poco, se les ha aplicado una de las cargas impositivas más asfixiantes del mundo. Como resultado de esto, y del proteccionismo comercial, su economía ha perdido productividad. Mientras tanto, el Estado creció en tamaño, pero perdió su capacidad para cumplir funciones básicas, como son la provisión de seguridad y educación a sus ciudadanos. La situación social se ha vuelto sumamente preocupante, ya que más del 30 % de la población se encuentra bajo la línea de pobreza.

Existen numerosas hipótesis que tratan de explicar la declinación de la Argentina. Para algunos las causas pueden encontrarse

en la pérdida de la democracia liberal, en la implementación de medidas populistas o, por el contrario, en la aplicación de políticas aperturistas y en la violación sistemática de las libertades individuales.

Cada una de estas hipótesis suele estar acompañada por una fecha emblemática que marcaría el quiebre. Para algunos, las causas del declive ya estaban presenten durante los festejos del primer centenario de la Revolución de Mayo en 1910. Otros consideran que la decadencia comenzó con la ruptura del orden constitucional en 1930 y otros la marcan con la llegada del peronismo al poder en 1946. Desde la izquierda se sostiene que la fatídica fecha fue el año 1976, cuando asumió el último gobierno militar y se aplicó una "política económica liberal".

Pero, más allá de cuándo comenzó este proceso, lo cierto es que existió. Resulta difícil encontrar otros ejemplos de naciones que hayan pasado del desarrollo al subdesarrollo, especialmente si consideramos que durante el último siglo la Argentina no estuvo involucrada en conflictos internacionales de importancia, como fueron las dos guerras mundiales, ni sufrió desastres ecológicos.

Mi tesis es que la principal causa que explica la decadencia argentina se debe a la falta de elites gobernantes. La crisis de la Argentina es, en definitiva, también una crisis de sus elites. Este vacío dirigencial –empresario, político e intelectual– ha llevado a que la sociedad argentina deba vivir cada vez más dependiente de la coyuntura y deje de considerar factores de tipo estratégico. De hecho, hoy quedan pocos actores que sean conscientes de la importancia que el pensamiento estratégico tiene para el bienestar futuro del país.

¿Cómo se relaciona la experiencia de la Argentina con el conservadurismo popular? La historia reciente de este país debe servir de advertencia respecto de lo que puede sucederle a una so-

ciedad cuando sus elites gobernantes son marginadas, tal como muchos conservadores populares pretenden, sin que una mejor dirigencia tome su lugar.

ÉXITOS Y FRACASOS DE LAS ELITES ARGENTINAS

Cuando un argentino piensa en las elites de su país suele retrotraerse a la denominada Generación del 80, aquella camada de políticos e intelectuales que gobernó el país entre 1880 y 1916. (123)

Esta fue la época en que la Argentina disfrutó su mayor crecimiento, los años en que entraron al país una enorme cantidad de inmigrantes y de capitales europeos. En ese entonces, no solo se exportaron desde Buenos Aires grandes cantidades de granos, cueros y carnes, sino que también se consolidó un sistema de educación pública y una red de infraestructura que, gracias a sus puertos, ferrocarriles y ciudades, se transformó en una de las más modernas del planeta.

Roca, Pellegrini y otras figuras clave

El principal líder político de esta generación fue el general Julio Argentino Roca, presidente de la Nación en dos ocasiones (1880-1886 y 1898-1904).

Un año antes de ser elegido presidente por primera vez, el joven general lideró una campaña en la Patagonia y en la Pampa argentina que le permitió a la República asegurarse el control y la soberanía de enormes extensiones de tierra. Como político, Roca conformó una alianza entre los gobernadores del interior para generar la estabilidad que el país necesitaba para alcanzar el desarrollo económico. Entre otras medidas, unificó la moneda, impulsó la educación obligatoria, gratuita y laica, y logró consolidar un Ejército Nacional. Luego de décadas de conflictos internos, estas iniciativas ayudaron a fortalecer el Estado central.

Otras figuras clave de esta generación fueron Carlos Pellegrini quien, durante su breve presidencia, logró sacar al país de una seria crisis económica por la que atravesó en 1890, y una camada

de pensadores que, más allá de sus diferencias, compartían una meta común: el mantenimiento del orden y la modernización del país.

Pero la Generación del 80 fue posible gracias a la Generación del 37, un grupo de intelectuales que pensó la Argentina posible. (124) Entre sus miembros más destacados se encontraban Juan Bautista Alberdi, el pensador y político que más influiría en la redacción de la Constitución Nacional de 1852; el presidente, educador y gran escritor Domingo Faustino Sarmiento, y los escritores Esteban Echeverría y Marcos Sastre.

La principal tarea que se impusieron los miembros de la Generación 37 consistió en sentar las bases políticas e intelectuales que permitieran poner fin a la anarquía que hasta ese entonces había caracterizado a la joven República. Se buscó educar a la población, fomentar la civilización y ponerle un fin a la barbarie.

A diferencia de la anterior generación de intelectuales y políticos, la mayoría de sus miembros eran pragmáticos y estaban dispuestos a adaptar los ideales liberales a las realidades históricas y culturales que definen a las naciones rioplatenses. De hecho, y más allá de la contraposición entre barbarie y civilización, en obras como *Facundo* se detecta una clara empatía por el pueblo. (125)

Una figura central de esta generación –y que también encontramos, pero en menor medida, en la del 80– es la del intelectual político. Aquel intelectual que no solo reflexionaba sobre un ideal, sino que se enfrentaba en debates acalorados, comunicaba sus ideas a través de libros y periódicos, y estaba dispuesto a ocupar cargos públicos.

Dado su aprecio por lo intelectual, no debe extrañarnos que las elites argentinas hayan sido sumamente fructíferas en el plano cultural. No solo incorporaron a sus filas a escritores como Sarmiento o Leopoldo Lugones, sino que durante su última etapa

ellas mismas fueron capaces de producir escritores como Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Victoria Ocampo, todos miembros de familias tradicionales.

Pero, ¿qué tipo de representación política tuvieron las elites argentinas?

Políticamente, la Generación del 80 se nucleó alrededor del Partido Autonomista Nacional (PAN). Todos los presidentes entre 1880 y 1916 pertenecieron a este partido, agrupación que fue capaz de articular las diferencias existentes (principalmente entre las elites de Buenos Aires y las del interior) sin por ello abandonar un proyecto de país.

En una primera etapa las clases dirigentes argentinas también fueron más diversas de lo que se suele suponer. Además de liberales, entre sus filas había socialistas, radicales, positivistas y católicos. (126) Un ejemplo de esto es la relativa tolerancia que la clase dirigente tuvo con los socialistas, en clara contraposición con su oposición a los anarquistas. En 1904, el político y profesor universitario Alfredo Palacios fue electo primer diputado socialista del continente americano. Las transcripciones de los debates parlamentarios de aquella época también muestran la riqueza del intercambio de opiniones.

Esta diversidad también se observa en el origen de sus miembros. Si bien las clases dirigentes argentinas estaban compuestas, en su mayoría, por miembros de familias patricias de origen español, también encontramos hombres de origen más humilde. No hay que olvidarse que Sarmiento fue autodidacta y provino de una provincia pobre y lejana como en ese entonces era San Juan. En el ámbito económico, la expansión de la frontera agrícola facilitó la aparición de emprendedores sin conexiones sociales. Con el paso del tiempo, la nueva clase comercial también pasó a formar parte de la clase dirigente.

Esta capacidad para incorporar a algunos de los mejores miembros de la sociedad quizá sea uno de los motivos que explique el relativo éxito que la clase dirigente argentina tuvo para mantenerse en el poder durante tantas décadas.

En términos de su relacionamiento con el mundo, los miembros de las elites veían a Europa como el modelo a seguir. En este sentido, los miembros de la Generación del 37 fueron influenciados por el iluminismo y el movimiento romántico europeo. Su norte era Europa, aunque Sarmiento también sentía una enorme admiración por Estados Unidos, país al que visitó siguiendo los pasos de Tocqueville y en donde, años después, sería embajador. Ya siendo presidente, Sarmiento adoptó para la Argentina el modelo de educación pública que conoció allí. (127)

A fines del siglo XIX y principios del XX, las relaciones de la Argentina se volvieron sumamente estrechas con Gran Bretaña en el plano económico, con Francia en el cultural y con Alemania en el militar (principalmente en el caso del Ejército).

En líneas generales, la Argentina tuvo una política exterior estable y realista. Esto le permitió al país resolver muchas de las disputas limítrofes que mantenía con sus vecinos y comenzar a jugar un rol importante en la resolución de conflictos entre otras naciones. Por ejemplo, la mediación que realizó en la Guerra del Chaco le permitió al canciller Carlos Saavedra Lamas obtener un premio Nobel de la Paz.

La Argentina también supo ser proactiva e impulsar iniciativas como fue la alianza ABC (Argentina, Brasil y Chile) de Roca. El poder económico, político y militar que alcanzó la Argentina en aquellos años fue tal que Buenos Aires buscó equilibrar la influencia que Washington ejercía en los asuntos hemisféricos. (128) De esta manera, nuestro país logró boicotear varios de los intentos de Estados Unidos por establecer organismos panamericanos y se opuso a varias de sus intervenciones en la región.

(129) Estas diferencias diplomáticas, sin embargo, nunca derivaron en conflictos más serios. Prevaleció la prudencia.

Pero, ¿qué fue lo que permitió el surgimiento y luego la consolidación de esta clase dirigente?

Un factor clave fue la generación de confianza. Si el exilio terminó acercando a muchos de los miembros de la Generación del 37, los líderes de la Generación del 80 se habían conocido desde jóvenes en algunas de las instituciones que crearon lazos de confianza y una visión común de país. Entre estas organizaciones podemos mencionar a clubes sociales como el Jockey Club, el Círculo de Armas y el Club del Progreso, pero también a las tertulias intelectuales y a instituciones educativas como el Colegio de Concepción de Uruguay y la Universidad de Buenos Aires. Desde aquí surgieron numerosos intelectuales, políticos y empresarios.

Ciertos hechos traumáticos también jugaron un rol. Recordemos en este sentido que muchas familias dirigentes participaron de la Guerra del Paraguay (1865-1870). No solo el presidente Bartolomé Mitre dejó la Casa Rosada para comandar los ejércitos de Argentina, Brasil y Uruguay, sino que el futuro presidente Sarmiento perdió a su hijo en combate, como también lo hizo el vicepresidente (y en aquel momento a cargo del Ejecutivo) Marcos Paz. Roca, su padre y hermanos también participaron de la guerra, donde murió Celedonio, hermano del futuro presidente.

La segunda presidencia de Roca, Sáenz Peña y luego Yrigoyen

Desde luego, sería un error idealizar a las clases dirigentes argentinas de fines del siglo XIX y principios del XX. Un primer motivo es porque con el paso del tiempo, estas comenzaron a cerrarse cada vez más en sí mismas. Por ejemplo, el acceso de los

mejores miembros de la sociedad a las elites gobernantes se volvió menos frecuente.

¿Hubo algún momento en que esta incipiente decadencia de la dirigencia pudo haberse revertido? Un período clave quizás haya sido la segunda presidencia de Roca. (130)

En estos años fracasaron una serie de iniciativas que podrían haber ayudado a modernizar a las elites y al país en general. Entre ellas se encuentran las elecciones por distritos, un modelo similar al sistema electoral británico, una nueva ley de enseñanza práctica y la reforma de la legislación laboral propuesta por el jurista y político conservador Joaquín V. González. Este proceso de transición también fue dificultado por la muerte en 1906 de Pellegrini, un líder conservador reformista.

Ya en 1910 quedaba claro que la dirigencia del PAN no había sido capaz de interpretar las necesidades de una sociedad que, dada la masiva llegada de inmigrantes, el progreso económico y la modernización, era totalmente distinta a la de 1880. Por ejemplo, las restricciones que impuso a la participación de distintos sectores sociales alejaron a muchos ciudadanos de la actividad política. Estos la consideraban una farsa.

Efectivamente, durante este período faltó competencia política. Y esto llevó a que se produjeran numerosos intentos revolucionarios encabezados por la Unión Cívica en un inicio y luego por la Unión Cívica Radical, partido que también optó por la abstención electoral, quitándole así legitimidad al régimen político.

En esos momentos, el PAN estaba dividido respecto de las políticas que debía llevar adelante. Los sectores más reacios, encabezados por el propio Roca, querían continuar con un sistema cerrado, mientras que los reformistas, en los que militaba el presidente Roque Sáenz Peña (1910-1914), querían darle mayor legitimidad al sistema de gobierno. Por este motivo, estos últimos

trabajaban en pos de una apertura política y por el establecimiento de comicios libres. De hecho, fue el propio Sáenz Peña quien, en 1912, impulsó la aprobación del voto obligatorio y secreto, una reforma que en aquel entonces fue considerada poco ambiciosa.

En las elecciones presidenciales de 1916 triunfó el radical Hipólito Yrigoyen quien, de esta manera, puso un fin al orden conservador. A partir de esa fecha, el declive de las elites argentinas continuó siendo gradual hasta que, con la llegada del peronismo, tomó fuerza.

En un comienzo, varios de los dirigentes más importantes del radicalismo fueron miembros de las elites. Sin ir más lejos, el principal rival interno de Yrigoyen, Marcelo T. de Alvear, que gobernó el país entre 1922 y 1928, pertenecía a una de las familias patricias más conocidas.

La llegada al poder del radicalismo tampoco alteró notablemente la vida económica y social del país. Si bien se ampliaron los derechos civiles, se decidió mantener una política económica y exterior que, si bien más nacionalista que las anteriores, continuaba los lineamientos centrales de aquellas que las elites habían establecido décadas atrás.

Pero ya a fines de los años veinte, durante el segundo mandato de Yrigoyen, una parte significativa de la clase dirigente optó por retomar al poder a través de los fraudes electorales o los golpes militares. Este período, que duró hasta 1944, mostró a una clase dirigente con serias dificultades para ampliar su base de apoyo popular, algo que las elites en Gran Bretaña habían logrado gracias a la modernización, tanto del partido conservador en general como de su discurso en particular. (131)

Otra novedad de estos años fue la creciente fragmentación de las elites y de la dirigencia argentina en general. Los consensos alcanzados en el plano económico y en la política exterior, que

tantos beneficios le dieron al país, comenzaron a deshacerse, en parte, como consecuencia de la crisis del 29.

Uno de los errores estratégicos más grave que la Argentina y sus elites cometieron durante este período fue el mantenimiento de la neutralidad del país a lo largo de la Segunda Guerra Mundial. La Argentina le declaró la guerra a Alemania cuando faltaban unos pocos días para que esta finalizara. (132)

La neutralidad de la Argentina fue percibida por Estados Unidos como un desafío directo a sus intereses, razón por la cual luego de la guerra se encargaría de imponerle duras sanciones. (133) Brasil, por lo contrario, supo sumarse a la contienda del lado de los aliados a pesar de que su *estado novo* era más corporativista y cercano al fascismo que el argentino. Esto fue posible porque contó con una elite más pragmática, capaz de adaptarse a los tiempos y obtener concesiones de Washington.

Con la llegada de Juan Domingo Perón al poder en 1946, gran parte de la elite optó por confrontar al nuevo gobierno. Una vez finalizado este proceso, y ya agotadas, se alejarían del manejo de los asuntos públicos.

El primer peronismo puede interpretarse como un antecedente del conservadurismo popular que observamos en nuestros días. Perón, que tenía en el sindicalismo a su principal base de poder, denunció a las clases dirigentes y a la oligarquía terrateniente en particular, por la falta de voluntad que, supuestamente, tuvieron para defender los intereses del pueblo. Dejó de lado la tradición liberal y secular, optando por consolidar muchas de las reformas favorables a la Iglesia Católica que había implementado el gobierno militar que el mismo Perón había integrado a partir de 1943.

Al igual que los conservadores populares, Perón buscó quitarle el apoyo electoral a la izquierda. Intentó, asimismo, mejorar los ingresos de los trabajadores a través de un mayor grado de

proteccionismo y fortaleció el poder presidencial, restringiendo en el proceso algunas de las garantías y derechos constitucionales.

En retrospectiva, la posición que las elites adoptaron durante el peronismo parece haber sido excesivamente rígida. Sus prejuicios las llevaron a descalificar al experimento peronista en su conjunto, incluyendo una agenda social que en parte era necesaria.

En efecto, esta confrontación les impidió a las clases tradicionales ejercer cierta influencia sobre el Gobierno y de esta manera evitar, o al menos paliar, algunos de los aspectos más negativos del primer peronismo. Las llevó, asimismo, a perder el poco apoyo popular que les quedaba. En definitiva, y como está ocurriendo en tantos otros países en la actualidad, perdieron la capacidad de entender las necesidades del ciudadano medio.

Para concluir, lo que aparentemente había sido una victoria de las elites en su disputa con Perón, con su salida del poder en 1955, en realidad fue una derrota. A partir de ese entonces ya no influirían de manera significativa en la sociedad.

Pero más allá de este último período de declive, cabe preguntarse qué capacidad tuvieron las clases gobernantes del PAN a la hora de representar los valores e intereses de la población.

Las recomendaciones de Alberdi respecto de la necesidad de buscar una síntesis en lugar de aplicar fórmulas abstractas que no reflejan las realidades locales fueron ignoradas en gran medida. Por ejemplo, combatir o ignorar las tradiciones hispanas y católicas del país o no prestar suficiente atención a aquellos sectores de la sociedad que se sentían excluidos, fue generando un resentimiento que eventualmente surgió a la superficie de manera traumática.

Golpes, *defaults*, inflación y empobrecimiento

Con la desaparición de las elites gobernantes, la Argentina comenzó a vivir de crisis en crisis. La estabilidad institucional fue descontinuada. A partir de los 40, tuvieron lugar cinco golpes de Estados. A esto debemos sumar los constantes cambios en la composición en la Corte Suprema, tanto a través de ampliaciones en el número de jueces como a pedidos de renuncia a sus miembros, y las modificaciones en la Constitución Nacional para permitir, entre otros motivos, la reelección presidencial. Debido a las sospechas de corrupción, el sistema judicial argentino es hoy una de las instituciones menos respetadas por la población. (134)

En el plano económico, la Argentina se volvió conocida por sus exorbitantes tasas de inflación y por sus reiterados *defaults* de la deuda pública. El país, por ejemplo, no solo dejó de pagar sus obligaciones en 2001, sino que poco tiempo después, durante el mandato de Néstor Kirchner, manipuló las cifras de inflación para, de esta manera, disminuir el peso de la deuda. Por otra parte, el proteccionismo y la falta de inversiones impidieron el surgimiento de una industria competitiva, mientras que, a partir de los años 40, el campo fue víctima de constantes regulaciones y cambios en las reglas de juego.

Como resultado de esto, y de tantos otros males, hoy la economía argentina perdió competitividad, sus ciudadanos resignaron ingresos y, más grave aún, apareció un núcleo de pobreza estructural que, con leves cambios, abarca a un tercio de la población. (135)

Los datos de crecimiento económico son en este sentido muy claros. Entre 1948 y el 2011 la Argentina creció al 1,8 % anual, mientras que entre 1974 y 2011 lo hizo al 0,8 %. (136) La Argentina es, según el Banco Mundial, el segundo país del mundo,

después del Congo, que más tiempo ha pasado en recesión entre 1950 y 2016. (137) Pocos países han tenido una performance económica tan pobre.

En parte estos fracasos se debieron al alto grado de anarquía que encontramos en la Argentina, consecuencia lógica de la falta de elites. Ya a mediados de los 60, en su obra *Los que mandan*, el sociólogo José Luis de Ímaz señalaba la falta de una clase dirigente en la Argentina. (138)

Más que una clase dirigente, lo que encontraba eran personas que actuaban de manera individual, con poca o nula comunicación con los dirigentes de otros sectores. De Ímaz sostenía que no había un grupo de individuos que "concertadamente conduzca a la comunidad, la dirija en vista a la obtención de determinados fines, al alcance de ciertos logros, se rija por marcos normativos más o menos similares…". (139)

Por el contrario, la Argentina parece haberse convertido en un juego de suma cero en donde los distintos grupos de interés se disputan recursos cada vez más escasos. Estos jugadores no son solo políticos, sino también empresarios, sindicalistas e intelectuales.

Con cada crisis, lo urgente termina imponiéndose sobre lo importante. Las consideraciones de largo plazo son dejadas de lado debido a la necesidad de avanzar sobre otro y obtener así ganancias inmediatas. La lógica amigo-enemigo que emerge de este proceso les impide a los futuros dirigentes desarrollar las habilidades que necesitarán más adelante para negociar y alcanzar acuerdos políticos. Los posibles puentes son constantemente destruidos y la falta de comunicación no hace más que generar desconfianza.

Efectivamente, en circunstancias como estas, la construcción de confianza entre los líderes de distintos sectores, y el desarrollo

de una visión común, se vuelve una tarea prácticamente imposible.

Con el paso del tiempo, el mismo concepto de elites gobernantes fue desapareciendo del debate público. Mientras que los sectores liberales y conservadores se alejaban de la política (delegando en militares, economistas o empresarios la tarea de representar sus intereses y valores), el resto del espectro político tendió a denigrar el concepto de clase dirigente.

Muchos dirigentes justicialistas, radicales y liberales progresistas comenzaron a asociar el concepto de elite con el de oligarquía, ignorando el importante rol que las clases dirigentes han jugado en el desarrollo de los países. Quizá, como parte de este proceso, la figura del político intelectual, que había jugado un rol tan importante durante la etapa de mayor desarrollo del país, también fue desapareciendo.

A continuación estudiaremos la situación actual de Argentina para mostrar el daño que la falta de elites gobernantes puede causar a las políticas públicas en general y, en particular, a aquellas que se relacionan con el bienestar y la seguridad de las sociedades en el largo plazo.

123- Botana, Natalio. *El orden conservador: la política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994 y Alonso, Paula, *Jardines secretos, legitimaciones públicas*, Buenos Aires, Edhasa, 2010. Sobre las elites en la Argentina, ver Losada, Leandro, *Historia de las elites en la Argentina: desde la conquista hasta el surgimiento del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

124- Botana, Natalio y Gallo, Ezequiel. *De la república posible a la república verdadera (1880-1910),* Buenos Aires, Emecé, 2007.

125- Sarmiento, Domingo F. *Facundo*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso, 2018.

126- Ver, Zimmermann, Eduardo. *Los liberales reformistas: la cuestión social en la Argentina 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

127- Sarmiento, Domingo F. *Viajes por Europa, África y América 1845-47*, Fondo de Cultura Económica, 1994.

128- Para la historia de la política exterior argentina, ver Escudé, Carlos y Cisneros, Andrés. *Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 2000.

129- Lanús, Juan Archibaldo. *Aquel apogeo,* Buenos Aires, Emecé, 2001.

130- Agradezco a Rosendo Fraga por esta observación.

131- No debemos, sin embargo, asumir que este período fue completamente negativo para la Argentina. Al fin y al cabo, este país fue uno de los primeros en recuperarse de la crisis de 1929 y hasta mediados de los 40 su crecimiento económico fue más que respetable si lo comparamos con el de las potencias. Por otro lado, algunas iniciativas puntuales, como el Plan Pinedo de 1940, prueban que seguía habiendo dirigentes comprometidos con el bienestar del país y capaces de pensar de manera estratégica.

132- La mala suerte también jugó un rol en la neutralidad argentina. Los tres políticos que podrían haber articulado una coalición mayoritaria a favor de los aliados murieron entre 1942 y 1943. Ellos fueron Agustín Justo, Marcelo de Alvear y Julio Roca, hijo

133- Escudé, Carlos. *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina, 1942-1949*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1983.

134- Latinobarómetro, "Informe 2018", 2018.

135- Para un repaso de la historia económica argentina, ver Cortés Conde, Roberto, y Della Paolera, Gerardo, *Nueva historia económica argentina*, Buenos Aires, Edhasa, 2018 y Gerchunoff, Pablo y Llach, Lucas, *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, Buenos Aires, Crítica, 2015.

136- Gechunoff, Pablo. "La pregunta infinita: ¿Cuándo se jodió la Argentina?", *Clarín*, 7 de abril de 2019.

137- Quiroga, Annabella. "Reyes de la crisis: Argentina es el país que estuvo más tiempo en recesión después del Congo", *Clarín*, 17 de mayo de 2019.

138- De Ímaz, José Luis. *Los que mandan*, Buenos Aires, Eudeba, 1964. El marco teórico sobre el que se sostiene el libro de Ímaz en parte refleja las ideas del pensador italiano Gaetano Mosca.

139- Ídem, p. 236.

Uno de los motivos por los cuales la ausencia de una clase dirigente afecta a los temas estratégicos es porque estos no suelen afectar la vida cotidiana de los individuos y, por lo tanto, no suelen despertar su interés. Si no hay una dirigencia dispuesta a pensar y sostener estas políticas a lo largo del tiempo, difícilmente alguien más lo haga.

Las oportunidades perdidas

Para comprobar esto, repasemos lo que ha ocurrido en la Argentina en tres temas clave: política exterior, defensa y educación.

Las circunstancias internacionales le son relativamente favorables a la Argentina. En parte esto se debe a que el país está en condiciones de preservar un alto grado de autonomía, lo cual significa que puede tomar decisiones por cuenta propia. ¿Cómo se explica esto?

Por un lado, porque no depende de un gran socio económico que pueda imponerle sanciones o restringir su accionar. A diferencia de países como México, que envía aproximadamente el 75 % de los productos de exportación a Estados Unidos, la Argentina tiene una matriz comercial altamente diversificada. Su principal socio comercial, Brasil, recibe menos del 25 % de sus exportaciones.

Más importante aún, la Argentina no enfrenta ninguna amenaza directa a su seguridad y geográficamente se encuentra lejos de los principales focos de conflictividad internacional. No tiene, por lo tanto, la necesidad de ceder soberanía a cambio de la protección que podría brindarle una gran potencia.

Además de libertad de acción, la Argentina también cuenta con un gran potencial económico. Los valores de los *commodities* que exporta seguramente continuarán aumentando en los próxi-

mos años debido a la mayor demanda de las clases medias de China y la India.

El país cuenta con una de las mayores reservadas de gas y petróleo no convencional del planeta y con un sector agrícola sumamente eficiente. La presencia de empresas como la estatal INVAP, productora de satélites y reactores nucleares, y de numerosas firmas de *software* muestra que la Argentina tiene la capacidad para competir exitosamente en el rubro tecnológico.

El escenario regional también es positivo para la Argentina. La histórica rivalidad entre Brasil y México por el liderazgo latinoamericano le brinda a Buenos Aires la posibilidad de asumir mayor protagonismo.

Podría, por ejemplo, posicionarse como un puente capaz de acercar las posiciones de Brasil con las de los Estados del Pacífico (México, Chile, Perú y Colombia, entre otros). Este rol, que algún día podría culminar en una unión comercial, le brindaría a Buenos Aires beneficios políticos y económicos. (140) Al mismo tiempo, el hecho de que la Argentina tenga la capacidad para convertirse en un articulador de intereses en la región, la vuelve atractiva para las grandes potencias, especialmente para Estados Unidos.

En definitiva, si la Argentina no ha logrado desarrollarse no es por culpa del sistema internacional, sino porque no ha sido capaz de aprovechar las numerosas oportunidades que el mundo le brinda.

Las inestables relaciones internacionales

Un punto clave en este sentido ha sido la incapacidad del país para mantener a lo largo del tiempo una clara estrategia de inserción internacional. Efectivamente, para ser exitosas estas estrategias deben ser impulsadas por las instituciones gubernamentales,

pero también por las organizaciones de la sociedad civil. Estas últimas deben educar a la sociedad y asesorar a los funcionarios durante la toma de decisiones.

Con la llegada de Cambiemos al poder, la Argentina hizo algunos progresos. Su estrategia ha consistido en intentar desarrollar buenas relaciones con todos los países con los que esto sea posible para, de esta manera, atraer inversiones e incrementar el comercio. (141) Todas estas deben de ser prioridades para un país subdesarrollado como la Argentina.

Pero si bien en líneas generales esta estrategia es correcta, necesita un mayor grado de sofisticación.

Un primer problema en este sentido es la tendencia a entender la política exterior como un mero medio para atraer inversiones. Efectivamente, prácticamente la totalidad de la dirigencia argentina tiende a ignorar las realidades que las relaciones de poder les imponen a los Estados. La Argentina parece ser un país de idealistas en un mundo de realistas, y esto la ha llevado a ignorar muchas de las oportunidades y de los riesgos que le presenta el sistema internacional.

Varios ejemplos ilustran este fenómeno. Durante el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, China instaló un observatorio espacial que depende de sus fuerzas armadas. En un escenario de creciente tensión entre Beijing y Washington, como el que hemos descripto en el capítulo anterior, esta decisión tiene implicancias que no pueden ser ignoradas, tal como ya lo han hecho saber las autoridades estadounidenses.

La Argentina, sin embargo, tomó esta decisión sin haber considerado los riesgos que tiene convertirse en un escenario de disputa entre Estados Unidos y China. De hecho, evitar que esto suceda es uno de los mayores desafíos que enfrentará la política exterior del país en el mediano plazo.

Esta falta de sofisticación también se nota en las relaciones bilaterales que la Argentina mantiene con las potencias. En estas relaciones, el país más pequeño debe tener la agenda más proactiva y creativa. ¿Qué puede la Argentina obtener de Estados Unidos? Si la agenda se basa simplemente en resolver solo algunos problemas puntuales, como son la entrada de ciertos productos al mercado estadounidense, los beneficios para la sociedad argentina serán limitados.

La Argentina continúa siendo uno de los países más proteccionistas del mundo. Si tonamos el valor de las exportaciones e importaciones como porcentaje del producto bruto interno, veremos que es una de las que menos comercia. En 2016, con un 26,1 %, era la cuarta más cerrada (detrás de Sudán, Pakistán y Brasil). (142)

Buenos Aires no solo carece de acuerdos de libre comercio significativos, sino que la unión aduanera de la que forma parte junto a Brasil, Paraguay y Uruguay, el Mercosur, con el paso del tiempo se ha transformado en un instrumento para aislarse del mundo en vez de uno que le sirva para integrarse con otras naciones. En definitiva, en vez de aprovechar sus ventajas comparativas, que no son pocas, la Argentina ha optado por encerrarse.

Estos niveles de proteccionismo presentan una serie de inconvenientes. Entre ellos se encuentra la falta de los insumos importados que la economía nacional necesita para producir bienes y servicios competitivos a nivel internacional. En definitiva, para exportar primero se necesita importar. Por otro lado, los bajos niveles de competencia internacional (sumado a regulaciones internas que muchas veces imposibilitan el surgimiento de nuevos emprendimientos) desincentivan la innovación y la búsqueda de mayor productividad.

Un problema adicional al proteccionismo es la falta de certezas respecto de cuál será la política económica. El no saber si la

economía de un país va a ser relativamente abierta o cerrada, termina en efecto disuadiendo la llegada de cualquier tipo de inversiones directas. Existen los inversores que traerían capital para producir desde la Argentina al resto del mundo, incorporándola de esta manera a las cadenas globales de valor, y los producirían aquí para el mercado doméstico. Pero en la medida en que no se sepa el modelo que adoptará el país, ninguno invertirá.

Con esto no quiero decir que la Argentina deba pasar abruptamente de ser uno de los países más cerrados del mundo a uno de los más abiertos. El país debe encarar un proceso de apertura gradual, pero firme. Uno que les permita a los trabajadores y empresarios adaptarse a la nueva realidad, moviéndose de los sectores menos productivos de la economía a los más dinámicos. También hay que considerar los costos sociales, en América Latina generalmente concentrados en los conurbanos de las grandes ciudades, que tendrá este proceso. El no hacerlo fue uno de los principales errores que cometieron las elites de muchos países occidentales. (143)

Otro ejemplo de falta de estrategia a largo plazo está relacionada con el conflicto que la Argentina mantiene con Gran Bretaña por la soberanía de las Islas Malvinas. Si bien Buenos Aires siempre ha mantenido este reclamo, lo cual de cierta forma lo convierte en una política de Estado, la realidad es que a partir de los 70 no ha habido consenso respecto de la estrategia que debía adoptar el país para alcanzar este objetivo. Por el contario, la Argentina se ha movido de manera pendular entre dos posiciones extremas, ninguna de la cuales ha conseguido avances significativos.

Por un lado, se encuentra la posición conciliadora con los británicos de fines de los años 70, que luego se retomaría en los 90 y que no logró ninguna concesión relevante por parte de Londres o de los isleños. Al contrario, esta muchas veces llevó a que

los británicos endurecieran su postura o no respetaran el espíritu de los acuerdos firmados con Buenos Aires.

Por otra parte, la violenta confrontación de principios de los 80 (que culminó con la Guerra de Malvinas) y la intransigencia diplomática del gobierno democrático de Raúl Alfonsín a fines de esa misma década, fueron testigos de una expansión del control que los británicos ejercen sobre las islas y las aguas que las rodean. Durante los gobiernos de los Kirchner, la Argentina retomó esta misma postura.

Lo que no ha logrado hacer la Argentina es tener una estrategia que en primer lugar se base en el entendimiento de la postura británica y que posteriormente intente generar los incentivos necesarios para que Londres adopte una posición negociadora (como de hecho sucedió en los 60). La Argentina, por ejemplo, no ha podido establecer una política comunicacional que le permita transmitir a la sociedad británica y a sus elites cuál es su verdadera posición, evitando de esta manera la instalación de mitos que pudieran distorsionarla.

El futuro del conflicto también dependerá de la postura que adopten las grandes potencias y Estados Unidos en particular. En este sentido, el enfriamiento de la relación entre Estados Unidos y Gran Bretaña, debido a la menor importancia estratégica que ahora tiene Londres, por el traslado de la atención de Washington hacia Asia, genera una oportunidad para la Argentina. (144)

La política sobre Malvinas no es un caso aislado, sino tan solo uno de los tantos ejemplos que muestran la falta de continuidad en la política exterior argentina.

Por tomar otro caso, Buenos Aires ha pasado de fortalecer su relación con Estados Unidos (en los gobiernos de Arturo Frondizi, Carlos Menem y Macri) a pelearse (como sucedió con Perón, Cámpora, Alfonsín y Cristina Kirchner). La Argentina también pasó de ser uno de los principales apoyos que tenía el gobierno

de Venezuela en la región, a ser su principal crítico. A lo largo de las décadas, algo parecido sucedió con Cuba. Entre las pocas continuidades que encontramos, y debe ser rescatada, se encuentra el fortalecimiento de las relaciones con Brasil.

Esta falta de estabilidad en la elaboración de la política exterior le ha restado poder al país. Un Estado impredecible se vuelve poco confiable para sus socios y poco respetado por sus adversarios.

Nuestra situación en defensa nacional

La falta de una política de inserción internacional sofisticada también ayuda a entender el estado actual de la defensa. Dada la importancia que tiene este tema, nos detendremos a analizarlo con mayor detalle.

Tal vez la Argentina sea el único país con cierto grado de poder, en términos económicos y políticos, que carece de fuerzas armadas en condiciones operativas. Luego de la Guerra de Malvinas, la dirigencia argentina (política, empresarial, intelectual, etc.) ha decidido prescindir de la que, sin lugar a dudas, es una de las funciones más importantes que tiene cualquier Estado: defender el territorio, la seguridad y los intereses vitales de sus habitantes.

La Argentina no solo destina pocos fondos a su defensa (el 0,9 % del PBI, comparado con el 1,4 % de Brasil, el 1,9 % de Chile y el 2,2 % del promedio mundial), sino que también los invierte de manera ineficiente. Por ejemplo, aproximadamente el 90 % del presupuesto para la defensa se destina a gastos corrientes. (145)

Debido a la falta de inversión en sistemas de armas, el país se ha quedado prácticamente sin aviones de combate mientras, que el mal mantenimiento de la flota de mar ha llevado a que se produzcan numerosos accidentes. El más conocido de estos ha sido el hundimiento en 2017, con sus cuarenta y cuatro tripulantes,

del submarino ARA San Juan. La Argentina se encuentra, por lo tanto, indefensa.

Desde luego, todos los países necesitan fuerzas armadas. Los motivos son claros.

Los líderes de un país nunca pueden tener la certeza sobre lo que puede ocurrir en el futuro. Las circunstancias pueden cambiar y, con ellas, los amigos de hoy pueden convertirse en los enemigos de mañana. La incertidumbre que tiende a prevalecer en el sistema internacional, sumado al hecho de que los otros Estados mantienen capacidades ofensivas, requiere que los países tengan los medios necesarios para disuadir rivales o confrontar futuros adversarios.

Las alternativas no son mejores. Delegar la defensa en otro país no es una actitud que pueda funcionar bien, porque el otro Estado proveerá seguridad únicamente si está en su interés hacerlo y, como ya mencionamos, cuando las circunstancias cambian, con ellas también lo harán sus incentivos a hacerlo. Por lo tanto, los Estados no pueden saber si otros los protegerán. Esto es especialmente cierto cuando, como ocurre en el caso argentino, no hay firmado ningún acuerdo de defensa relevante con una potencia.

En definitiva, los Estados que no acepten la necesidad de defenderse a sí mismos, con el paso del tiempo van a sufrir consecuencias negativas. Los peores escenarios posibles en este sentido son ser invadido o desaparecer como Estado soberano.

Pero las fuerzas armadas también son útiles por otros motivos. Pueden servir, por tomar un caso, como instrumentos de política exterior. Cuando son usadas de manera inteligente, estas pueden prevenir conflictos o resolver disputas con otras naciones.

Desde luego, tener fuerzas armadas preparadas no es algo que se pueda conseguir en un período corto de tiempo. Conformarlas lleva generaciones. Por lo tanto, cuando un país enfrenta una

amenaza a su seguridad, no puede crear de la nada una defensa a través de la compra de sistemas de armas. Preparar y entrenar un grupo profesional de oficiales lleva tiempo y trabajo.

La lógica que acabamos de presentar no parece, sin embargo, aplicarse a la Argentina. Este país es una anomalía en el sistema internacional. La dirigencia argentina parece haber asumido, consciente o inconscientemente, que en las próximas décadas el país no enfrentará una amenaza significativa a sus intereses y seguridad.

Este tipo de comportamiento es aún más asombroso si consideramos lo rápido que está cambiando la situación internacional. Esto genera incertidumbre sobre lo que pueda llegar a suceder.

No solamente la distribución de poder económico y militar se está moviendo hacia el Este, y a China en particular, sino que numerosos países están viviendo profundos cambios. Como si esto fuera poco, las transformaciones tecnológicas están añadiéndole complejidad a este escenario, siendo las guerras informáticas tan solo un ejemplo de esto. Para concluir, estas son transformaciones que van a terminar afectando a la Argentina.

Más grave quizás sea que el mundo político e intelectual argentino no parece ser consciente de la gravedad de esta situación. No hay un debate sobre la necesidad de fortalecer la presencia de la Argentina en el Atlántico Sur, área donde no solamente se encuentran las Malvinas, sino también la Antártida que, como lo demuestra el accionar de varias potencias mundiales y regionales, está ganando peso estratégico.

Tampoco se discute el modelo de industria para la defensa. ¿Debe la Argentina comprar sistemas de armas en el exterior, asociarse con potencias extranjeras para producir sus diseños en el país o, por el contrario, buscar maximizar la autonomía que brinda la producción nacional?

La defensa quizás sea el ejemplo más claro de los costos que implica el no tener una clase dirigente. El ciudadano promedio no tiene interés en este tema, al menos en tiempos de paz, porque este no afecta su vida diaria. (146) Son las elites gobernantes las que deben pensar y actuar sobre esta temática.

Hasta ahora, los costos que ha tenido para Buenos Aires el carecer de una estrategia sofisticada en temas de política exterior y defensa no han sido catastróficos. Esto se debe, en parte, a que el escenario internacional ha sido relativamente benévolo para países como la Argentina. Pero en un contexto de creciente competencia estratégica entre dos grandes potencias, en los próximos años esta puede trasladarse a América Latina, por lo cual ya no queda margen para ignorar los temas estratégicos.

Un ejemplo final de los costos que tiene el no poseer políticas de largo plazo es el estado de decadencia en el que se encuentra la educación pública en la Argentina. Como ya hemos mencionado, en su momento este país llegó a tener una gran clase media que fue educada en la escuela y en la universidad públicas. Su sistema de escuelas no solo le permitió al país asimilar a millones de inmigrantes, sino también brindar una formación de calidad a la mayor parte de la población.

Pero la falta de una estrategia educativa fue deteriorando esta situación. Tal como sucede con la defensa, gran parte del gasto es corriente. Aproximadamente el 95 % se destina a pagar salarios y rubros similares.

Luego de haber experimentado durante generaciones un incremento en la matrícula de estudiantes en escuelas públicas, a partir de 2003 esta comenzó a disminuir debido a la fuga hacia la educación privada. Quizás la principal razón que explica esta situación sean los pocos días de clase que tienen los estudiantes, en parte debido a los reiterados paros de los docentes que reclaman por sus bajos salarios.

A este problema debemos sumarle el de la deserción de los estudiantes en la escuela secundaria. De cada 100 niños que comienzan el secundario, solo 42 lo terminan.

En cuanto a la calidad de la educación, las pruebas que tomó la UNESCO a alumnos de tercer y sexto grado en 1997 mostraron que luego de Cuba, la Argentina era en ese momento el país que mejores resultados tenía en América Latina. En la última edición, en 2013, la Argentina había caído al octavo lugar.

Preocupa también el estado de los más de mil institutos de formación docente que se encuentran distribuidos a lo largo y a lo ancho del país. Su creación y mantenimiento suelen responder a la lógica clientelar de los gobernadores de turno y no necesariamente a la búsqueda de altos estándares educativos. No debe sorprendernos, por lo tanto, que gran parte de los futuros docentes tengan serias dificultades para comprender textos. (147)

Finalmente, la situación de las universidades públicas no es mejor. No solo la Argentina tiene pocos graduados, sino que en ciertas carreras que resultan fundamentales para el desarrollo del país (como son las ciencias y la ingeniería) se gradúan muy pocos. Otro problema es la deserción. En Brasil y en Chile más de la mitad de los alumnos que ingresan a la universidad se reciben, mientras que en Colombia y México lo hace más del 80 %. En la Argentina lo hace tan solo el 30 %.

Una de las causas que explican la declinación educativa de la Argentina es la reticencia a enfrentar la realidad. Esto se ve reflejado en la imposibilidad de hacer públicos los resultados de las mediciones en las escuelas o, como ocurre en la mayoría de los países con sistemas educativos de calidad, a tomar exámenes que midan el nivel de los ingresantes a la universidad.

Inclusive en Brasil se realizó en 2018 un Examen Nacional de Enseñanza Media que evaluó los conocimientos de los estudiantes que terminan el secundario. La asignación de becas se basa, en

parte, en los resultados de esta evaluación. Sin mediciones de este tipo resulta difícil tomar conciencia de la declinación y entender qué es lo que está mal.

En efecto, en la decadencia de la calidad de las políticas públicas en la Argentina y de la educación en particular notamos que se valora poco el mérito. Quizá debido a la falta de elites, se ha perdido la costumbre de celebrar y promover el progreso individual. El resultado es un sistema que no premia a los mejores ni genera incentivos para la autosuperación.

Lo que hemos visto en esta sección es tan solo una pequeña muestra de los costos que la falta de pensamiento estratégico, asociada a la ausencia de clases dirigentes, tiene para un país como la Argentina.

140- De Santibañes, Francisco. *La Argentina y el mundo: claves para una integración exitosa,* Buenos Aires, Edicon, 2016.

141- En el caso de la Francia de De Gaulle, la estrategia era más sofisticada porque incluía aspectos políticos de suma importancia. Como era, por ejemplo, la búsqueda de un equilibrio entre la Unión Soviética y Estados Unidos sin provocar en el proceso a Washington.

142- Banco Mundial.

143- Aunque en la destrucción de empleos industriales (y crecientemente del área de servicios) tiene más responsabilidad la automatización que el libre comercio.

144- La salida de Gran Bretaña de la Unión Europea también representa una oportunidad que un país como España, que mantiene un conflicto similar con Londres por Gibraltar, está sabiendo aprovechar. Ver, Serbeto, Enrique, "España impone sus intereses en el primer pulso sobre Gibraltar después del Brexit", *ABC*, 2 de abril de 2019.

145- Banco Mundial.

146- Existen por lo menos dos teorías alternativas que tratan de explicar la falta de un sistema de defensa operativo en la Argentina. La primera sostiene que este fenómeno se debe a los pocos recursos económicos que tiene el país. La segunda afirma que la violación de los derechos humanos por parte de los militares en la década del 70 habría generado una oposición a las Fuerzas Armadas. Esto explicaría su desfinanciamiento. Sin embargo, muchos países con carencias económicas similares o mayores a los de la Argentina poseen sistemas de defensa operativas, mientras que las encuestas señalan que las militares son una de las instituciones con mejor imagen. Por otro lado, ninguno de sus miembros actuales fue parte de la represión que lideró la Junta Militar.

147- Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología, *Evaluación Diagnóstica 2017: Estudiantes avanzados de carreras docentes,* 2018.

UN PAÍS SIN CLASE DIRIGENTE

La Argentina podría llegar un día a elaborar, *Deus ex machina*, un conjunto de sofisticadas estrategias que le permitan obtener seguridad y bienestar económico. Pero, si eso llegara a suceder, ¿quién las implementaría? En esta sección veremos que los Estados sin elites gobernantes no solo carecen de estrategias de largo plazo, sino también de los actores necesarios para pensarlas y llevarlas a la práctica.

¿Qué es una elite gobernante?

Es importante recordar a qué me refiero cuando menciono a las elites gobernantes. No debemos sentirnos transportados al bar de un antiguo club social donde algunos señores fuman cigarros mientras deciden los destinos de la Nación, sino a una clase dirigente abierta a los mejores miembros de la sociedad, independientemente de cuál sea su origen.

Quizás el principal requisito que deben cumplir los miembros de las elites es contar con un profundo compromiso con su nación. Esta es, de hecho, una de las lecciones que hemos aprendido en este libro. Cuando la sociedad percibe que sus elites tienen más en común con las elites de otras naciones que con sus propios compatriotas, se desencadena una crisis de legitimidad.

Para tener éxito, una clase dirigente debe poseer al menos tres características. La primera consiste en lograr que sus futuros miembros, que deben provenir de distintos sectores de la sociedad, desarrollen lazos de confianza que les permitan, una vez llegados al poder, mantener un alto grado de cohesión. También necesitan tener un objetivo de largo plazo, un proyecto de país que, con las diferencias entendibles, unifique y justifique su accionar. Por último, requieren pericia a la hora de gobernar, incluyendo la capacidad de poner fin a los desencuentros mediante negociaciones y acuerdos.

Repasemos ahora la situación actual de la dirigencia argentina. En la Argentina, la burocracia estatal en general y la alta dirección pública en particular se ha debilitado enormemente. Lo que en su momento supo ser una carrera profesional que brindaba oportunidades de crecimiento y remuneraciones acordes a la jerarquía alcanzada, hoy fue reemplazada por funcionarios políticos y una planta de personal altamente politizada. El porcentaje de directivos públicos que en 2017 cumplía con los requisitos que exigen las normas que regulan el acceso a cargos jerárquicos era de tan solo el 18 %. (148)

En parte esto se explica porque los cargos se cubren, en la mayoría de los casos, como resultado de las decisiones arbitrarias que toman los funcionarios de turno, y no como consecuencia de concursos meritocráticos. Otro problema es que el salario de los funcionarios públicos y los miembros de la alta gerencia pública han disminuido en términos reales. Como consecuencia de esto, y de otros males, el Estado argentino ha ido perdiendo, poco a poco, sus capacidades.

Las que por mucho tiempo fueron islas de excelencia dentro del Estado, se convirtieron en víctimas de esta misma lógica. Este es el caso del Banco Central, la Secretaría de Presupuesto del Ministerio de Hacienda y la Cancillería. En todos estos casos, en algún momento se buscó, exitosamente, que activistas políticos ocuparan cargos técnicos.

En el caso de las Fuerzas Armadas, con su cuerpo de oficiales militares, se intentó revertir uno de los mayores logros de la democracia argentina, como es la subordinación de los militares al poder civil, al pedirles a los oficiales alineamiento ideológico con los gobernantes de turno. Esto es lo que sucedió, por ejemplo, cuando un Jefe del Ejército del gobierno de Cristina Kirchner sostuvo que su fuerza apoyaba el proyecto "popular" de la administración.

Otro de los motivos por los cuales las políticas públicas tienden a ser poco eficientes en la Argentina es la poca importancia que muchos políticos suelen darles a las ideas.

En parte esto es entendible. Como consecuencia de las continuas crisis, lo urgente fue tomando prioridad sobre lo importante, y esto se terminó transformando en un aspecto de la cultura política argentina. Las discusiones suelen basarse en cuestiones relacionadas con la manera en que las negociaciones deben ser llevadas adelante o con el *marketing* político, pero pocas veces sobre los objetivos que deben ser alcanzados en sí. Se suele asimismo priorizar la lealtad de los funcionarios sobre su capacidad.

Como resultado de esto, pocos políticos son conscientes de la relevancia que los temas estratégicos tienen para el bienestar de la Nación. Hoy casi ya no quedan políticos intelectuales, aquellos que planificaron y crearon la Argentina moderna. Los proyectos políticos buscan llegar a la mayor cantidad de electores posibles, resignando en el proceso solidez conceptual y la elaboración de ideas fuerza que puedan servir, eventualmente, para modificar la realidad.

No debe extrañarnos entonces que los cuadros técnicos de los partidos políticos también hayan tendido a desaparecer. En el mejor de los casos, estos técnicos ahora trabajan en consultoras o fundaciones y, en el peor, han emigrado para trabajar en organismos multilaterales.

Además de la burocracia y los políticos, otro actor necesario para llevar adelante una estrategia de país es el empresariado nacional.

Con la posible excepción de los sectores agrícolas y ganaderos de fines del siglo XIX y principios del XX, la Argentina no ha contado con un empresariado nacional fuerte. (149) Muchas veces fueron las inmigrantes y las multinacionales extranjeras quienes ocuparon el espacio que los propios argentinos habían dejado

vacío. No debe extrañarnos, entonces, que la mayoría de los grandes industriales argentinos hayan sido inmigrantes o hijos de inmigrantes. (150)

El poco peso que tiene el capital nacional en la economía argentina es preocupante. Según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), el 37 % de las quinientas mayores empresas que operan en el país son de origen nacional, mientras que tan solo el 23 % del valor total que producen estas empresas pertenece a capitales argentinos. (151) Tanto Brasil como Chile tienen porcentajes muy superiores.

Tal como sucede con los políticos, la inestabilidad ha generado una clase empresarial extremadamente hábil en el manejo de las crisis, pero sin experiencia suficiente para pensar y actuar en la elaboración de proyectos de largo plazo.

La imposibilidad de prever variables tan básicas como el tipo de cambio o el nivel de apertura que tendrá la economía en el futuro dificultan llevar adelante cualquier proyecto que requiera grandes inversiones. No es posible saber, con cierto grado de certeza, cuál puede llegar a ser la tasa de retorno de un proyecto.

Pero, más allá del contexto externo, gran parte de la responsabilidad recae en los propios empresarios argentinos. En vez de intentar producir más y mejor, muchos de ellos han optado por moverse en los pasillos de las dependencias públicas para obtener subsidios, créditos o regulaciones que los protejan de la competencia.

Por otra parte, el gremialismo empresarial en la Argentina es poco relevante. No solo las cámaras empresariales suelen discutir temas de coyuntura, sino que un repaso por los temas que tratan en sus conferencias anuales muestra que no suele haber lugar para discutir lo que sucede en el exterior y de qué manera esto puede afectar al país. Esta falta de visión estratégica es acompa-

ñada por un alto grado de división interna, lo cual los vuelve susceptibles a recibir presiones del gobierno de turno.

Los últimos actores que vamos a mencionar son los intelectuales, es decir, los mismos que jugaron un rol clave durante la formación del país y en las generaciones del 37 y del 80 en particular.

Para cumplir un rol positivo en la clase dirigente, los intelectuales deben ser rigurosos, independientes y tener un alto grado de compromiso con el futuro del país. Haciendo visible lo que no se quiere ver y ofreciendo nuevos caminos para recorrer.

Lamentablemente, hoy no solo los partidos políticos carecen de cuadros técnicos, sino que la dirigencia –empresarios, políticos y sindicalistas– no valora demasiado el rol de las ideas.

Faltan instituciones educativas y de investigación que ofrezcan posiciones de tiempo completo y que brinden los recursos que se requieren para realizar un trabajo intelectual. Las pocas islas de pensamiento y debate, como son el Instituto Balseiro o el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), enfrentan dificultades para obtener el tipo de financiamiento –público y privado– que necesitan para realizar sus tareas.

No debe extrañarnos, entonces, que algunos de los mejores académicos argentinos se hayan ido al exterior. Este es el caso del politólogo Guillermo O'Donnell, los historiadores Tulio Halperín Donghi y Paula Alonso, y el economista Fernando Álvarez. En definitiva, la Argentina ha perdido parte del capital intelectual que necesita para pensar el futuro del país.

¿Cómo puede hacer un país como la Argentina para generar una clase dirigente capaz de liderar algunos de los cambios que se necesitan y, de ese modo, revertir el proceso de decadencia que he mencionado?

Un primer paso consistiría en lograr un acercamiento entre los futuros dirigentes, quienes deben venir de todos los sectores.

En este sentido, una relación particularmente importante es la que deberían establecer los jóvenes intelectuales y empresarios. Sin los primeros difícilmente se pueda pensar estratégicamente, y sin los segundos no será fácil financiar el tipo de instituciones que deben sostener cualquier proyecto de país a largo plazo.

La alternativa, que ya ha fracasado en numerosas ocasiones, consiste en que intelectuales y empresarios sigan desentendiéndose de la cuestión pública y delegando en la política la solución a todos los problemas. Si bien es cierto que las grandes transformaciones suelen ser llevadas a la práctica por los políticos, para que esto sea posible debe haber, en primer lugar, una clase dirigente que elabore un proyecto. Los políticos son parte central de esta clase dirigente, pero no sus únicos actores.

Para que emerja este tipo de elite, deben existir lugares de encuentro. El solo hecho de que los futuros empresarios, políticos, intelectuales o sindicalistas se conozcan, ayudaría a derribar prejuicios que dificultan enormemente la creación de confianza. Una nueva generación de dirigentes debería, al mismo tiempo, enfocarse en el futuro, generando de esta manera consensos sobre las políticas públicas que deberían impulsar el desarrollo argentino. No existen, en este sentido, soluciones mágicas. La formación de una nueva dirigencia requiere tiempo, recursos y esfuerzo.

En el caso de Francia, algunos de los lugares de encuentro para su futura clase dirigente son instituciones educativas como la *École National d'Administration* (ENA). Por mucho tiempo, sus pequeñas promociones les han permitido a sus estudiantes conocerse personalmente y adoptar una visión de Estado.

En Estados Unidos el sistema es distinto. La formación de las futuras elites tiene lugar en un selecto grupo de universidades, mientras que en el mercado laboral se produce una rotación entre directorios de empresas, *think tanks* y el sector público. De es-

ta manera, se aseguran una formación de primer nivel y cierto nivel de conocimiento personal. (152)

En tiempos recientes, países como Alemania y China han intentado crear un sistema de universidades similar al que he mencionado. Para esto establecieron programas, a los cuales les destinan cuantiosos fondos, para posicionar a algunas de sus casas de estudios entre las más destacadas del mundo.

¿Cómo puede aplicarse esta experiencia al caso argentino?

Aunque el modelo de la universidad pública en la Argentina se basó en la tradición francesa, se ignoró una parte fundamental de este sistema: las *Grandes Écoles*. Para ingresar a estas, los estudiantes deben participar de concursos nacionales, asegurándose así de que lleguen los mejor preparados.

Podría pensarse, entonces, la posibilidad de crear una nueva universidad pública (o seleccionar alguna existente) que cumpla con este rol. Al mismo tiempo, se podrían generar los incentivos económicos para que algunas universidades privadas se unan, como una manera de establecer otra casa de estudios que cuente con los recursos necesarios para competir internacionalmente. Esto fue lo que hizo el gobierno de Suiza cuando promovió la incorporación del Instituto de Estudios sobre el Desarrollo y del Instituto de Estudios de Relaciones Internacionales, ambos ubicados en Ginebra.

Crear universidades de elite, una pública y otra privada, tendría dos ventajas: por un lado, generaría cierto grado de competencia entre ellas y, por otro, sería realista respecto de que la Argentina no tiene recursos suficientes para tener más institutos de este tipo.

Otro requisito para reconstruir una elite gobernante en la Argentina consiste en fortalecer al empresariado nacional. Sin este, no solo será difícil implementar cualquier estrategia de inserción internacional (¿cómo puede un país ganar mercados sin empresas

propias?), sino también obtener el apoyo que se necesita para implementar políticas de largo plazo.

Por el contrario, los intereses de las multinacionales extranjeras no están tan alineados con los del país. Para muchas de ellas, la Argentina es un mercado más, es decir, uno donde sus gerentes pasarán un tiempo para continuar luego sus carreras en otro país.

Ante todo, para fortalecer al empresario argentino, se necesita estabilidad. Si las principales variables macroeconómicas son inciertas, como suele ocurrir en la Argentina, no hay desarrollo posible. Adicionalmente, la carga impositiva debe disminuir a niveles comparables con los del resto del mundo. Una condición necesaria para que esto ocurra consiste en que el Estado comience a gastar menos y de manera más eficiente.

La experiencia reciente de la Argentina resulta significativa porque nos ayuda a entender el importante rol que las clases dirigentes juegan en los países. Sin una dirigencia capaz de pensar estratégicamente, resulta difícil saber en qué estado se encuentra realmente el país o cuáles son las opciones que enfrenta pensando en el futuro. Sin esta, lo urgente tiende a imponerse sobre lo importante. La Argentina es, por lo tanto, una advertencia para aquellos conservadores populares que pretenden eliminar a las elites gobernantes sin ofrecer una alternativa mejor.

148- Gasparin, José y Diéguez, Gonzalo. *GPS del Estado: Radiografía de 2017-2018*, CIPPEC, 2018.

149- López, Andrés. *Empresarios, instituciones y desarrollo económico: el caso argentino*, Buenos Aires, CEPAL, 2006. Para una discusión sobre el rol que jugaron los sectores agrícola y ganadero durante los años de mayor progreso, ver Hora, Roy, *Los terratenientes de la pampa argentina: una historia social y politica, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

150- El sector que sí llego a ejercer una cuota importante de poder económico y cultural fue la ganadería. Pero a principios de los años 40 los ganaderos también comenzaron a perder relevancia debido a las regulaciones que les comenzaron a imponer los gobiernos.

151- INDEC, *Encuesta nacional a grandes empresas 2017-2019*

152- Con el paso del tiempo, el sistema francés, establecido entre otros por De Gaulle, terminaría siendo rechazado por una parte importante de la población. Se lo suele acusar de haber producido funcionarios que corrompieron su vocación de servicio. El cuestionamiento a las elites en Estados Unidos, y al sistema universitario en particular, también es creciente.

CONCLUSIONES

A lo largo de este libro hemos visto que en relativamente poco tiempo el conservadurismo popular ha alcanzado un enorme poder. No solo ha logrado cuestionar el contrato social sobre el que se sostienen las sociedades liberales, sino que ha puesto en peligro el orden liberal que ha definido al sistema internacional desde, por lo menos, la caída del Muro de Berlín.

Hoy vivimos en un mundo diferente al de hace tan solo cinco años.

Y lejos de debilitarse, el avance del conservadurismo popular no parece detenerse. Al momento de escribir estas líneas, a mediados de 2019, Netanyahu y Modi habían logrado su reelección. En vez de apuntar a los temas económicos, como lo habían hecho en otras campañas, su mensaje se concentró en los aspectos más nacionalistas y conservadores de sus programas. Los partidos conservadores populares se impusieron en las elecciones parlamentarias europeas en Francia, Gran Bretaña e Italia. Hasta en Australia un conservador popular ganó las elecciones.

Por otra parte, la expansión económica que disfruta Estados Unidos y la división de los demócratas parecen haber creado las condiciones para que Trump obtenga su reelección en 2020. En definitiva, el conservadurismo popular vino para quedarse.

Una de las primeras conclusiones que podemos sacar es que el éxito del conservadurismo popular no es el resultado del racismo o de la ignorancia, sino una respuesta a una serie de necesidades reales.

Como lo muestran los personajes de las novelas de Houellebecq, la modernidad ha despertado en millones de personas un creciente sentido de alienación. En parte debido a esto, un progresivo número de personas busca fortalecer el modelo tradicional de familia y de la vida comunitaria en sus países. Dudan del multi-

culturalismo, como también de la estricta separación de la religión y el Estado que promueve el liberalismo.

Como vimos en nuestro breve recorrido sobre la historia de las ideas políticas, autores como Tocqueville ya nos habían advertido sobre esta situación. El declive de los grupos iliberales –como las asociaciones intermedias, las familias y las iglesias– puede terminar destruyendo la confianza social y el respeto cívico sobre los que se sostiene el modelo liberal.

A estas causas de descontento debemos sumarles la inseguridad económica que ha provocado el libre comercio y la automatización de la producción industrial y, crecientemente, de los servicios. Si bien en las economías modernas no observamos un aumento en la tasa de desempleo, muchos trabajos de calidad han sido reemplazados por oficios que no brindan el mismo sentido de satisfacción y seguridad.

Pero, aunque la economía ha jugado un rol en el surgimiento del conservadurismo popular, este rol no ha sido clave. Si así lo fuese, este movimiento debería tener lugar principalmente en los países occidentales que sufren problemas de distribución de ingreso o falta de crecimiento, pero hemos visto que este fenómeno también se viene dando, con igual o mayor fuerza, en países en donde ambos problemas no suceden.

Por otra parte, si la variable explicativa fuese la economía, también deberíamos esperar un crecimiento de un progresismo popular que ponga mayor énfasis en la redistribución de ingresos, pero esto no ha ocurrido. En definitiva, el motivo por el cual la crítica más exitosa al liberalismo proviene desde el conservadurismo y no desde la izquierda, es porque aquella refleja un descontento de tipo cultural.

¿Cuál es la crítica central que el conservadurismo popular plantea en contra de las "elites liberales"? La crítica se basa en que, debido a su progresismo y cosmopolitismo, ya no compar-

ten los valores ni representan los intereses de sus sociedades. Sus miembros tienen más en común con las elites de otras naciones que con sus propios compatriotas.

Uno de los motivos que explica esta brecha es el hecho de que, luego de finalizada la Guerra Fría, el liberalismo abandonó la alianza que había establecido con el conservadurismo para combatir la amenaza comunista. A partir de ese momento, comenzó a adoptar posiciones más progresistas, generando así un conjunto de creencias que les resultó sumamente atractivo a los miembros de las nuevas elites económicas, culturales y políticas que surgieron gracias a los cambios tecnológicos y a la globalización. Pero, al hacerlo, el liberalismo y las elites comenzaron a aislarse cada vez más del resto de la sociedad.

Los conservadores populares no solo rechazan los principios de las elites liberales, sino que también objetan la manera en que estas plantean sus posiciones. Según su argumento, no lo hacen a través de la libre discusión de ideas que propone el liberalismo clásico; lo hacen mediante la cultura de lo políticamente correcto, el activismo judicial o instituciones supranacionales que, como es el caso de la Unión Europea, carecen de controles democráticos. Por el contrario, los conservadores populares proponen la llegada de líderes fuertes o el establecimiento de referéndums.

Las diferencias entre los conservadores populares y los liberales también se observan en el plano internacional.

El intervencionismo liberal de los últimos treinta años llevó a que un grupo de naciones occidentales, lideradas por Estados Unidos, ocuparan o interviniesen militarmente en países como Siria e Irak. Muchos liberales asumieron que estas operaciones iban a permitir expandir el número de democracias liberales y que esto traería mayor paz al mundo. Se enfrentaron, sin embargo, con una realidad distinta: el nacionalismo de las poblaciones suele imponerse sobre otro tipo de consideraciones.

Por otro lado, pensando en el futuro, el ascenso del conservadurismo popular representa dos grandes peligros.

El primero consiste en que este termine mutando en un movimiento similar al fascismo de principios del siglo XX. Esto, en principio, parecería ser poco factible debido a que el conservadurismo y el fascismo son dos tradiciones de pensamiento y gobierno muy diferentes.

Quizá la principal divergencia resida en el importante rol que juega la religión en el pensamiento conservador. Las religiones brindan en efecto un horizonte moral que impide el surgimiento del tipo de nihilismo que en el siglo pasado dominó otras corrientes de derecha, como en el caso del nazismo. Hay una gran diferencia entre creer que la identidad nacional es dada por la cultura o por los rasgos étnicos de sus habitantes.

Por otra parte, las instituciones religiosas también juegan un rol de contrapeso. Pueden restringir al comportamiento de los líderes del conservadurismo popular, algo que no es permitido con ciertos tipos de fascismo. Ejemplos de esto es el peso que tiene la Iglesia Ortodoxa en la Rusia de Putin, la influencia que los cristianos evangélicos ejercen sobre Trump y Bolsonaro, y los musulmanes con Erdogan.

El tipo de nacionalismo que defienden los conservadores populares tampoco es expansionista, como sí lo han sido algunos de los gobiernos de derecha durante la primera mitad del siglo XX. Un orden internacional dominado por el realismo de los conservadores sería muy distinto a uno en el que se busque expandir el "espacio vital".

Pero, a pesar de estas diferencias, la transformación del conservadurismo en algo más peligroso es posible. Esto es lo que ocurrió con el pensamiento de autores como Carl Schmitt.

Una vez finalizada la Primera Guerra Mundial, estos concluyeron que la creciente debilidad de los Estados, ante los enfren-

tamientos internos y la aparición de rivales externos, justificaba el establecimiento de un gobierno que tuviese poder suficiente para imponer orden, acallar las disidencias y enfrentar estas amenazas.

Otro punto a señalar es que muchos de los líderes conservadores populares no son religiosos, sino que formaron alianzas políticas con sectores que sí lo son. Por lo tanto, si eventualmente deciden cambiar su coalición de gobierno, las religiones ya no podrían limitar cierto tipo de comportamiento. Podríamos estar entonces a las puertas de un Estado cuasi totalitario que no permita la participación del tipo de organizaciones intermedias que promueve el conservadurismo.

En definitiva, una transición como la que he mencionado no haría más que acentuar la tendencia que el conservadurismo popular ha mostrado a limitar tanto las libertades individuales como el accionar de las instituciones republicanas.

El segundo peligro consiste en que, en vez de reemplazar a las elites por una mejor clase dirigente, los conservadores populares simplemente decidan eliminarlas.

Al momento de escribir estas líneas, y luego de recibir la presión de los chalecos amarillos, Macron anunciaba la eliminación de la ENA, la meritocrática escuela de gobierno que ha formado a gran parte de la dirigencia francesa. De continuar esta tendencia, tanto en Francia como en otros países, se podría terminar produciendo un vacío dirigencial similar al que ha tenido lugar en la Argentina a partir de los años 40.

Efectivamente, sin una clase gobernante, el Estado perdería la capacidad para planear y actuar en función del bienestar del país en el largo plazo. Tendría lugar, por lo contrario, un juego de suma cero en donde los actores empresariales, sindicales, políticos e intelectuales lucharían por obtener beneficios a corto pla-

zo. Tal como ocurrió en la Argentina, esto se traduciría en una pérdida de bienestar económico y de seguridad.

¿Cuál es la mejor manera de enfrentar estos peligros? Principalmente, logrando un acercamiento entre el liberalismo y el conservadurismo.

Esto le permitiría al liberalismo dejar de ser una ideología de elites, situación a la que llegó, en parte, debido a su acercamiento al progresismo. El conservadurismo podría darle al liberalismo la sensibilidad histórica de la que carece y, al mismo tiempo, podría generarle mayor empatía con las tradiciones y particularidades de cada pueblo. Esto también ayudaría a frenar algunas iniciativas que han debilitado a los mismos grupos iliberales de los que el liberalismo depende para su subsistencia.

Un primer paso en este sentido consistiría en que los liberales realicen una autocrítica respecto de los errores cometidos para encontrarse en una situación tan crítica. Es importante que esto suceda porque el mundo necesita del liberalismo.

La defensa de los derechos individuales frente a las arbitrariedades del Estado y su enorme capacidad para generar riqueza material son tan solo algunos de los logros del liberalismo. La cooperación internacional que promueve el liberalismo también resulta esencial para resolver problemas globales, como son el calentamiento global y el terrorismo. Y es aquí donde encontramos el mayor aporte que el liberalismo puede hacerle al conservadurismo: controlar sus tendencias más autoritarias y aislacionistas.

Para que este nuevo fusionismo tenga éxito, deberá reflejar las realidades de hoy y no limitarse en replicar el acercamiento que tuvo lugar entre conservadores y liberales durante la Guerra Fría. Esto requerirá un profundo trabajo intelectual y una generación de políticos que aprecie el valor de las ideas.

Otra de las conclusiones centrales de este libro involucra a la Argentina.

Actualmente, mientras muchos países debaten la corrupción de sus elites, esta nación enfrenta un desafío diferente: tener clases dirigentes. Son, en definitiva, las elites las que, mediante la generación de confianza y la adopción de un proyecto de país, pueden sostener el tipo de políticas de largo plazo que las sociedades necesitan para alcanzar el desarrollo económico y preservar su seguridad. Hasta que esto no suceda, a los gobiernos argentinos les resultará sumamente difícil revertir el proceso de decadencia en el que se encuentra el país.

Para concluir, el desafío de nuestro tiempo consiste en forjar elites capaces de defender una visión estratégica sin alejarse, en el proceso, de los valores de sus pueblos. De esto dependerá tanto la vida doméstica de los Estados como la manera en que estos se relacionarán entre sí.

ÍNDICE

Portadilla 2
Legales 5
Introducción 9
Elige tu propia ideología 17
Liberalismo 20
Maquiavelo y Hobbes en los inicios del liberalismo 20
Locke y el derecho a la vida, la libertad y la propiedad 22
Stuart Mill: la educación como fuente de progreso 23
La paz entre los Estados, según Kant 25
Libertad negativa y libertad positiva 27
Los rivales del liberalismo 29
Conservadurismo 33
San Agustín, patriotismo y religiosidad 33
Burke: la prudencia en los cambios y otros aportes 35
El Estado ideal de Hegel 38
Otras vertientes del conservadurismo 40
Una ideología para las elites 46
Fusionismo o el acercamiento entre liberales y conservadores 46
Progresismo y nuevas elites 49
Globalización y liberalismo progresista 55
Los malestares con el liberalismo progresista 61
Un nuevo tipo de conservadurismo 65
Ganadores y perdedores 65
El malestar social explicado por el conservadurismo 68

Schmitt define lo político 76
La rebelión 82
El conservadurismo popular 86
Conservadurismo popular: ¿nacionalista, iliberal y democrático? 86
Inmigrantes y su choque identitario 89
Rechazo a la agenda de género 91
La izquierda se desplaza hacia el conservadurismo popular 94
Estados Unidos de Trump 97
Las instituciones internacionales 97
Las políticas de las elites 98
Los motivos del triunfo de Trump 102
Un recorrido por el Viejo Continente 113
Los motivos de la Unión Europea 115
Un fenómeno global 124
Vladímir Putin y el ideólogo Aleksandr Duguin 124
Conservadores asiáticos 126
Erdogan en Turquía y Netanyahu en Israel 132
El conservadurismo popular en América Latina 134
Un mundo en transición 142
Visiones del mundo 144
El realismo, el Estado nación y el poder 144
El liberalismo en las relaciones internacionales 149
Logros del liberalismo en la escena internacional 154
Visión del realismo sobre el expansionismo liberal 155
¿Una nueva Guerra Fría? 160
China, competidor militar, comercial y tecnológico 160

Rusia y otros jugadores 172
La globalización y sus desafíos 177
El conservadurismo popular y las relaciones internacionales 183
De un orden liberal a un orden conservador: ventajas y desventajas 186
El liberalismo progresista no desiste 190
Una advertencia desde Buenos Aires 194
Éxitos y fracasos de las elites argentinas 198
Roca, Pellegrini y otras figuras clave 198
La segunda presidencia de Roca, Sáenz Peña y luego Yrigoyen 202
Golpes, defaults, inflación y empobrecimiento 207
Un país sin estrategia 211
Las oportunidades perdidas 211
Las inestables relaciones internacionales 212
Nuestra situación en defensa nacional 217
Un país sin clase dirigente 223
¿Qué es una elite gobernante? 223
Conclusiones 231